
Él es mi
NUEVO COMIENZO
UN AMOR QUE SURGIÓ CUANDO TODO PARECÍA PERDIDO
BAJO JURAMENTO LIBRO 1
ANA PRADO

Él es mi NUEVO COMIENZO

UN AMOR QUE SURGIÓ CUANDO TODO PARECÍA PERDIDO

BAJO JURAMENTO LIBRO I

ANA PRADO

COPYRIGHT © 2023 ANA PRADO (OBRA ORGINAL)
COPYRIGHT © 2025 ANA PRADO (TRADUCCIÓN)
ISBN: 978-65-01-59392-0
ESTE LIBRO FUE PUBLICADO ORIGINALMENTE EN BRASIL CON EL TÍTULO "ALÉM DO AMOR".

ESTA ES UNA OBRA DE FICCIÓN. LOS NOMBRES, PERSONAJES, LUGARES Y ACONTECIMIENTOS DESCRITOS SON PRODUCTO DE LA IMAGINACIÓN DE LA AUTORA. CUALQUIER SEMEJANZA CON HECHOS REALES ES PURA COINCIDENCIA.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. NINGUNA PARTE DE ESTA OBRA PUEDE SER REPRODUCIDA NI TRANSMITIDA POR NINGÚN MEDIO NI FORMA (ELECTRÓNICA, MECÁNICA O DE CUALQUIER OTRO TIPO, INCLUIDOS LA FOTOCOPIA Y LA GRABACIÓN), NI ALMACENADA EN UN SISTEMA DE RECUPERACIÓN DE INFORMACIÓN SIN EL PERMISO ESCRITO DE LA AUTORA. LA INFRACCIÓN DE LOS DERECHOS DE AUTOR CONSTITUYE UN DELITO, CONFORME A LO DISPUESTO EN LA LEY DE PROPIEDAD INTELECTUAL (REAL DECRETO LEGISLATIVO 1/1996, DE 12 DE ABRIL).

PORTADA: GIOVANA MARTINS
MAQUETACIÓN: MAGDA RODRIGUES
TRADUCCIÓN: GUSTAVO HENRIQUE PEREIRA GONÇALVES
ASESORÍA: DANIELLE OLIVEIRA - DEVASSA LITERARIA

Datos Internacionales de Catalogación en la Publicación (CIP)

(Cámara Brasileña del Libro, SP, Brasil)

Dados Internacionais de Catalogação na Publicação (CIP)
(Câmara Brasileira do Livro, SP, Brasil)

Prado, Ana
Él es mi nuevo comienzo [livro eletrônico] : un amor que surgió cuando todo parecía perdido / Ana Prado ; tradução Gustavo Henrique Pereira Gonçalves. -- 1. ed. -- Cambé, PR : Ed. da Autora, 2023.
ePub

Título original: Além do amor.
ISBN 978-65-01-59392-0

1. Romance brasileiro I. Título.

25-287555 CDD-B869.3

Índices para catálogo sistemático:

1. Romances : Literatura brasileira B869.3

Aline Graziele Benitez - Bibliotecária - CRB-1/3129

ÍNDICE

Dedicación
Nota de la traducción
Nota de la Autora
Sinopsis
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
Epílogo

Agradecimientos
Contacto

Dedicación

Para todos aquellos que sienten un amor profundo por los libros, tratándolos como si fueran seres vivos, y para todos los que necesitan creer en la importancia de los recomienzos.

Nota de la traducción

Esta es la primera traducción de mi libro del portugués al español, un paso muy importante y especial en mi trayectoria como escritora. La versión que estás leyendo fue realizada con mucho cariño y dedicación, pensada específicamente para el público de España.

Al ser mi primera experiencia en este idioma, es posible que encuentres alguna expresión o palabra que suene diferente a lo que estás acostumbrado, o que sea más habitual en otro país hispanohablante. Si por casualidad notas algo que pueda mejorarse, no dudes en escribirme. ¡Estaré encantada de recibir tu opinión!

Nota de la Autora

Esta es una historia de nuevos amores y nuevos comienzos. Recomenzamos cada día en distintas situaciones.

Algunos días están llenos de lágrimas, mientras que en otros las contenemos. Hay días felices y otros no tanto, pero nunca dejes de creer en ti mismo y en tu capacidad para alcanzar tus sueños.

Nunca dejes de creer en el amor; ¡el amor no duele!

Esta novela está recomendada para mayores de 18 años y contiene escenas de sexo explícito.

Además, aborda temas sensibles que pueden actuar como desencadenantes para personas que lidian con el duelo y la violencia contra la mujer.

Si los desencadenantes mencionados evocan recuerdos, emociones o traumas relacionados con situaciones pasadas, te recomiendo que interrumpas la lectura, ya que las palabras, la música o incluso los tonos de voz pueden activar sentimientos reprimidos.

Espero que esta novela tenga un significado especial para ti, que la disfrutes y ¡feliz lectura!

Sinopsis

Marianne Magalhães es una abogada de 25 años que sueña con convertirse en investigadora de policía. Es hermosa, inteligente, fuerte y, al mismo tiempo, dulce y encantadora. Perdió al amor de su vida en un trágico accidente. Al verse sola, decide empezar de nuevo y, para ello, regresa a Brasil.

Las relaciones no forman parte de sus planes, hasta que su camino se cruza con el mejor amigo de sus hermanos, un hombre experimentado, diez años mayor, que despierta en ella deseos dormidos.

Bernardo Del Valle es un abogado con experiencia que dirige con maestría los negocios de su familia. Su éxito en los negocios y con las mujeres es indiscutible.

Es sexy, envolvente y millonario; dondequiera que va, arranca suspiros y bragas. Tiene 35 años y nunca ha tenido una relación seria: hasta ahora, ninguna mujer había captado su atención. No se enamora, no llama al día siguiente y no envía flores… hasta reencontrarla.

¿Será que ese reencuentro, provocado por el destino, hará tambalear sus cimientos?

¿Resistirán al deseo?

¿Es posible que el amor sobreviva entre tantos conflictos e intrigas?

Prólogo



Boston — Massachusetts

A través de la rendija de la cortina entreabierta, percibo que el día ha amanecido gris y lluvioso. Me gustan los días así, pero, como es lunes, no puedo darme el lujo de quedarme más tiempo en la cama. Por lo tanto, necesito darme prisa para no llegar tarde a la especialización.

Diego entra apresurado en nuestra habitación. En cuanto cruza la puerta, le regalo mi mejor sonrisa como muestra de cariño. Su porte imponente me deja impresionada, aún más cuando lleva puesto su traje azul marino hecho a medida, que se ajusta perfectamente a su cuerpo definido.

—Amor, me voy a la oficina. Tengo una reunión importante a primera hora. ¿Puedes ir en taxi a clase?

—Sin problema, amor. Todavía voy a tardar un poco.

—Como siempre, muy perfumada. Te amo —dice, mientras me besa y huele mi cabello.

—Yo también te amo, Diego —respondo, mirando sus increíbles ojos azules.

—Te veo esta noche —dice él, saliendo ya de la habitación.

Ayer celebramos nuestro aniversario de boda. Fue un momento muy especial para nosotros. Recuerdo como si fuera ayer el día en que conocí a Diego.

Estudiábamos Derecho en la misma universidad y estábamos en el último semestre cuando comenzamos a salir. Nos enamoramos rápidamente y decidimos casarnos justo después de graduarnos.

Mis padres y mis hermanos estaban muy preocupados por la rapidez con la que decidimos pasar el resto de nuestras vidas juntos, pero comprendieron y respetaron mi decisión.

Juntos hicimos muchos planes, y uno de ellos fue la especialización en el extranjero.

En la universidad, era evidente cuánto nos dedicábamos a la carrera de Derecho. En cuanto terminaban las clases, pasábamos horas estudiando juntos en la biblioteca, siempre en busca de adquirir el mayor conocimiento posible.

Siempre me inspiré en mis padres en lo que respecta a la carrera profesional. Mi objetivo es destacar en el área y convertirme en investigadora de policía.

Llevamos tres años juntos y seguimos más enamorados que nunca. Soy feliz aquí, aunque esté lejos de mi familia, que vive en Brasil.

Apenas salgo de la ducha, me maquillo ligeramente, elijo un pantalón oscuro, una blusa de seda blanca, me pongo mi blazer negro para protegerme del frío de la mañana, me calzo unas botas y voy a la cocina a desayunar. Me sirvo una taza de café humeante que ha preparado Diego. Lo saboreo despacio, simplemente porque su café es el mejor.

Mi teléfono suena sobre la mesa; es un número desconocido de Boston. Me parece extraño; prefiero no contestar. Suena insistentemente dos veces más y, como insisten tanto, será mejor atender: podría ser algo importante. Nunca se sabe.

No tenía idea de cuánto esa llamada afectaría mi vida y todos mis planes para el futuro.

—¿Hola? ¿Marianne?

—Sí, soy yo.

—Marianne, me llamo Margaret, soy médica del Boston Medical Center. Quería informarte que ha habido un accidente de coche y un paciente llamado Diego ha ingresado aquí en el hospital. Al revisar sus pertenencias, vimos que tu número estaba registrado como contacto de emergencia.

—Hola, Margaret. ¡Dios mío! ¿Cómo está él? —pregunto, preocupada por lo que le pueda haber pasado a mi marido.

—Está en estado grave; fue necesario llevarlo inmediatamente a cirugía. ¿Puedes venir ahora al hospital?

Siento un nudo en el pecho; los latidos de mi corazón, que antes de esa llamada eran normales, parecen acelerarse de golpe.

Empiezo a sudar y trato de controlar mi respiración. Solo así consigo calmarme lo suficiente como para hablar con la doctora.

—¿Señora Marianne? —Respiro hondo, intentando controlar mi ansiedad.

—Te escucho…

—Necesito que vengas urgentemente al hospital. ¿Puedes hacerlo?

—Sí, en diez minutos estaré ahí.

Una angustia intensa se apodera de mi pecho, y como estoy sola aquí en Boston, me preocupa no saber qué hacer. Ojalá no le haya pasado nada grave por el accidente, pienso con ansiedad.

Tomo mi bolso y las llaves del coche, y salgo apresurada hacia el hospital. Por suerte, vivimos a solo cuatro manzanas del hospital al que lo llevaron. Anoche celebramos nuestro segundo aniversario de boda. Jamás imaginé que, al día siguiente, él sufriría un accidente y que pasaríamos por esta situación tan difícil. No sabía que esta mañana sería la última vez que estaríamos juntos.

Llego al hospital, aparco el coche en la calle y corro hasta la recepción para obtener noticias suyas.

—Hola, soy Marianne. Mi marido tuvo un accidente y la doctora Margaret me llamó pidiéndome que viniera a hablar con ella.

—Hola, Marianne. ¿Cuál es el nombre de tu marido?

—Diego Gonzales.

—Aquí está su registro. Está en el quinto piso, sala 503. Puedes tomar el ascensor a tu derecha.

La recepcionista me entrega la tarjeta de visitante y corro hacia el ascensor. En medio de toda esta prisa, no he podido avisar a mi familia sobre el accidente de mi marido, pero en cuanto sepa que está bien, los llamaré para contarles.

Al llegar al piso donde se encuentra, me cruzo con una médica y, al leer su identificación, veo que es la misma doctora, la Dra. Margaret, quien me llamó para avisar del accidente.

—Hola, soy Marianne.

Ella me mira con pesar, y en ese momento presiento que algo muy malo le ha ocurrido a mi marido.

—Hola, Marianne. Te estaba esperando. Lamento tener que darte esta noticia, pero hicimos todo lo que pudimos. Lamentablemente, Diego no resistió las heridas provocadas por el accidente. Sufrió una lesión cerebral gravísima y, durante la cirugía, todos los procedimientos que intentamos fueron infructuosos. Perdió todas las funciones cerebrales, y, de haber sobrevivido, habría quedado con secuelas permanentes.

—¡No puede ser! Dime que esto no está pasando, dime que no es verdad... ¡Dios mío, por qué! —grito inconsolable.

—Lo siento mucho por tu pérdida, Marianne.

En este preciso momento, el dolor me desgarra el pecho y la desesperación se apodera de mi corazón. Duele demasiado. Me derrumbo en lágrimas por él. Tenía tanto por vivir, teníamos tantos planes juntos… y me lo arrebataron así. Su vida se fue, tan bruscamente como nuestros sueños compartidos.

Ella permanece a mi lado unos minutos, hasta que me pongo de pie y le pido verlo. La doctora me acompaña hasta el lugar donde está. Al entrar en la sala, siento la frialdad del ambiente. Miro hacia un lado y veo su cuerpo, cubierto únicamente con una sábana blanca. Es aquí, en este momento, cuando veo cómo todo mi mundo se desmorona, porque estoy contemplando con mis propios ojos el cuerpo sin vida de mi marido.

No puedo creer que lo haya perdido. No tiene ningún sentido que ya no esté. Estuvimos juntos hace menos de una hora. No consigo aceptar que lo perdí para siempre, aunque lo vea ahí, tendido sobre esa mesa. Me cuesta creer que perdí al amor de mi vida.

—Marianne, voy a dejarte con tu marido unos instantes, para que puedas despedirte.

Las lágrimas corren por mi rostro, y no hago ningún esfuerzo por contenerlas.

Levanto la sábana blanca que cubre su cuerpo y veo al amor de mi vida con los ojos cerrados. Acaricio su cabello; sus mechones aún son tan suaves. Le acaricio su hermoso rostro. Aún está

caliente, pero no reacciona a mi toque. Parece que duerme, solo que esta vez no va a despertar. Lo he perdido para siempre.

Siento como si el pecho me fuera a estallar. No puedo creer que nunca más volveré a ver sus preciosos ojos azules, que no recibiré su sonrisa, que no oiré su voz. Es insoportable. Es como si algo desgarrara mi pecho con violencia. Duele demasiado.

—Diego, mi amor… ¿por qué me dejaste? ¿Qué haré con mi vida sin ti? —las lágrimas se desbordan sin cesar mientras abrazo el cuerpo de mi marido.

No hay nada que yo pueda hacer.

—Amor, fuiste perfecto en todo, fuiste un marido maravilloso, y ahora vas a poder reencontrarte con tus padres. Los echabas tanto de menos, ¿verdad? No sé cómo soportaré la falta que me harás. Te echaré de menos todos los días —digo, con el alma en un hilo.

Expresar lo que siento con palabras no cambiará nada para él, pero yo lo necesito.

Mi marido era huérfano. Por desgracia, perdió a sus padres en un trágico accidente de avión cuando tenía 19 años. Era hijo único y no tenía ningún familiar cercano ni con quien mantuviera contacto. Por eso, su mayor sueño era tener muchos hijos, una casa llena, decía él.

Después de verlo, salgo para llamar a Lucca, uno de mis hermanos, para que él sea quien avise a mis padres.

Al segundo tono, contesta.

—¡Hola, mi princesa! ¿Ya estás echando de menos a tu hermano favorito?

Me siento tan perdida. No sé cómo hacer esto. Es muy difícil contarle a mi hermano lo que ha pasado con mi marido.

Intento contener los sollozos, pero el dolor es más fuerte de lo que puedo soportar, y Lucca acaba notando que algo no va bien. Siempre se da cuenta cuando algo me pasa.

—Marianne, estoy preocupado. ¿Por qué estás llorando?

—Diego tuvo un accidente… me dejó, Lucca… él… murió —le digo entre sollozos.

—¡Joder, mi princesa! No puedo creer que estés pasando por esto. Sé que duele, pero pronto estaremos contigo. Llegaremos lo

más rápido que podamos, ¿de acuerdo?

—Está bien, Lucca.

Cuelgo la llamada con mi hermano, seco las lágrimas que han empapado mi rostro y respiro hondo. No tengo otra opción, necesito autorizar la liberación del cuerpo de mi marido.

Hablo con el personal administrativo para seguir el protocolo correspondiente. Luego conduzco hasta el lugar que me indicaron para organizar toda la ceremonia de despedida.

Un día, él me dijo que, si algo le sucedía, quería ser incinerado, así que voy a cumplir con su voluntad.

Después de estar en esa sala rodeada de urnas, de elegir las flores… estoy emocionalmente agotada. La vida es realmente frágil y pasajera. Cuando tomamos conciencia de eso, ya es demasiado tarde. No hay forma de recuperar el tiempo perdido. Ya no hay tiempo para decir todo lo que dejamos para más adelante. La vida no espera, es un ciclo que pasa muy deprisa.

Conduzco de regreso a nuestro apartamento, llorando todo el camino. No consigo soportar el dolor. Estoy destrozada. Aún no me ha caído del todo la ficha de que Diego ha muerto, aunque soy consciente de ello. Parece irreal.

Llego a nuestro apartamento, dejo mis cosas en el sofá y me voy al dormitorio. Abro el armario donde están sus ropas y paso lentamente la mano por sus trajes y camisas, tan bien ordenados y limpios.

Aún puedo oler su perfume impregnado en el ambiente, ese que se puso antes de salir de casa. Ahora tengo que elegir la última ropa que llevará puesta, y eso es tan difícil, tan doloroso…

Siento tanto dolor en este momento, tanto, que no puedo dejar de llorar.

Me siento en el suelo con la ropa que él usó esta mañana para dormir; la huelo y la abrazo contra mi cuerpo, llorando por su partida.

Voy a echarle tanto de menos, tantos recuerdos de nuestra vida juntos. "*Te echaré tanto de menos, Diego*", pienso.

Escucho un golpe en la puerta del salón; no me di cuenta del paso del tiempo, me quedé dormida, agotada de tanto llorar.

Miro mi móvil y ya es tarde. Deben de ser mis padres y mis hermanos, porque está cerca la hora a la que iban a llegar.

Me levanto del suelo para abrir la puerta, y allí están: mis padres y mis hermanos. Los abrazo en silencio mientras lloro sobre los hombros de las personas más importantes de mi vida.

—Qué bien que habéis llegado. ¡Os necesito tanto! No puedo soportar esta pérdida sola —digo a mis padres mientras los abrazo.

—Mi princesa, sentimos muchísimo que estés pasando por esto. Estamos aquí para ti, para lo que necesites. No vas a pasar por todo esto sola.

—Con solo teneros aquí, ya no me siento tan sola —digo, mirando a mis padres y a mis hermanos.

—Vamos a cuidar de ti, hermana. Tu dolor también nos duele a nosotros —dice Lucca mientras me abraza junto a Léo.

Abrazo de nuevo a mi madre con fuerza.

—Duele tanto… ¿Qué voy a hacer sin él? —apoyo la cabeza en su pecho, inconsolable.

No hay respuesta para el dolor que siento, no hay nada que lo alivie.

—Lo siento tanto, hija mía —dice mi madre mientras llora conmigo, y mi padre nos abraza intentando transmitir algo de consuelo.

Mi familia consiguió llegar rápidamente a Boston gracias a un amigo y socio de mis hermanos que tiene un jet privado y tuvo la amabilidad de traerlos a tiempo, sin que tuvieran que venir en un vuelo comercial con escalas.

Conforme pasan las horas, le cuento a mi familia todo lo que ha sucedido con mi marido: el accidente, la cirugía, los trámites burocráticos que tuve que adelantar antes de que ellos llegaran y el lugar al que iremos más tarde para su despedida.

—Debéis de tener hambre. Tengo una lasaña con salsa bechamel medio preparada, la voy a calentar para la cena.

—Déjalo, hija mía, yo me encargo. Quédate en el salón con tus hermanos y tu padre. Yo me las arreglo aquí, no te preocupes —dice mamá, intentando reconfortarme.

Mientras ella organiza la cena, me levanto y pongo la mesa con vajilla de porcelana y copas para que podamos beber un poco de vino.

Nos servimos y empezamos a cenar. En ese momento, todos guardan silencio, con la atención puesta en mí. Ellos lo son todo para mí, y este momento con ellos me ayuda a distraer la mente y dejar pasar el tiempo.

—Vaya, Mari, tu lasaña está deliciosa. Hacía tiempo que no probaba una tan sabrosa —elogia mi padre.

—Coincido con papá, está riquísima —dice Léo.

Apenas toco la lasaña que puse en mi plato. No tengo hambre, no tengo ganas de hablar. Solo siento angustia y dolor, pero les respondo.

—Gracias. Había preparado esta lasaña para la cena que había planeado para esta noche con Diego. Era su preferida, así que la había hecho y congelado para hoy. Por desgracia, no llegamos a tiempo —me limpio una lágrima, y muchas otras comienzan a deslizarse por mi rostro.

—Sé que no es fácil, hija mía, especialmente en una situación así, pero estamos aquí contigo. Todo va a salir bien —dice mi madre, poniendo sus manos sobre las mías sobre la mesa para darme consuelo.

No sé qué hacer con mi vida. Mis planes esta mañana eran otros. Ahora, me debato entre volver a Brasil o quedarme aquí. Pero confieso que, en este momento, soy incapaz de tomar cualquier decisión. Quedarme aquí quizá no sea una buena idea; este lugar traerá demasiados recuerdos de Diego.

—Mari, no quiero presionarte ni influir en tu decisión, pero ¿por qué no vuelves y trabajas en el despacho? Podrías encargarte de la parte penal, que tanto te apasiona. Serías muy valiosa para nosotros —propone Lucca.

—Tenemos muchos casos importantes en marcha, y sin duda tienes la capacidad para asumirlos. Quédate aquí el tiempo que necesites y luego vuelve a casa, hermana —añade Léo.

—Hija, tenerte de nuevo con nosotros sería maravilloso —comenta mi madre, pero me siento un poco presionada.

—¡Sois maravillosos! Os agradezco de corazón todo el cariño y el cuidado que estáis teniendo conmigo. Prometo que pensaré en la propuesta y os avisaré cuando haya tomado una decisión. Aún necesito terminar la especialización y ver qué hacer con este lugar —digo mientras recorro con la mirada el ambiente, llena de tristeza, porque aquí compartía mi vida con mi marido.

Después de cenar, vamos al salón y nos quedamos conversando un rato más.

—Imagino que estéis cansados. Si queréis descansar antes de salir, podéis ir a los dormitorios. El viaje hasta aquí fue largo. Conocéis el piso, sentíos como en casa. Yo necesito prepararme, porque en dos horas es la despedida de Diego en el *St. Michael Cemetery and Crematory*.

Dejo a mi familia en el salón y voy a mi habitación. Miro a mi alrededor, y todo me recuerda a los dos. Es inevitable. Vuelvo a llorar. Tener a mis hermanos y a mis padres conmigo es muy reconfortante. Todo ese cariño y atención que me brindan me consuela, pero lo único que realmente querría… es que él estuviera aquí.

Tomo una ducha rápida y me pongo un vestido midi negro. Me calzo unos zapatos de tacón medio para la ocasión. No me maquillo; no tengo fuerzas para ello. Miro la alianza en mi mano izquierda, la giro entre mis dedos y limpio otra lágrima que se resiste a caer.

Llegamos a la capilla para la despedida. Han colocado la urna en el centro, sobre un mármol negro, aún cerrada. A la derecha, hay una preciosa foto suya con dos coronas de rosas blancas que yo misma escogí.

Entro en el lugar apoyada en mi familia. Están presentes sus compañeros de trabajo y algunos colegas de la especialización. Están allí para rendirle su último homenaje y, al igual que yo, no volverán a tener la suerte de verlo nunca más. La ceremonia durará una hora.

Abren la urna. Lleva puesto el traje azul marino, su color favorito; por eso lo elegí. Pedí que colocaran hermosas rosas blancas, y sobre ellas había un velo con detalles dorados en el

borde. Llevo la mano a mi pecho porque duele. Me duele tanto verlo así, saber que esta noche será la última vez que lo vea, y que esta imagen suya sin vida quedará grabada para siempre en mi memoria.

Estoy de pie al lado de la urna de mi marido, llorando, entregando mi presencia en cuerpo y alma hasta el último instante que nos queda.

Respiro hondo, porque ha llegado el momento de decirle adiós delante de todas las personas que están aquí presentes.

Pido la atención de todos para pronunciar el discurso en su homenaje. Mi voz es baja, entrecortada. Me duele profundamente tener que hacer este discurso, tener que despedirme de mi marido. No es lo que querría hacer, pero es lo que las circunstancias de la vida me obligan a decir.

"Antes que nada, quiero agradeceros a todos por estar aquí en este momento tan doloroso para mí. Diego era único. No he dejado de recordar cómo nos conocimos, el tiempo que vivimos juntos desde entonces, nuestra complicidad, nuestra amistad. Era divertido, nos reíamos mucho juntos y compartíamos un vínculo muy fuerte. Le encantaba hacerme sonreír, cumplir mis deseos, y yo los suyos. Celebramos juntos cada logro durante estos tres años que compartimos. Cada momento a su lado era ligero, éramos felices. Tenía un corazón maravilloso, y ahora merece descansar en paz. Lo voy a echar muchísimo de menos. Gracias por la vida que compartimos, amor."

Termino la despedida entre lágrimas y recibo abrazos y palabras de consuelo de todos los presentes, especialmente de mi familia. Pero nada de eso alivia lo que estoy sintiendo, no quita el dolor que oprime mi pecho.

Yo debía haber estado con él en ese coche. Ahora tendré que cargar con el peso de vivir sin él.

El personal del *St. Michael* nos concede unos minutos más para que todos puedan despedirse.

Miro una vez más el cuerpo de mi marido, acaricio por última vez su rostro ya frío, beso su frente. El dolor es insoportable. Solo yo

sé cuánto lo voy a echar de menos. Él se ha ido, y una parte de mí se ha ido con él.

"Jamás podré amar a otra persona, nunca volveré a casarme. Fuiste único para mí, Diego", pienso.

En ese momento, mi hermano se acerca, y lo abrazo con fuerza mientras cierran la urna para iniciar el protocolo de cremación, que durará unas seis horas.

Él se fue para siempre y yo me he quedado, aun deseando haberme ido con él.

Después, volvemos a mi piso, porque mañana tendré que regresar para guardar las cenizas que quedaron de él en una tumba. Duele demasiado. Me asfixia. No es justo.

Llego al piso, me quito la ropa que llevé puesta y voy directamente a la ducha. Ha sido un momento muy duro para todos nosotros.

Prolongo el baño todo lo que puedo, solo para estar a solas, pensar un poco más y llorar otro tanto.

Cuando me acuesto en nuestra cama, su lado está vacío. Hasta ayer, dormía cada noche a mi lado. Éramos una buena pareja, y ya empiezo a echarlo de menos. Lloro hasta quedarme dormida.

Despierto de madrugada, estoy sola en la cama. Cojo su almohada y me duermo abrazada a ella.

Al día siguiente, vamos al *St. Michael* para la última parte de la despedida. Me entregan la urna con las cenizas de mi marido. Voy con mi familia hasta el lugar donde descansará para siempre. Me despido de él y ellos sellan el espacio, colocando la placa de mármol con la inscripción que pedí.

Mis padres se marcharon un mes después de la muerte de mi marido. Creo que tenían miedo de dejarme sola, y fue bueno que se quedaran un poco más. Conseguí mantener la mente ocupada, mientras el corazón seguía destrozado.

Es difícil describir el dolor que sentí. Fueron muchas noches en vela; me despertaba llorando, iba a la universidad por compromiso, sin ganas. Apenas comía. Hubo días en que me preguntaba por qué él y no yo.

El dolor por su muerte, la ausencia que siento al mirar el lado de la cama donde dormía, la incertidumbre sobre el futuro y cómo voy a lidiar con todo esto de ahora en adelante.

Amar no duele; lo que duele terriblemente es no tenerlo con vida a mi lado.

1



Un año después...

Además del amor, existen el dolor, las lágrimas, el duelo y la aceptación.

El día ha amanecido gris. Solía disfrutar de los días así antes de perderlo, en un día exactamente como este. Ahora, miro por la ventana y escucho las gotas de lluvia golpeando el cristal, esa misma lluvia que hace que los árboles parezcan más verdes y hermosos, pero que también caía el día en que él nos dejó. No puedo evitar pensar en él, en aquel fatídico día en que lo perdí. Suspiro profundamente, porque sé que hoy es solo un día más para lidiar con su ausencia y soportar la nostalgia que oprime mi pecho.

Ha pasado un año desde su muerte, y aún lo echo muchísimo de menos. Echo de menos todo lo que vivimos juntos, los abrazos que ya no recibo, los besos, su perfume. Son tantos los recuerdos de los buenos momentos que compartimos y, durante todo este tiempo, sigue siendo mi primer pensamiento al despertar y el último al caer la noche.

Lo amaré por siempre. Perderlo fue extremadamente doloroso, y tuve que adaptarme a su ausencia en el apartamento. Fue un camino difícil, y tuve que aprender, a mi ritmo, a comprender todas mis emociones y a respetar mis propios sentimientos.

Viví el duelo a mi manera.

Este tiempo que ha pasado no ha curado todas las heridas, pero sí ha ayudado a aliviar el dolor que su pérdida me causó. Me rompí de muchas formas, sentí rabia por la manera en que me lo arrebataron, la tristeza me consumió poco a poco, y necesité buscar ayuda profesional para lidiar con todas las emociones que surgieron,

para enfrentar el dolor. Eso fue fundamental para comenzar mi proceso de sanación y aceptación, porque tenía que seguir con mi vida sin él.

Seguí adelante y no me detuve, porque necesitaba entender cómo hacerlo, y eso me llevó muchos meses.

Terminé mi especialización en investigación criminal en Boston con mucho esfuerzo, a pocos meses de concluirla. No podía rendirme, ni siquiera enfrentando el duelo.

Empaqueté todas nuestras pertenencias y las guardé en una habitación, contratando a alguien para cuidar del piso una vez al mes. Ya no podía lidiar con los recuerdos que ese lugar me traía, así que decidí guardarlos en un sitio especial: dentro de mi corazón.

Aprendí que el dolor se suaviza con el tiempo y da paso a la añoranza. Tuve que aceptar eso, aceptar su ausencia, y ahora necesito dar rumbo a mi vida.

Hoy hace treinta días que regresé a Brasil. El reloj marca las seis y media de la mañana, y dejo de lado mis pensamientos para comenzar mi rutina de ejercicio matutino. Me pongo ropa adecuada, coloco los auriculares con mi *playlist* favorita y empiezo a pedalear. Ni me doy cuenta del paso del tiempo, perdida en mis pensamientos. Bajo la velocidad para terminar el ejercicio.

Al volver, me mudé a este piso. Fueron mis hermanos quienes sugirieron que lo alquilara para estar cerca de ellos y del despacho. El primer día, compré una bicicleta por internet, de esas que se usan para clases de *spinning*, y la coloqué en mi balcón. Me ha hecho bien, aunque siento que aún me falta algo.

Recojo mi cabello en un moño y abro la ducha con el agua fría. Entro bajo el chorro, sintiendo cómo mi cuerpo se estremece. Aun así, no cambio la temperatura; dejo que el agua fluya y aprovecho el momento del baño para renovar mis energías.

Mientras me visto, me miro en el espejo. Mi aspecto ha mejorado; el año pasado adelgacé más de la cuenta, pero he conseguido recuperar parte del peso perdido.

Aceptar la oportunidad de trabajo en el despacho fue el primer paso para seguir adelante. Tuve que empezar de nuevo, por

eso regresé a mi ciudad natal, donde estoy más cerca de mi familia y de mis amigos.

Mis amigas ya me han llamado y me han mandado mensajes al enterarse de que volví, pero aún no he podido verlas en persona. Es algo que haré pronto.

Hoy es mi primer día en el despacho. Me pongo un vestido tubo negro hasta la rodilla, con una abertura discreta y un cinturón. Me maquillo de forma sencilla, me aplico mi pintalabios rojo, mi perfume y me calzo los stilettos. Me siento lista para empezar. Cojo el bolso, las llaves del coche y salgo hacia el despacho, ubicado en Vila Olímpia. Estoy ansiosa por este día.

Llego al edificio donde se encuentra el despacho y aparco mi coche en una de las plazas disponibles. Entro en el ascensor y subo hasta la recepción.

—Hola, soy Marianne. Lucca me está esperando.

—Hola, Marianne, bienvenida. Soy Joana, siempre estoy aquí en recepción. El despacho de Lucca está en el pasillo a la derecha, la primera puerta.

Llego hasta la puerta, doy dos golpes y escucho la voz de Lucca autorizando mi entrada. En la sala están mis hermanos y Bernardo, sentados. Sonríen y se levantan para saludarme.

—Ha llegado la persona más esperada de este despacho —dice mi hermano con entusiasmo.

—¿Te acuerdas de Bernardo? —pregunta Lucca.

—Ha cambiado un poco desde la última vez que lo vi, pero sí, lo recuerdo. ¡Un placer volver a verte, Bernardo!

—Hola, Marianne, será un placer tenerte aquí —dice él, estrechando mi mano.

—Qué bueno tenerte de vuelta, princesa —dice Léo.

—Mari, Léo y yo tenemos ahora una reunión con un cliente, y Bernardo se encargará de mostrarte el despacho y explicarte cómo funcionan las cosas por aquí.

En cuanto se marchan, Bernardo y yo comenzamos un recorrido por el despacho. Me explica todo lo que necesito saber sobre los distintos departamentos y el personal que trabaja allí. La estructura incluye varios sectores: recursos humanos, finanzas,

jurídico (donde se preparan las pruebas, los recursos y las ejecuciones), relaciones públicas, la sala de otros abogados contratados, la biblioteca jurídica y la sala de reuniones. Puedo notar lo bien que han trabajado para mantener y mejorar la estructura del despacho.

—Vaya, estoy impresionada. Habéis hecho un trabajo excelente aquí.

—Qué bien que te haya gustado, Marianne —responde, mostrando orgullo por formar parte de este lugar—. Somos el mejor despacho del Estado. Llevamos casos prestigiosos y de gran repercusión mediática. Nuestro despacho nunca ha perdido un caso, tú lo sabes. Entramos para ganar, y lo hacemos con maestría. Elegimos a nuestros clientes y rechazamos causas que consideramos injustas —dice Bernardo, con admiración.

Me cuenta que trabaja en pocos casos debido a la atención que debe prestar a su bodega, pero que acude al despacho todos los días cuando no está de viaje y colabora en algunos casos penales cuando es necesario.

Llegamos al ala izquierda, y él me muestra su despacho. No llegamos a entrar, pero en la puerta de madera está escrito "Bernardo Del Valle" en bonitas letras plateadas. A continuación, está mi despacho, que queda al lado del suyo y tiene mi nombre escrito con el mismo diseño. En los despachos de enfrente están los demás abogados que trabajan para el bufete.

Entramos en mi despacho y miro a mi alrededor, admirada por la decoración del ambiente. La iluminación es perfecta y, al mismo tiempo, acogedora. La mesa es de cristal y, encima, solo hay un portátil. La silla es de cuero blanco y parece cómoda, al igual que el sofá. La decoración es toda en tonos marfil, con una bellísima estatua de la diosa de la justicia y un jarrón de bambú de la suerte junto al cristal. Las persianas son blancas, están abiertas, y tengo una vista espléndida de la ciudad.

Junto a la mesa hay una pequeña bodega climatizada con vinos Del Valle y un minibar con agua, algunos tipos de quesos y frutas. Me muestra el baño privado y el armario, por si necesito dejar alguna prenda de ropa para emergencias. ¡Me encantó!

—Bernardo, estoy enamorada de este despacho. Es perfecto para mí.

—Lo reformamos exclusivamente para ti, y dejé algunos de mis vinos especiales como bienvenida. Espero que te gusten.

—Me he dado cuenta de que has dejado tu marca registrada por aquí: vinos Del Valle. —Le agradezco el gesto y él sonríe.

Pasamos la mañana trabajando juntos. Me ayudó con los accesos que necesito utilizar, me entregó las carpetas de los casos que están bajo mi responsabilidad a partir de hoy y me hizo un breve resumen de cada caso. Bernardo fue muy servicial y atento.

El tiempo pasó rápidamente, lo cual es excelente, pues me mantuve ocupada con el trabajo. Fue agradable conocer a Bernardo en su faceta de abogado, y durante este tiempo que pasé con él noté cuánto sentido moral y de justicia tiene, además de ser de buena familia.

—Marianne, ¿vamos a comer? Tus hermanos aún no han vuelto, pero hay un restaurante italiano aquí cerca que te va a encantar.

—Acepto. Tengo mucha hambre —miro la hora y veo que ya ha pasado el momento en que suelo almorzar.

Al recorrer los pasillos, noto que las secretarias nos miran, y muevo la cabeza ante toda la curiosidad que genera la llegada de una persona nueva al trabajo. Pronto se acostumbrarán a mi presencia por aquí.

Elegimos nuestros platos: él pide una lasaña de carne, y yo opto por unos *conchiglioni* de higo y ricota.

Durante el almuerzo, hablamos sobre el trabajo. Bernardo está muy dedicado a su finca, su conversación es amena, y me siento bien compartiendo este momento con él. Aunque es muy amigo de mis hermanos y solía frecuentar mucho nuestra casa cuando yo era más joven, nunca tuve mucha interacción con él.

—Vaya, has hablado tanto de tu bodega que me ha entrado curiosidad por conocerla. ¿Abrís para visitas y catas? —pregunto, mostrando un interés genuino.

—Por ahora no, Marianne. Hace solo un año que asumí los negocios de mi familia y todavía estoy haciendo muchos cambios.

Pero es una opción interesante, sobre todo para el turismo en Flores da Cunha.

—Personalmente, me parece fascinante ese mundo del vino.

—Tuve que profundizar en cada etapa. Tengo muchos planes para la bodega. En cuanto tenga la oportunidad, te llevaré a la finca. Tus hermanos a veces me acompañan los fines de semana.

—Me encantaría conocerla —digo con entusiasmo, al verle sonreír.

—Cuando quieras ir, casi todas las semanas estoy en la finca.

—Por supuesto, podemos quedar un día.

La conversación con Bernardo fue muy interesante, y la hora de la comida pasó tan rápido que, cuando nos dimos cuenta, ya era hora de volver al despacho.

2

Volvemos al despacho y, al salir del ascensor, tropiezo con una mujer rubia. Siento un escalofrío en el brazo; me transmite una energía extraña, pero procuro no demostrarlo. Saluda a Bernardo con un beso en la mejilla y le agarra del brazo como si fueran íntimos. Él se muestra algo incómodo e intenta soltarse de su contacto de forma amable, evidenciando su incomodidad con el gesto. A continuación, nos presenta:

—Valentina, esta es Marianne, nueva socia del bufete y hermana de Lucca y Leonardo. Es especialista en derecho penal e investigación criminal.

—Hola, querida, bienvenida al despacho.

No siento sinceridad en sus palabras, y su mirada hacia mí es evaluadora. Me resulta algo extraño, ya que no veo motivo alguno para ello.

—Encantada, Valentina —le tiendo la mano en señal de saludo.

Me despido de ambos y voy a mi despacho; al fin y al cabo, tengo muchos casos esperándome y no quiero perder más tiempo.

Enciendo el portátil y empiezo a trabajar. Al abrir la primera carpeta, veo que se trata de un caso de agresión contra una mujer. La víctima es una *influencer* conocida, y el agresor es su exnovio. El caso se está llevando en secreto de sumario debido a la repercusión mediática que podría generar.

Léo todo el expediente, valido las pruebas. Es un caso nuevo para el bufete. Tras familiarizarme con los detalles del proceso, decido agendar mi primera reunión con la clienta. Como aún no tengo secretaria, hago yo misma el contacto y fijo la cita para mañana a las nueve de la mañana.

Reviso la segunda carpeta, que trata de un delito contra la libertad sexual. Mi clienta era secretaria, y el acusado es su exjefe. Me pongo en contacto con ella y agendo nuestra primera reunión para mañana, justo después del almuerzo. Con ello, consigo organizarme y avanzar con estos dos casos.

Escucho que alguien llama dos veces a la puerta y autorizo la entrada. Alzo la vista hacia la puerta y veo que son mis hermanos.

—Eh, princesa, ¿cómo va tu primer día?

—Vaya, está siendo muy interesante. Ya he revisado algunos casos y estoy llena de trabajo. Necesito contratar una secretaria con urgencia.

—Estoy de acuerdo. Si lo necesitas, puedo prestarte la mía hasta que consigas contratar a la tuya —sugiere Léo.

—No quiero alterar tu rutina, hermano. Ya pedí algunos currículos al departamento de Recursos Humanos, y me respondieron diciendo que hoy mismo me enviarían algunos que ya tenían en la base de datos.

—Mari, eres muy eficiente y rápida. Estoy seguro de que destacarás mucho en tus casos por tu competencia —les sonrío a los gemelos más guapos de mi mundo.

—Nos vamos ya. Tenemos una vista esta tarde y luego una reunión externa con un cliente importante. Si necesitas algo, pide ayuda a Bernardo. Quedamos en que él te daría apoyo en estos primeros meses —me orienta Lucca.

—Perfecto. Su despacho está justo al lado. Si necesito algo, llamaré a la puerta.

—Hasta luego, princesa —dicen los dos al mismo tiempo, y me río de esa interacción tan peculiar que tienen.

Siento curiosidad por mis casos, comienzo a leer y a tomar las anotaciones pertinentes. En total, son cinco procesos de delitos consumados, en los que se han reunido todos los elementos probatorios para la calificación legal del crimen. Veo que tendré mucho contacto con mi amigo el comisario.

Me sumerjo en los casos y el tiempo pasa volando. Miro hacia la ventana y noto que empieza a anochecer. Son las siete de la tarde, decido dar por finalizada la jornada por hoy.

Al llegar a mi piso, me quito los zapatos y abro el vino que traje del despacho, ya que aún no he tenido tiempo de comprar algunas botellas para tener aquí. Vaya, qué buen vino. Hago una nota mental para elogiar la producción a Bernardo, al fin y al cabo, se portó genial conmigo en mi primer día.

Voy a mi habitación con la copa y la botella. Entro en el baño y abro el grifo de la bañera, dejando el vino al lado, sobre el mármol blanco. Enciendo una vela aromática de canela para crear un ambiente acogedor y echo sales de baño en el agua caliente, porque necesito relajarme.

Me quito el vestido, la lencería y me recojo el pelo en lo alto para no mojarlo. Entro en la bañera mientras suena "*Perfect*". Involuntariamente, pienso en Diego. Esa era nuestra canción. Comienzo a tararearla en voz baja, y las lágrimas se deslizan por la nostalgia que su ausencia me provoca. *Ay, mi amor, cuánto te echo de menos...*

"Encontré a una mujer más fuerte
Que cualquiera que conozco
Ella comparte mis sueños
Espero algún día compartir su hogar
Encontré un amor para guardar
Más que mis secretos
Para llevar amor, cargar
Nuestros propios hijos
Aún somos niños,
Pero estamos tan enamorados,
Luchando contra todos los obstáculos
Sé que estaremos bien esta vez
Cariño, solo me toma de la mano
Sé mi chica, yo seré tu hombre
Veo mi futuro en tus ojos"
Perfect — Ed Sheeran

Realmente era nuestra canción, y nunca tuvo tanto sentido como ahora, después de tu partida. Lloro y, a veces, hablo contigo,

aunque no sepa si puedes oírme desde donde estás; aun así, lo hago.

" Sí, mi amor, intentaré ser fuerte. Teníamos sueños, cumplimos uno de ellos. Tú fuiste mi hogar, y yo fui el tuyo. Encontré el amor en ti. Ahora que te has ido, lo que queda de ese amor está guardado en un rincón de mi corazón, para siempre. Seré eternamente tuya, aunque no tengamos toda una vida por delante."

No sé lo que el destino me depara, pero hasta ahora he tenido buenos momentos, pérdidas irreparables y una nostalgia capaz de arrancarme muchas lágrimas.

Bebo lo que queda del vino en la botella. Sé que quizás no sea elegante, pero el nudo en el pecho es demasiado grande. Me he quedado demasiado tiempo en la bañera; mis dedos están arrugados y el agua ya está fría. Me seco, me pongo el albornoz y voy a la cocina a preparar mi cena. Antes, ese momento lo compartía con él. Ahora, siento soledad.

Preparo una ensalada para cenar con rúcula, tomatitos cherry, palmito y pollo a la plancha. Hago una salsa rica para aliñarla y añado unos picatostes.

Después de cenar, organizo la cocina y lavo los platos que ensucié para mantener todo en orden.

Voy al salón y enciendo mi portátil para trabajar en uno de los casos. ReLéo el de la *influencer* y empiezo por el punto de partida: análisis de los hechos e investigación para descubrir la verdad o encontrar alguna pista que pueda ayudar en este caso.

Tengo una manía: investigar yo misma mis casos. Soy muy curiosa y me gusta conocer todos los detalles; cualquier información puede aportar una pista.

Comienzo investigando al exnovio de mi clienta, analizando su perfil en redes sociales y los lugares que frecuenta. Como tiene muchas publicaciones, busco personas que se repiten en las fotos que comparte. Investigo cualquier noticia o información sobre sus relaciones anteriores con la esperanza de encontrar pruebas que puedan presentarse ante el juez para lograr una condena.

Encuentro una pista y celebro, satisfecha con el resultado. Verifico si tiene antecedentes penales, y no encuentro nada, así que

necesito la ayuda de mi amigo el comisario.

No renuncio a la verdad; mis clientas merecen que luche por su causa. Anoto en las notas del móvil la información sobre una posible testigo. Se llama Sara, parece bastante joven, es una chica muy guapa; espero que me ayude para poder ayudarlas a ellas.

Mañana, después de la reunión con mi clienta, intentaré contactar con ella para concertar un encuentro. No lo hago hoy porque ya es muy tarde. Satisfecha con los avances de hoy, apago todo y me voy a dormir.

3

Marianne Magalhães 

Como cada día, me levanto muy temprano para hacer ejercicio, pero hoy decido pedalear solo durante cuarenta minutos, ya que quiero llegar antes al despacho. Elijo mi ropa para enfrentar el día: una falda lápiz blanca hasta la altura de las rodillas y una blusa de seda en un tono verde oliva. Me maquillo, me pongo mi pintalabios y el perfume de siempre, calzo mis stilettos nude, escojo un bolso del mismo tono y coloco mis pertenencias antes de salir hacia el despacho.

Aparco en la misma plaza que el día anterior y subo en el ascensor. En el vestíbulo del bufete no hay nadie, pues aún son las siete de la mañana. Antes de ir a mi despacho, paso por la cocina para preparar un capuchino cremoso.

Empiezo el día revisando mi correo electrónico, donde veo que he recibido algunos currículums para la vacante de secretaria. Los reviso todos minuciosamente, analizando el historial de empLéos anteriores para comprobar si tienen experiencia y las competencias necesarias.

Solo un currículum me interesa: el de Milena Soares, de diecinueve años, que parece prometedora y no tiene antecedentes penales. Le envío un mensaje para concertar una entrevista a las once.

Después de revisar los currículums, veo que me han añadido a un grupo formado por mis amigas de la universidad: Irina, que es médica, y Júlia, arquitecta. Nos conocimos en una fiesta y, desde entonces, nos hicimos mejores amigas, aunque no nos vemos desde hace dos años. Siempre mantenemos el contacto por mensajes, y ellas proponen un encuentro en un bar el viernes por la noche. Confirmo mi asistencia, deseando volver a ver a mis amigas.

Alguien llama a la puerta y, para mi sorpresa, son mis hermanos. Se acercan y me abrazan con cariño.

—Has llegado temprano hoy, Mari —comenta Lucca, demostrando su aguda observación.

—Sí, quiero adelantar algunas cosas...

—¿Cómo estás? ¿Ya te has adaptado? ¿Necesitas algo? —pregunta Léo.

—Sí, me estoy adaptando y dedicando al trabajo, que me encanta. Eso ayuda a controlar la ansiedad. Por ahora, todo va bien, Léo.

—Quedamos en cenar con nuestros padres esta noche, no lo olvides —me recuerda Lucca.

—No lo he olvidado, ¿qué clase de hija creéis que soy? —bromeo con ellos, aunque en realidad sí que había olvidado la cena.

—¡La despistada! Por eso hemos venido a recordártelo. Salimos a las seis y vamos directamente para allá.

Ellos se marchan y yo continúo con mi trabajo hasta que suena el teléfono. La recepcionista general anuncia que mi clienta de las nueve ya ha llegado, así que voy a recibirla personalmente.

—Hola, Clara, soy Marianne, la nueva abogada encargada de tu caso —le digo a la *influencer*, que, incluso después de entrar en el despacho, sigue con las gafas de sol puestas, lo que me llama la atención.

—Pensaba que era Valentina quien llevaría mi caso.

—Clara, soy abogada y socia del bufete. A partir de ahora, yo me encargaré. Ya he leído los archivos de tu proceso, pero me gustaría que me lo contaras desde el principio. Siéntete libre.

Ella se quita las gafas, abre el bolso y las guarda en una cajita. Observo sus ojos y su comportamiento, notando que está muy ansiosa. Su ojo derecho está muy hinchado y morado, señal de una lesión reciente.

Escucho atentamente la historia de Clara, memorizando todos los detalles. Como la última agresión ocurrió anoche y no había sido informada previamente, decido acompañar a mi clienta a comisaría de inmediato.

Opto por llevar a Clara con el comisario Borges, un amigo de toda la vida en quien confío plenamente. Allí, registramos la denuncia y recogemos todas las pruebas necesarias para esclarecer el incidente. Además, solicitamos al juez una orden de protección urgente. Tras finalizar la denuncia, Clara se somete al reconocimiento médico. Ahora, solo nos queda esperar la decisión del juez respecto a la concesión de la orden de protección.

Regreso al despacho justo a tiempo para realizar la entrevista con Milena. Durante la conversación, observo que cumple perfectamente con los criterios del puesto y demuestra gran inteligencia. Alineamos expectativas, discutimos horario, tareas y salario, y luego la derivo al departamento de Recursos Humanos para finalizar la contratación. Empezará mañana y parece muy satisfecha con haber sido seleccionada para el puesto. Espero que podamos construir una buena relación profesional.

Como ya se acerca la hora del almuerzo, decido invitar a Bernardo a comer nuevamente en el restaurante italiano que visitamos el otro día, ya que me gustó mucho el lugar.

Sin embargo, al llegar al despacho de Bernardo, noto que la puerta está entreabierta y escucho algunos ruidos extraños. Decido entrar para llamarlo, sin estar preparada para la escena impactante que me veo obligada a presenciar. Y al decir "*obligada*", lo digo con sarcasmo, por sentirme forzada a ver aquello.

Valentina está con el rostro apoyado sobre la mesa, las manos extendidas, mientras Bernardo está de pie, con los pantalones bajados, los primeros botones de la camisa desabrochados y las mangas remangadas hasta los codos. Están en pleno acto íntimo, con los ojos cerrados y gimiendo. En cuestión de segundos, absorbo todos los detalles de la escena, una imagen que será difícil de olvidar durante mucho tiempo.

Sin poder contener mi reacción, acabo exclamando en voz alta:

—¡Mierda!

Valentina, sin mostrar el menor signo de vergüenza, sonríe al ser descubierta en un momento tan íntimo. Bernardo, al percatarse

de mi presencia en la sala, interrumpe de inmediato el acto sexual y me mira con los ojos desorbitados.

—¡Joder, no me lo puedo creer! —prácticamente gruñe, avergonzado por haber sido sorprendido en esa situación.

—Quien no se lo cree soy yo, querido socio —respondo, horrorizada por la escena.

Salgo del despacho y cierro la puerta tras de mí. Pulso rápidamente el botón del ascensor y salgo a almorzar, evitando tener que verlos o escuchar explicaciones sobre lo obvio.

No puedo creer lo que acabo de presenciar en su despacho. Parecen completamente ajenos a la falta de discreción, y eso que es apenas mi segundo día aquí. Prefiero ni imaginar lo que sucede entre estas paredes del bufete.

Tomo mi coche en el aparcamiento, abro la aplicación de localización y busco la dirección de la comisaría para no perderme, ya que aún no me he acostumbrado al camino. No estaba en mis planes hacerle una visita sorpresa a mi amigo. Al fin y al cabo, ya lo vi esta mañana cuando llevé a mi clienta. No obstante, dada la situación y siendo la hora del almuerzo, tal vez esté disponible para charlar un rato.

Mientras conduzco, observo el paisaje agitado de São Paulo, con el intenso flujo de personas por las calles. El único punto negativo, para mí, es la contaminación.

Aparco mi coche frente a la comisaría y bajo para encontrarme con mi amigo de toda la vida.

—Hola, ¿está el comisario Borges? —pregunto a un agente que encuentro en la entrada.

—Está en su despacho.

—Vale, gracias.

Sigo por el pasillo en dirección a su despacho y, a través de la persiana, percibo que está solo. Toco el cristal, él me ve, se levanta y viene a recibirme.

—Hola, Mari, ¿ha pasado algo? ¿Algún caso urgente?

—No, Rafa. Solo pasé para charlar un rato.

Como estamos solos, me abraza y me levanta en el aire, recordando los viejos tiempos de la universidad. Más temprano

tuvimos que mantener la compostura, ya que estábamos trabajando.

—¡Eh, amigo, para ya! Me estoy mareando —me río, y él me deja en el suelo.

—Es un gusto volver a verte, Mari.

—He venido para quedarme, y creo que nos veremos mucho. Tengo varios casos en el bufete que van a necesitar la ayuda de cierto comisario duro.

—Las cosas están complicadas en este estado.

—Me lo imagino. Pero dime, ¿cómo va tu vida? ¿Ya tienes novia?

—Por lo visto, sigues tan curiosa como siempre. Nada de novias, Mari, solo algunos líos de vez en cuando.

—No tienes remedio, Rafael. ¿Hay algún sitio cerca donde podamos comer algo juntos?

—Si no te importa, hay un bar aquí cerca que vende unas croquetas de carne seca irresistibles, muy parecidas a las que comíamos en el quiosco de la facultad.

—¡Entonces vamos! Una croqueta no estaría nada mal —le guiño un ojo suavemente, y él se ríe.

—¿Cómo estás después de la muerte de tu marido?

—Estoy intentando superarlo, amigo. El tiempo solo alivia un poco el dolor, pero la añoranza es muy grande —respondo, con la mente perdida en él.

—Si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme, Mari.

—Puedes contar con ello.

—¿Ya viste a Júlia e Irina?

—Todavía no, pero hemos quedado para salir el viernes por la noche.

—Si no estuviera de guardia, iría con vosotras.

—Entonces, tenemos que organizar algo otro día.

Rafael es un buen amigo y un hombre increíble. Durante el almuerzo, hablamos sobre nuestras vidas personales; le cuento cómo ha sido mi vida tras la partida de mi marido, los altibajos que pasé sin él.

Salgo del bar sintiéndome bien por haber compartido unos minutos con él, y quedamos en organizar una reunión de amigos en

su discoteca cualquier día. Cuando me vea con las chicas, les mencionaré la idea.

Vuelvo al trabajo y, en cuanto llego a la planta del despacho, voy directamente a mi oficina. Paso por el baño para cepillarme los dientes y retocarme el pintalabios. Tras asegurarme de que mi aspecto está impecable, me dirijo a mi escritorio, donde sé que aún tengo bastante trabajo por delante.

Cojo una botella de agua del minibar y doy un largo trago para refrescarme, cuando oigo que llaman a la puerta.

—¡Adelante!

—Marianne, ¿tienes un minuto?

—Sí, Bernardo, pero si has venido para hablar de la escena que presencié esta mañana en tu despacho, no hace falta. Fue bastante evidente lo que vi. Estabas teniendo un encuentro amoroso en horario laboral. ¿Acaso tienes idea del lío que eso puede provocar? ¿Y si ella nos demanda por acoso sexual?

—Marianne, solo he venido a pedirte disculpas por la situación incómoda que presenciaste. Al fin y al cabo, eres mi socia, y sinceramente no quiero ningún malentendido contigo.

—Dime, ¿cómo haremos para librarnos de ella si llegara a ser necesario? ¿Cuál sería el motivo legítimo? ¿Que estaba teniendo una relación con uno de los socios? —concluyo, visiblemente alterada.

—Marianne, eso no será necesario. Lo que ocurrió entre Valentina y yo fue consensuado.

—Eres uno de los socios de este bufete, tu nombre está en esa puerta. Si confías en ella, entonces al menos deberías haber cerrado con llave. ¿Te imaginas si hubiera sido un cliente el que entrara? Que quede claro que no voy a tolerar ese tipo de comportamiento por parte de ninguno de los socios.

—Marianne, tienes toda la razón. He venido hasta aquí por consideración hacia ti. Soy hombre y asumo la responsabilidad de mis actos.

—Lo sé, pero como tu socia, solo te pido que tengas más cuidado. No quiero seguir presenciando escenas íntimas vuestras por aquí.

—Seré más cuidadoso.

Después de que Bernardo sale de mi despacho, me quedo pensando en todo lo que le dije. Follar en el trabajo con la puerta abierta es inaceptable. Al menos fui yo quien lo presenció y no algún empleado o cliente. Además, al marcharse, dijo que será más cuidadoso, lo que da a entender que piensa continuar con ese comportamiento. Es un descarado. Por el momento, decido dejar el tema de lado.

Mi extensión suena poco después de que Bernardo deja mi despacho.

—Dra. Marianne, su clienta ha llegado. ¿Puede recibirla?

—Sí, ¿puedes traerla hasta aquí, Joana? —le pido a la recepcionista, que ha sido muy atenta conmigo.

—Claro, ahora mismo.

Voy hasta la puerta de mi despacho para recibir a mi segunda clienta.

—Hola, Laura, ¿cómo estás? Soy Marianne, la responsable de tu caso aquí en el bufete. Pasa, vamos a sentarnos en el sofá, es más cómodo. Siéntete libre para contarme tu historia.

—Gracias por recibirme. Una conocida me recomendó vuestro bufete, y me alegra que sea una mujer quien me atienda.

Comienza contando que estaba en su escritorio cuando su jefe le informó que tendrían que hacer un viaje de trabajo a una ciudad vecina. Ella debía organizar el alojamiento, ya que irían en coche por cuestión de tiempo. Según relata, durante el trayecto, su jefe le hizo preguntas personales, como si tenía novio o si vivía sola. Hasta entonces, le parecieron preguntas normales. Sin embargo, empezó a mirar sus pechos y sus piernas, mostrando cierto interés. Lo que eran preguntas inocentes acabó generando un ambiente incómodo y causando malestar y ansiedad en mi clienta.

—Llegamos al hotel cuando ya empezaba a anochecer, hicimos el check-in y fuimos a la habitación reservada para nuestra estancia. La mía estaba al lado de la suya por facilidad de comunicación, por si necesitaba preparar algo para una reunión o gestionar cualquier otra cosa, ya que él siempre pide algo cuando estamos de viaje —hace una pausa, respira hondo y continúa—. Estaba organizando las carpetas para la reunión cuando me llamó

para que fuera a su habitación a buscar un informe, y así lo hice. Llamé a la puerta, pero cuando abrió, vi que solo llevaba puesto un albornoz. Le pedí el informe, pero me quedé en la puerta. Me pidió que entrara y dijo que necesitaba explicarme algunos detalles. Aunque me sentía incómoda, entré, y en cuanto cerró la puerta, me empujó contra la pared y empezó a besarme en el cuello, diciéndome cosas obscenas. Intenté soltarme, pero fue imposible, porque es muy fuerte. Comencé a llorar y a golpearle el pecho, pero no sirvió de nada. Me empujó sobre la cama y me presionó la cara. Me costaba incluso respirar. Estaba muy nerviosa y llorando; levantó mi vestido y me violó. Le supliqué que parara, grité, y él me presionó aún más la cara. Fue horrible. —Lo cuenta todo de una vez, como si quisiera acabar pronto para poder olvidar—. Doctora Marianne, fue lo más horrible que me ha pasado. Nunca me he sentido tan impotente en toda mi vida. Me sentí humillada, sucia.

—Siento mucho que hayas pasado por eso. Te voy a ayudar, pero necesito saber qué ocurrió después de que él te violara.

—Está completamente trastornado. Me preguntó si me había gustado. Le dije que me había violado y que iba a denunciarle a la policía. Entonces me dijo que nadie me creería porque él era una persona influyente. Salí corriendo de su habitación, tal como estaba, y me encerré en la mía. Aquella noche no pude comer ni dormir, y al amanecer recogí mis cosas y volví en autobús a São Paulo. Al día siguiente, fui a la empresa a pedir mi baja, pero no la aceptaron porque yo era la secretaria del dueño y me dijeron que debía hablar con él. No quiero hablar con él a solas, no quiero mirarle a la cara y recordar todo lo que pasó. No se lo conté a nadie por miedo a que me culparan, por vergüenza. Al fin y al cabo, él es el jefe y yo solo soy la secretaria.

—Entiendo. Ahora tenemos que ir a comisaría a registrar una denuncia. En cuanto completemos esa etapa, vamos a revisar tu rescisión y presentar una demanda contra tu jefe.

Acompaño a mi clienta para que realice todos los trámites en la comisaría y regreso al despacho para iniciar el proceso de Laura contra un empresario importante de la ciudad.

Durante el resto del día, trabajo en mis casos, envío un mensaje a Sara, quien podría ser testigo en uno de ellos, y continúo estudiando todas las posibilidades que me llevarían a la victoria. En cuanto lo tengo todo organizado, doy por finalizada mi jornada laboral, ya que tengo que ir a casa de mis padres. Esta noche tendremos una cena en familia.

Llego al condominio de mis padres, que está en el barrio de los Jardines, aparco mi coche y veo que todos ya han llegado, incluso Bernardo, mi socio.

¿Es una cena familiar, qué hace él aquí?

—Hola, papá, ¿cómo estás? —le pregunto, dándole un beso en la mejilla cuando abre la puerta.

—Estoy bien, princesa.

—Mamá, qué guapa estás esta noche —la abrazo con fuerza.

—Eh, hermanos, Bernardo —los saludo desde lejos; al fin y al cabo, ya los había visto en la empresa.

Sigo con mi padre, y los gemelos se quedan con mamá, uno a cada lado.

Por lo visto, Bernardo prácticamente forma parte de la familia; parece estar siempre presente por la amistad que tiene con mis hermanos. Además, mis padres tienen mucha estima por él y por su familia.

No entiendo bien la rutina de todos, después de haber estado fuera tantos años. Creo que no podré evitar a mi socio ni siquiera en los momentos personales.

—Hicimos carne asada, arroz y, como acompañamiento, patatas soufflé y ensaladas. Espero que os guste —dice Marília, mi madre, animada.

—Claro que nos va a gustar —dicen los gemelos al mismo tiempo, y todos se ríen por su sincronía.

Nos sentamos a la mesa para cenar. Ahora que estoy de vuelta en Brasil, siempre vengo a casa de mis padres, ya sea durante la semana para cenar o los domingos. Me encanta estar con mi familia; son todo para mí.

Miro en dirección a Bernardo y siento que se me calienta el rostro. Estoy segura de que me he puesto roja, porque me acordé

de la escena que presencié esa mañana.

—Hija, ¿estás bien? —me pregunta mi madre, atenta.

—Sí, debe de ser el vino, mamá, me sube la tensión y ahora tengo calor —respondo, mirando hacia Bernardo.

Unos minutos después de la cena, mi madre sirve el postre: tarta de queso con frutos rojos, que es mi favorito. Al terminar, nos reunimos en el salón para tomar vino.

—Princesa, ¿cómo te está yendo en el bufete? —pregunta mi padre, genuinamente interesado.

—Me está encantando, papá. Tengo muchos casos en marcha, y todos tienen potencial para ganarse en el tribunal.

—Luiz Felipe, tu hija es muy dedicada. He estado observando su trabajo desde que llegó, y sin duda el bufete está en buenas manos.

—Gracias, Bernardo. Me has ayudado mucho en este comienzo —agradezco la parte buena, pero oculto las cagadas que hizo hoy.

—Me llena de orgullo veros trabajando juntos —dice mi padre, satisfecho.

—Hija mía, la vida no es solo trabajo. También necesitas salir, conocer sitios, hacer nuevas amistades y disfrutar de la noche paulistana —me anima mi madre para que salga más a menudo.

—No sé si estoy preparada para eso, mamá, pero he quedado para salir con mis amigas —respondo, girando la alianza en mi dedo.

Aún llevo mi anillo de casada; no he conseguido quitármelo. Es una forma de tenerlo aún conmigo.

—Creo que deberías salir con tus amigas, hermana. No te decimos que conozcas a otra persona en el sentido romántico. Eso, cuando estés lista. Pero tienes que vivir. Pronto cumplirás 26 años, sigues siendo joven y debes disfrutar los buenos momentos que la vida tiene para ofrecer —Lucca apoya a nuestra madre.

—Prometo que lo intentaré, familia —respondo con una sonrisa.

—Te ayudaremos, princesa. Cuando haya alguna fiesta, te llevaremos —decreta Léo.

—No quiero ni imaginar el tipo de fiestas a las que vais los tres. Seguro que están llenas de mujeres y orgías —los tres sueltan una carcajada y se miran con complicidad.

—Te llevaremos a una tranquila, con buena música, bebidas, gente guapa, algo relajado —comenta Lucca.

—Avisadme y me apunto —respondo sin mucho entusiasmo.

A las diez de la noche, nos despedimos de nuestros padres y cada uno se va a su casa en su coche. Somos prácticamente vecinos: yo vivo en el condominio de al lado de los gemelos, y Bernardo en el mismo edificio que ellos, aunque en otro bloque.

4

Bernardo Del Valle 

Es increíble que Marianne me haya pillado en pleno acto, justo ella, mi nueva socia que acaba de llegar a la oficina y hermana de mis mejores amigos. La escena que presenció podría haberse evitado. No entiendo por qué demonios confié en Valentina. Dejó la puerta abierta, algo que siempre reviso antes de tener cualquier encuentro en mi despacho.

Tengo 35 años y nunca he tenido una relación seria. Cuando siento la necesidad, llamo a alguna mujer de mi lista de contactos. Satisfacemos nuestras necesidades y ellas siempre se van satisfechas, enviando mensajes para repetir el encuentro. No paso la noche con nadie, no llamo al día siguiente, no envío flores. Nunca me he enamorado; mis relaciones siempre han sido pasajeras. Ninguna mujer que haya pasado por mi cama ha conseguido retener mi atención por mucho tiempo. No busco romances, solo satisfacción sexual.

Por eso Valentina entró en mi despacho, se sentó sobre mi mesa y abrió las piernas. En cuanto me di cuenta de que no llevaba bragas, me excité. Es atractiva y capta mi atención, no lo puedo negar.

Como siempre está cerca, termino repitiendo la experiencia con ella, especialmente porque llevaba algunos días sin sexo. Me dejé llevar y la poseí allí mismo, sobre mi mesa, como he venido haciendo durante el último año.

Ella sabe lo que quiero y está dispuesta a dármelo, pero siempre he sido claro al dejarle saber que lo nuestro es solo sexo, sin ningún tipo de implicación romántica. Sin embargo, en los últimos meses se ha vuelto complicado. Aunque sigue siendo

accesible, parece estar involucrada, algo que no puedo corresponder. La próxima vez que me busque, hablaré con ella.

Valentina es insaciable. Incluso después de que Marianne saliera de mi despacho, quiso continuar. Parece que el haber sido pillados la excitó aún más, ya que tiene un fetiche con el exhibicionismo. Me molestó que no hubiera cerrado con llave, pero al final cedí, después de asegurarme de que la puerta estuviera cerrada.



Estoy revisando los contratos de exportación cuando Lucca entra en la sala.

—¿Por qué nunca llamas a la puerta?

—¿Estás irritado?

—¿Te puedes creer que tu hermana me pilló con Valentina?

—Joder, ya te dije que no hicieras esas mierdas con ella en la oficina, que tarde o temprano ibas a acabar mal. Esa Valentina es un problema andante, con "P" mayúscula en la frente.

—Gracias, Lucca. —Agradezco el consejo con desdén.

—Hoy es miércoles, pero ¿qué te parece si vamos a un bar después del trabajo?

—Vamos, necesito relajarme.

—Perfecto, voy a llamar a Léo.

Lucca sale de mi despacho de la misma forma en que entró. Voy a seguir su consejo y dejar de acostarme con Valentina, pero eso será después.

Consigo revisar y firmar los dos contratos de exportación para Italia y Argentina. Agendo la reunión con Vicenzo Ranieri, de Italia, para principios del próximo mes. Los próximos días estarán cargados de trabajo. El lunes viajo a Flores da Cunha y pasaré la semana allí.

Por tanto, aprovecharé este fin de semana para invitar a los gemelos a venir a mi loft en Paraty.

En cuanto termina la jornada, salimos cada uno con su coche hacia el bar de Fortunato. Solemos frecuentar los mismos sitios juntos, y nuestra presencia suele llamar la atención de las mujeres que visitan el lugar. Los gemelos son idénticos, lo que de por sí ya atrae miradas, e incluso han recibido varias propuestas para compartir a la misma mujer, propuestas que siempre han rechazado. Según ellos, lo único que compartieron con una mujer fue el útero de su madre durante nueve meses, y con eso ya es suficiente.

Muchas mujeres también me conocen; algunas de las que están aquí ya han pasado al menos una vez por mi cama, otras se sienten atraídas por mi aspecto o por mi cuenta bancaria. He estado con mujeres hermosas, pero ninguna ha despertado en mí ningún tipo de sentimiento, solo deseo. Tal vez sea esa falta de conexión el motivo por el que nunca he tenido una relación. Si algún día llego a encontrar esa conexión —lo cual veo difícil—, más aún porque no busco ningún tipo de implicación amorosa, quizá me comprometa con la mujer que despierte algo más. Por ahora, solo busco placer y diversión.



Paso la mano por el pelo y busco un lugar libre para sentarnos. Cuando lo encuentro, llamo a los gemelos y vamos hacia la mesa.

—¿Qué vais a beber hoy?

—Cerveza —respondieron los gemelos al mismo tiempo.

Tienen esa manía de hablar al unísono desde que los conozco. Es raro, pero cuando ocurre, siempre resulta divertido observar su interacción.

—Entonces, vamos con cerveza.

Bebemos una ronda y pedimos la segunda.

—¿Tenéis algún plan este fin de semana?

—No —responde Léo, y Lucca asiente con la cabeza para confirmar.

—La semana que viene estaré en la bodega, y el mes próximo me voy a Italia. Pensaba pasar el fin de semana en Paraty. ¿Qué os parece?

—Yo me apunto, ese sitio es un paraíso.

—Estoy dentro —confirma Léo.

—Pensaba en salir el sábado bien temprano y volver el lunes por la mañana. Os dejo aquí y sigo directo a Flores da Cunha.

—Por mí, perfecto.

—¿Estás pensando en llevarte alguna chica? —pregunta Léo.

—Estoy tranquilo, solo quiero disfrutar del mar y descansar.

—Sabes, estuve pensando que podríamos invitar a mi hermana y a sus amigas. Así ella puede divertirse un poco. Estoy preocupado por Mari. Desde que su marido murió, está muy sola.

—Puede ser. Si ellas aceptan, solo hay que avisarlas del plan. Nos quedaremos en mi loft, así que no tienen que preocuparse por nada.

Miro hacia un lado y veo a tres mujeres guapísimas. Una de ellas es rubia y bastante atractiva, justo como me gusta. Me mantiene la mirada mientras la observo, y es evidente el interés mutuo. Quizá pueda invitarla a salir más tarde.

—Voy a pedir otra ronda de cerveza y una ración. Ahora vuelvo.

Me levanto y noto la mirada de la rubia recorriéndome el cuerpo. Me acerco a la barra, hago el pedido y pido otra cerveza. Siento un perfume dulce y veo que es la misma rubia, que ahora se sienta en el taburete a mi lado.

—¿Puedo invitarte a una copa? —pregunta con descaro.

El camarero llega justo a tiempo y me entrega la cerveza. Doy un trago largo antes de responder, dejo el vaso en la barra, la miro y parece estar esperando algo.

—¿Cómo te llamas?

—Fernanda. ¿Y tú?

—¡Bernardo! ¿Qué te parece si olvidamos la copa y vienes conmigo a un sitio más privado?

—Vaya... ¡qué directo!

No responde de inmediato, así que espero pacientemente, sin apartar la mirada de ella.

—¡Acepto! —responde con decisión.

Cojo el móvil y mando un mensaje al grupo que tengo con los gemelos.

Bernardo:

He pedido las cervezas y las raciones, pero me voy a terminar la noche con una tía buenísima. ¡Hasta luego!

Léo:

Joder, ¿ya?

Bernardo:

Envía un emoji guiñando el ojo.

Lucca:

¡Eres un cabrón!

Le pido al camarero que lleve las bebidas y los aperitivos a la mesa de mis amigos, guardo el móvil, pago la cuenta y le hago una señal a la rubia para que nos vayamos.

—¿Vamos?

—Claro, solo voy a coger mi bolso, que lo dejé en la mesa con mis amigas.

—Ok. Te espero aquí.

En cuanto regresa, caminamos hacia el aparcamiento del bar, y cuando desactivo la alarma de mi coche, noto la sorpresa en sus ojos. Soy una persona tranquila, no derrocho el dinero, pero cuando se trata de comodidad y seguridad, no escatimo. Tengo varios coches, pero hoy estoy con mi Maserati negro, con el interior de cuero rojo, algo que siempre llama la atención de las mujeres.

Conduzco en dirección al hotel Grand Mercure, donde tengo contactos y consigo una suite a última hora cuando quiero pasar un rato con alguien. En cuanto llegamos al hotel, hablo con mi contacto

y obtengo la tarjeta de acceso. Usamos el ascensor privado para llegar más rápido a la suite.

Ella lo observa todo sin hacer preguntas.

—¿Quieres beber algo, Fernanda?

—Un agua, por favor.

Le entrego una botella de agua y me acomodo en el sillón de cuero negro. Mientras ella bebe, cojo el móvil y pongo una de mis *playlists* de música ambiental.

Cuando termina de beber, la llamo. Ella se acerca lentamente.

—Fernanda, quítate la ropa para mí —le pido, mirándola a los ojos.

Empieza a quitarse la blusa, moviéndose al ritmo de la música, justo como yo deseaba. Se quita el sujetador, dejando caer la pieza de encaje al suelo, revelando sus pechos grandes y rosados, con los pezones duros, provocándome unas ganas irresistibles de chupárselos. Luego se quita la falda y se prepara para bajarse las bragas, pero la detengo, queriendo prolongar el placer.

—¡Para! —ordeno.

Se acerca lo suficiente como para que pueda atrapar uno de sus pechos con la boca, y empiezo a chuparlo lentamente, viendo cómo su piel se eriza.

—Voy a darte placer con mi boca.

—Mmm... qué rico, Bernardo.

Mientras la chupo, deslizo la mano bajo el encaje de sus bragas rojas. Ya está mojada, y puedo sentir el aroma de su excitación. Aparto la tela hacia un lado y paso el dedo lentamente por su coño. Ella gime, y sigo chupándole los pechos mientras la penetro con un dedo, notando lo húmeda que está. Introduzco otro dedo y la estimulo, intensificando su placer.

—Ah, Bernardo, sigue... por favor —pide con dulzura.

—¿Te está gustando que te toque, Fernanda? Imagina cuando te folle con mi polla —la provoco.

Apenas si logra responder antes de correrse, empapando mis dedos con su orgasmo.

—Guau... eres tan delicioso como me lo imaginaba, Bernardo.

Mientras se recupera del orgasmo, me quito la ropa y me pongo un condón para continuar.

—Chúpame la polla, Fernanda, ¡ahora! —ordeno, deseando ver cómo se la folla su boca.

Ella se arrodilla sobre un cojín, y yo me coloco en el ángulo perfecto, facilitado por mi tamaño. Tiene habilidad: empieza a lamer y acariciar mis huevos, deslizando la lengua lentamente por todo el largo y luego metiéndosela entera en la boca.

Sujetando con firmeza su largo pelo rubio, empiezo a moverme, follándole la boca con ansia. Me la mama increíblemente, y siento mi polla tocando su garganta, aumentando aún más mi excitación y el deseo de penetrar su coño mojado. Ella sigue mamándomela hasta que las lágrimas le asoman en los ojos.

—¡De pie, ahora! —le pido, pero no me obedece.

Sigue chupándomela, así que, para persuadirla de que se detenga, le digo lo que voy a hacer a continuación.

—Sé que te ha gustado mi polla, pero ahora necesito follarte el coño, Fernanda.

Ella se incorpora, su boca enrojecida de tanto mamármela.

—Me costó parar, Bernardo, así que hazlo lo mejor que puedas ahora.

—Súbete al sillón y ponte de espaldas a mí, apoya las manos en el respaldo y levanta ese culo delicioso.

Ella sigue mis instrucciones y froto mi polla dura en su coño. Le doy una bofetada en el culo, dejando marcas rojas instantáneas, y la penetro de golpe.

—Ah... me estás volviendo loca de placer, Bernardo.

Aumento la intensidad de las embestidas, y ella aprieta mi polla con su coño caliente.

—Puta buenísima, aprieta más mi polla mientras te follo, Fernanda. Así, guarra.

Percibo que está a punto de correrse otra vez, así que intensifico las embestidas. Ella se corre intensamente, gimiendo alto, y cuando siento que voy a eyacular, saco mi polla de su coño, me quito el condón y descargo mi semen sobre su espalda.

Fernanda se incorpora y se gira para quedar de frente a mí, con una mirada de pura satisfacción. Me acaricia el abdomen, y para mí, la noche ha terminado.

—¿Vamos a la ducha?

—Joder, eres demasiado intenso, Bernardo. Me encantó conocerte.

Me río y entro en el baño, le paso una toalla por la espalda y me meto bajo el agua caliente. Ella entra conmigo y nos besamos. Fernanda está buenísima, pero no es más que eso para mí.

Salgo de la ducha y me dirijo al dormitorio, vistiéndome. Estoy terminando de abrocharme el cinturón cuando ella entra envuelta en la toalla.

—¿Ya te vas? Pensé que pasaríamos la noche juntos.

—Hoy no, quizá la próxima vez.

Le guiño un ojo, sabiendo que probablemente nunca pasará una noche entera conmigo, pero no necesito decírselo y fastidiarla.

—¿Me das tu número, Bernardo? Quiero volver a salir contigo.

Le entrego mi tarjeta y salgo del hotel hacia las once y media de la noche, dejándola atrás.



Me despierto a las seis de la mañana, desayuno y voy al gimnasio a hacer mi rutina de musculación. Tener un gimnasio en mi ático facilita mucho mi rutina, y no renuncio a mis ejercicios diarios para mantenerme en forma.

En cuanto llego a la oficina, voy directo a mi despacho. Necesito adelantar las negociaciones con Vicenzo para la venta de mi stock de vinos a Italia. Cuando estoy a punto de entrar, escucho la voz de Lucca en el despacho de Marianne y me acerco a ellos.

—Hola, chicos, buenos días —los saludo.

—Qué bien que has llegado. Acabo de contarle a mi hermana lo del fin de semana en Paraty —recuerda Lucca.

—¿Vas a venir con nosotros, Marianne? —pregunto, esperanzado.

—No lo sé, Bernardo. No quiero interferir en vuestro fin de semana.

—No te preocupes, vamos para disfrutar de la naturaleza y descansar. Ve tú también y lleva a tus amigas —le sugiero.

—Está bien, hablaré con ellas y te aviso. Bernardo, ¿por casualidad tienes la agenda libre a las tres de la tarde? —me pregunta Marianne, preocupada.

—Tengo una hora y media libre, luego tengo algunas reuniones importantes programadas.

—Uno de mis casos es contra un empresario importante de la ciudad. He presentado la demanda y hoy recibí una llamada de su abogado pidiendo una reunión para llegar a un acuerdo. ¿Podrías acompañarme?

—Claro, sin problema. Vamos en mi coche.

—¡Gracias, Bernardo!

—Me voy a mi despacho. Hoy tengo que adelantar muchas cosas.

Conseguí resolver varias cuestiones pendientes y aprobé la nueva producción de vinos. Estoy entusiasmado con la exportación; los resultados de las ventas fueron sorprendentes, y tendremos mucho trabajo la próxima semana.

Ahora, Marianne y yo vamos a una reunión con el empresario acusado de violación. Su abogado concertó el encuentro para proponer un acuerdo, y yo la acompañaré. Como conozco la mala fama de ese empresario, acepté ir con ella por precaución.

Llegamos al edificio y el guardia nos informa que el aparcamiento está lleno. Lo peor es que no puedo aparcar en esa calle, ya que está prohibido.

—Marianne, para no llegar tarde, sube tú a la reunión que yo buscaré dónde aparcar. Te alcanzo enseguida.

—De acuerdo, Bernardo. Te espero.

La dejo frente al edificio y doy la vuelta a la manzana. Según el guardia, hay un aparcamiento en la calle de abajo. En cuanto lo

localizo, dejo el coche y regreso a pie a la empresa donde dejé a Marianne.

Entro al vestíbulo de la oficina y me dirijo a la recepción para saber en qué planta es la reunión.

—Hola, tengo una reunión con el departamento jurídico. Mi socia ya ha subido. ¿Podrías decirme dónde está la sala?

Ella sonríe y se muerde los labios antes de contestar.

—Es en la planta 15. ¿Necesitas algo más? —pregunta la recepcionista, sin disimular su interés.

—No, gracias por la información.

Entro en el ascensor para reunirme con Marianne.

Recuerdo bien este caso en particular, porque lo resumí antes de derivárselo a ella. Ese hombre no respeta a las secretarias, y ya he oído su nombre relacionado con situaciones de acoso. Sin embargo, confiamos plenamente en la competencia de Marianne, por eso se le asignó el caso.

Apenas llego al piso de la reunión, escucho una voz femenina que me parece muy similar a la suya. Camino con prisa por el pasillo y vuelvo a oírla. Empujo la puerta y me topo con él sujetándola del pelo, intentando besarla por la fuerza.

—¡Suéltala, hijo de puta! —me lanzo sobre él y le doy un puñetazo con toda mi fuerza en el ojo izquierdo.

—¿Quién eres tú y qué haces en mi despacho? —pregunta llevándose la mano al ojo herido.

El golpe fue tan fuerte que le ha abierto la ceja.

—Me llamo Bernardo Del Valle, y voy a enseñarte a no volver a tocar a una mujer sin su consentimiento. La próxima vez que la toques, te destruiré.

Él se ríe justo al terminar de hablar.

—Ya lo entiendo. Eres el socio, seguro que estás liado con ella, por eso me soltaste este golpe —provoca.

No aguanto más. Un instinto de protección me invade con fuerza, y le doy otro puñetazo. Su camisa ya está manchada de sangre, y le suelto uno más en el estómago.

—¡Bernardo, por favor, basta! Vámonos de aquí —suplica Marianne, aterrada por todo lo que ha pasado, con los ojos llenos de

lágrimas.

—Te voy a destruir, desgraciado —le advierto—. No lo tomes como una amenaza, es una promesa.

Tomo a Marianne de la mano y la arrastro hasta el ascensor. Está muy alterada; lo único que quiero es sacarla de ahí cuanto antes.

—Ven aquí, Mari —la acerco a mí y la abrazo con fuerza, intentando calmarla.

—¡Menos mal que llegaste, Bernardo! Era muy fuerte, no podía zafarme —dice, asustada.

—Lo siento, Mari. Si hubiera llegado antes, nada de esto te habría pasado.

—Entré en la sala y pregunté por el abogado. Él dijo que tuvo que salir por una emergencia, y entonces intentó coaccionarme para que abandonara el caso. Me resistí, y él me agarró, me amenazó e intentó besarme por la fuerza —relata, con repugnancia en la mirada.

—Hijo de puta, voy a destruir a ese cabrón —digo mientras acaricio su cabello, intentando calmarla.

Regresamos a la oficina y la acompaño hasta su despacho. Saco una botella de agua del minibar y se la entrego.

—Se aprovechó de la situación porque estabas sola. Pero voy a investigarlo y a descubrir toda la mierda que esconde ese desgraciado. Va a aprender a no volver a ponerle una mano encima a una mujer sin su consentimiento.

Tengo una amistad de muchos años con los gemelos, frecuento su casa desde la universidad, y tengo un gran aprecio por toda la familia. Nunca fui cercano a Mari; siempre la vi de lejos y admiré su belleza, pero por respeto a la amistad con ellos, también la considero una amiga.

Sentí atracción por Marianne en aquella época, y ni siquiera tenía pareja entonces. Ha pasado mucho tiempo desde la primera vez que la vi en una cena en casa de los gemelos, pero por respeto a mis amigos, nunca hablé de eso con nadie. Lucca ya me ha pillado varias veces mirándola; era inevitable. Bastaba con que estuviéramos en el mismo sitio para que no pudiera dejar de

observar a Marianne. Si ella lo notaba, seguro que sí. También la he sorprendido mirándome en más de una ocasión, aunque siempre disimulaba. En aquel entonces, era bastante joven.

Años después, asistí a su boda. Aún recuerdo lo deslumbrante que estaba, así como su perfume, que se impregnó en mi traje cuando la felicité. Desde ese día, no la había vuelto a ver, hasta ahora, que ha empezado a trabajar en la oficina y hemos tenido más contacto.

Tal vez por eso ese sentimiento tan fuerte de protección me invadió en aquella sala, y sentí unas ganas incontrolables de destruir a ese hombre por haber osado ponerle sus manos sucias encima. Pero voy a tomar las medidas necesarias, hablar con ella y presentar una denuncia contra él.

—Mari, tenemos que denunciarlo por acoso sexual. Vi que en su despacho había cámaras, y podemos solicitar las grabaciones. Con suerte, también habrá audio.

—Por supuesto, voy a hablar con el comisario Borges. Es de mi total confianza.

—¿Quieres ir ahora? Puedo acompañarte.

—No hace falta, sé que tienes reuniones.

Me doy cuenta de que está muy afectada, así que cojo el teléfono y le envío un mensaje a mi secretaria para cancelar todos mis compromisos de esta tarde.

—Te voy a llevar. He cancelado mis reuniones.

—Solo voy al baño y ya nos vamos, ¿de acuerdo?

—Te espero. Tranquila.

La acompaño a la comisaría, donde Rafael tomó su declaración y abrió una investigación por acoso sexual. Adjuntamos los autos del proceso por violación e iniciamos la caza contra ese desgraciado.

5



Desde lo ocurrido el jueves, no he vuelto a ver a Bernardo. Ese día me sentí muy nerviosa y asustada por lo que pasó. Bernardo fue un buen amigo al acompañarme a la comisaría, a pesar de tener compromisos importantes. Si no hubiera llegado en ese momento, no sé qué podría haber sucedido. Sentí muchísima rabia cuando ese tipo me amenazó para que abandonara el caso, y aún más cuando intentó besarme. Me dio asco; fue repugnante. Pero gracias a Bernardo, no ocurrió nada peor.

Hoy es viernes y he quedado con mis amigas para salir. Estuve a punto de cancelar, pero ellas me convencieron, diciéndome que necesito un poco de diversión en mi vida, y que nada debería impedirme seguir adelante y ser feliz. Hemos quedado a las diez en el bar, y no planeamos quedarnos más de un par de horas, ya que mañana nos vamos a Paraty y decidimos salir temprano para poder preparar las cosas, ya que durante el día no me dio tiempo de hacerlo.

Llegamos juntas. Dicen que este sitio siempre está a tope, y justo nos acabamos de enterar de que habrá música en vivo con cantantes de sertanejo. A mí solo me gustan algunas canciones, pero a Júlia y a mis hermanos les encanta. Elegimos una mesa justo frente al escenario, donde van a actuar los cantantes. Júlia está entusiasmada con la idea de estar tan cerca de ellos.

—Amigas, todavía no me creo que los voy a ver cantar tan de cerca. Me encantan todas sus canciones, tenéis que cantar y bailar conmigo —dice, emocionada.

—No me sé todas las canciones, pero las que conozca las canto contigo, Júlia —respondo.

—Uf, Júlia, no me sé ni una canción de sertanejo, ¡pero bailo con vosotras! —añade Irina.

Pedimos unas bebidas y nos pusimos a charlar sobre la ropa que llevaríamos para el fin de semana y las cosas que podríamos hacer en Paraty. Les conté lo que pasó en la oficina y cómo Bernardo me ayudó.

—Bernardo es perfecto —comenta Júlia.

—Le estoy muy agradecida, pero no os equivoquéis, no es ningún ángel.

—¿Cómo así, Mari? ¿De qué estás hablando? —pregunta Irina.

—El otro día en la oficina, cerca de la hora del almuerzo, fui a su despacho. Cuando llegué a la puerta, escuché unos ruidos extraños y entré. ¿Puedes creer que lo pillé teniendo sexo con una abogada del bufete?

—Madre mía, estoy en shock —dice Irina, llevándose la mano a la boca.

—Amiga, ya he escuchado varios comentarios sobre él. Sale con muchas mujeres diferentes. Las malas lenguas dicen que es buenísimo en la cama y que es imposible acostarse con él sin correrse al menos dos veces —comenta Júlia.

—Por el amor de Dios, Júlia —digo, sin querer imaginar esas escenas con mi socio.

—Hablando del diablo... ¡y van y aparecen tres! —dice Júlia, bromeando.

—Joder, Lucca está aquí —constata Irina.

Las tres miramos hacia la entrada del bar y vemos a mis hermanos y a Bernardo parados en la puerta, observando el ambiente. Tienen presencia y llaman mucho la atención allá donde van.

Bebemos nuestros cócteles y, cuando la pareja de música sertaneja sube al escenario, Júlia se entusiasma por completo. Se levanta y empieza a cantar la canción, y todas nos contagiamos de su emoción, aunque no conociéramos la letra. Siempre nos lo pasamos genial juntas en las fiestas de la facultad, y bailar nos hace muy bien al cuerpo y al alma.

Veo a los tres acercarse al lugar donde estábamos sentadas.

—Eh, chicas, qué bien encontraros por aquí —dice Lucca, saludando a todas con un beso en la mejilla, seguido por Léo y Bernardo.

—Dios me libre de perderme este show increíble, quiero bailar hasta que salga el sol —dice Júlia, feliz.

—Sin duda, amiga. Vamos a salir de aquí y directo a Paraty —le recuerdo, riendo ante su reacción exagerada.

—Vaya, hasta se me había olvidado que habíamos quedado en quedarnos solo dos horas. Es que me emociono, lo siento —responde sonriendo.

—¿Bailamos?

Invita a los tres, y al instante también se contagian de la alegría de Júlia. Mis hermanos se saben todas las canciones, y Bernardo conoce algunas.

Empieza a sonar una canción más lenta, y formamos parejas para bailar. Júlia tira de Léo porque sabe que mi otro hermano querrá bailar con Irina, quedando Bernardo para bailar conmigo.

—Ey, Bernardo, no te quejes si te piso. La última vez que bailé sertanejo fue en la universidad —le digo al oído, ya que estamos muy cerca del escenario y la música está bastante alta.

—Déjame que yo te guíe. Si pisas, no pasa nada, lo aguanto —responde, rodeándome con el brazo por la cintura y guiándome al ritmo de la música.

No bailaba este estilo desde hacía unos tres años. La última vez fue en mi aniversario de boda: era una canción lenta y muy romántica. Recordarlo me trajo a la mente aquella noche con mi marido, y siento tristeza por no tenerlo conmigo.

—Bernardo, quiero darte las gracias de nuevo por haberme ayudado aquel día. Sé que ya te lo he dicho, pero te estoy muy agradecida —digo, mirándolo a los ojos.

—Lo sé, Mari. Lo haría por cualquiera, pero tú eres la hermana de mis mejores amigos. Eso te hace importante para mí, así que protegerte fue puro instinto.

—Eres un buen amigo. Si no hubieras llegado, ni quiero imaginar lo que podría haberme pasado —digo y lo abrazo en señal

de agradecimiento.

—Olvídalo y vamos a seguir bailando —dice sonriendo, y hace un movimiento girándome para continuar el baile.

Tras unas canciones más, estoy agotada. Me duelen los pies por culpa de las sandalias; siento que ya tengo ampollas.

—Bernardo, necesito parar un poco, mis pies están acabando conmigo. Ya hemos bailado siete canciones seguidas, necesito una tregua.

—Vamos a sentarnos un rato, voy a pedirnos una bebida.

En cuanto me siento, miro a un lado buscando a mis amigas y veo a Irina besándose con Lucca. Esos dos siempre acaban juntos cada vez que se encuentran. Léo y Júlia están bailando muy cerca del escenario.

—Bailas muy bien, Mari. No me pisaste ni una sola vez —dice Bernardo, relajado.

—Prefiero pensar que esta vez tuviste suerte.

—Lo dudo mucho, pero te he traído un mojito como recompensa por no haberme pisado.

—Buena elección, me encanta la combinación de menta con limón.

Chocamos nuestras copas en un brindis silencioso, y me siento feliz de estar entre buenos amigos.

Bebo todo mi cóctel y creo que voy a dar por terminada la noche; aún tengo que preparar la ropa que voy a llevar para el fin de semana.

—Bernardo, muchas gracias por el baile y por tu compañía. Ha sido una noche agradable contigo, pero creo que es mejor que me vaya.

—¿Viniste en coche?

—No, vine con mis amigas, pero volveré en un coche por aplicación; al parecer, ellas se quedarán un rato más. —Señalo a los cuatro que siguen cantando y moviendo los brazos de un lado a otro.

—Ni pensarlo. Es muy tarde. Yo te llevo; al fin y al cabo, somos vecinos.

—No quiero estropearte la noche, Bernardo —digo, sin querer incomodar.

—No me estás estropeando nada, Mari. Yo también tengo que descansar. ¿Olvidaste que mañana salimos muy temprano hacia el mismo sitio? No tiene sentido dejarte volver sola —dice con amabilidad.

—Vamos a despedirnos de todos y nos vamos, si te parece.

Me acerco a mis amigas, y Bernardo viene justo detrás de mí. Es imposible quedarse más tiempo; la música está tan alta que apenas pueden oír lo que digo.

—Me voy. Bernardo me va a llevar. No os durmáis y perdáis la hora mañana. —Beso a cada una en la mejilla, y también a mis hermanos, antes de salir de la discoteca.

—Eh, cuida de mi hermana —pide Lucca, algo achispado, y Bernardo choca su puño con el de él.

Salimos de la discoteca de mi amigo. Hoy fue divertido. Hacía mucho que no salía por la noche con amigos. Cuando estaba en Boston, tenía una rutina de estudios muy exigente, y como no teníamos amigos ni familia allí, siempre salíamos solos. La mayoría de las veces era para cenar fuera. ¡Era tan agradable como esta noche!

—Ven, Mari, mi coche está justo allí —dice Bernardo, sacándome de mis pensamientos.

Desbloquea la alarma de un coche muy bonito, y entro abrochándome el cinturón, mientras él se sienta al volante y acelera por las calles de São Paulo.

—¿Cómo van las cosas con Valentina? —pregunto, rompiendo el silencio que se instaló desde que subimos al coche.

—Si quieres saber si seguimos juntos, la respuesta es no —me responde, echándome una mirada rápida sin apartar la vista de la carretera.

—Entonces eres igual que mis hermanos: no queréis una relación, solo ligar sin comprometeros —constato, mirándolo, y él sonríe en cuanto las palabras salen de mi boca.

—Hasta ahora, sí. No estoy buscando una relación. Puede que en el futuro ocurra, Mari, pero todavía no he encontrado a la mujer

que me haga cambiar mi estado —responde Bernardo con convicción.

—Espero que algún día encuentres a esa persona, para amarla, para reír juntos y compartir un buen vino después de un día agotador. No tienes idea de cuánto he echado de menos esas pequeñas cosas el último año —me desahogo al recordar los momentos que viví.

—Yo nunca he encontrado ese tipo de conexión, pero cuando encuentre a esa persona, te la presentaré —digo sonriendo. —¡Hemos llegado, Marianne Magalhães! —avisa él, al apagar el coche.

—Gracias por llevarme, Bernardo Del Valle. —Nos quitamos el cinturón al mismo tiempo, él sale del coche y yo hago lo mismo.

—Buenas noches, Mari. Nos vemos mañana temprano.

—Buenas noches para ti. Hasta mañana —le deseo, despidiéndome con un beso en la mejilla, y camino hacia la entrada de mi urbanización.

—¡Mari! —me llama Bernardo justo cuando estaba abriendo el portón, y me giro hacia él. —Si quieres venir con nosotros al aeropuerto mañana temprano, tengo un sitio libre en mi coche. Tus hermanos van conmigo.

—¡Claro que sí! Mañana temprano me uno a vosotros —respondo con una sonrisa ante su invitación.

—¡Perfecto! —dice, ya entrando en el coche.

Vaya, qué gusto da estar en casa. En cuanto entro, me quito las sandalias y veo las ampollas en mis pies, enrojecidos de tanto bailar. Me voy directa a mi habitación para preparar mi pequeña maleta con todo lo que usaré este fin de semana. Aparto la ropa, los biquinis y mis productos personales. Una vez que todo está listo, me voy a dormir.

6

Marianne Magalhães

Por fin es sábado, y estoy muy ilusionada con este fin de semana. Me he levantado temprano y ya estoy aquí, en la urbanización, esperándolos. Cuando por fin aparecen en el vestíbulo, cada uno con su maleta y sin los trajes habituales, se ven todavía más guapos.

—Hola, chicos, buenos días —los saludo.

—Buenos días, Mari —responde Bernardo con entusiasmo, mientras mis hermanos tienen cara de sueño.

—Eh, llegasteis tarde, seguro. Esa cara no engaña.

—Tu amiga Júlia está loca. Intentamos irnos antes, pero montó un escándalo diciendo que era un absurdo dejarlas solas. El resultado fue que salimos de la discoteca a las dos de la mañana —murmura Léo.

—Estoy hecho polvo, hermana —comenta Lucca.

Guardamos las maletas en el coche de Bernardo y subimos.

Yo me siento delante porque mis hermanos están literalmente destrozados; no quiero ni imaginar cómo estarán mis amigas.

En cuanto llegamos al aeropuerto, nos dirigimos al lugar donde está el helicóptero de Bernardo. Según nos dijo, tiene capacidad para ocho personas, es decir: nosotros, mis amigas y su piloto. Bernardo comentó durante el trayecto que solo se puede llegar por mar, así que iremos en helicóptero y luego seguiremos hasta la playa en yate.

Bajamos del coche, y cerca del área de embarque veo a mis amigas. En cuanto nos ven, vienen hacia nosotros. Las dos llevan vestidos, sandalias planas y gafas de sol para disimular la mala noche.

—Hola, Mari, ¿todo bien? Ayer te fuiste muy temprano del bar —comenta Júlia.

—Hola, amiga, buenos días —dice Irina, abrazándome y besándome en la mejilla.

—¿Qué tal, chicas? ¿Con ganas de fin de semana?

—Sí, pero solo después de dormir unas horas.

—Eh, chicos, vamos a subir. Will avisó que salimos en cinco minutos —llama Bernardo, y lo seguimos para entrar en el helicóptero.

Él y mis hermanos suben después de nosotras.

Nos acomodamos en los asientos disponibles, y el piloto despega, sobrevolando el cielo de São Paulo, que hoy está precioso: azul y lleno de nubes. Es una vista espectacular desde las alturas. Si hubiéramos ido en coche, habríamos tardado bastante más, y Bernardo dijo que prefiere volar.

Paraty está a solo diez minutos de la marina, en Villa da Lua, donde él tiene un loft. Nunca he estado, pero mis hermanos dicen que el lugar es un paraíso.

Will nos avisa que vamos a aterrizar; el vuelo ha sido rápido y tranquilo, gracias al buen tiempo, que está perfecto para disfrutar de la playa. En cuanto tocamos tierra, observo el lugar que nos rodea, y solo puedo decir que es increíble.

—¿Te gusta lo que ves, Mari? —pregunta Bernardo.

—Sin duda, este lugar es un espectáculo.

—Y eso que aún no has visto dónde vamos a pasar el fin de semana. Te va a encantar —dice con una gran sonrisa.

—Gracias por traerme y por traer a mis amigas, Bernardo. —Él asiente con la cabeza y guarda silencio.

Recogemos nuestro equipaje y caminamos hacia el lugar donde está amarrado el yate. Yo solo traje una maleta pequeña; estaremos aquí dos días, así que es suficiente. Mis hermanos van delante con Júlia e Irina, comentando sobre la noche anterior. Lucca lleva el brazo sobre los hombros de mi amiga. Este fin de semana promete para esos dos.

El yate en el que vamos es grande y lujoso, completamente blanco, con detalles en negro y gris. En un lateral lleva escrito Del

Valle en rojo, similar al de la etiqueta de uno de sus vinos. Cuando todos suben al yate, Bernardo avisa que él mismo lo pilotará y que lo tendremos a nuestra disposición en la playa.

Salimos de la marina, y el día está perfecto, con mucho sol. Siento el viento en la cara, el olor del mar, y el color del agua es de un verde alucinante, contrastando con el cielo más azul que haya visto nunca. Alrededor, una vasta selva. Esta combinación perfecta entre la naturaleza y la presencia de las personas que amo me hace sentir bien.

Ya he estado en yates otras veces, pero nunca lo hice con mi marido. Qué pena, habría sido muy divertido pasar un fin de semana así con él. Por desgracia, no tuvimos tiempo suficiente.

—Ya casi llegamos —anuncia Bernardo.

Justo delante veo una casa de dos plantas suspendida sobre el mar, rodeada de mata atlántica con plantas autóctonas. El loft es bellísimo; parece antiguo y moderno a la vez, con paredes de cristal que dan sensación de amplitud, además de ofrecer una vista increíble de este lugar.

—¡Bernardo, estoy encantada! Esto es verdaderamente el paraíso —elogio su propiedad.

—Sí, Mari, es imposible no enamorarse de este lugar. ¡Me encanta venir aquí siempre!

Detiene el barco junto al muelle de madera, y mientras bajamos, Lucca se queda dentro para sacar el equipaje.

—La playa está prácticamente desierta —comenta Irina.

—Vamos a disfrutar al máximo, mi ángel —dice Lucca.

—Me ha entrado hasta calor. ¡Las cosas están que arden por aquí! —bromea Júlia respecto a la pareja, y todos reímos con su comentario.

—Chicos, solo hay un problema. En el loft solo hay tres suites, y somos seis personas —avisa Bernardo.

—Tranquilo, Bernardo. Tenemos una habitación de sobra, ya solucioné el tema. Tú duermes con Léo, o él se queda en el sofá, y Mari comparte suite conmigo —propone Júlia.

—¿Y por qué tengo que quedarme yo con el sofá? —protesta Léo, mirándola con fastidio.

—Porque tú no vas a dormir conmigo, ni Mari con Bernardo —responde ella con ironía, alzando una ceja mientras mira a mi hermano.

Júlia siempre tiene una solución para todo, y al parecer todos están de acuerdo con su distribución de los dormitorios. Ya contaba con que Irina y Lucca dormirían juntos; ni siquiera se molestaron en dar otra opinión.

—Si queréis dejar vuestras cosas en las suites, adelante, y disfrutad del lugar. Hemos venido aquí para relajarnos y pasarlo bien. Voy a revisar las cosas para nuestra barbacoa —dice Bernardo, que hoy está muy relajado.

Por dentro, el loft es tan bonito como por fuera, con dos suites en la planta superior y una en la inferior. Júlia y yo nos quedamos con la de abajo, y los demás estarán arriba.

—Eh, Bernardo, ¿necesitas ayuda con la barbacoa?

—Todo bajo control, Mari. El casero dejó todos los acompañamientos preparados, y la carne la voy a asar dentro de un rato, a mi manera. ¿Por qué no llamas a tus amigas y vais a disfrutar del mar?

—Eso haré, pero si necesitas algo, llámame sin problema.

—Ve allá, Mari —dice, guiñándome un ojo.

Voy al dormitorio y encuentro a Júlia tumbada, mirando el móvil.

—Júlia, ¿qué te parece si aprovechamos el mar y nos damos un chapuzón refrescante?

—Estoy dentro, amiga. Voy a llamar a Irina.

—Mientras tanto, me voy a poner el bikini. ¡Vuelve pronto! —le grito mientras sale de la habitación.

Abro mi maleta y cojo mi protector solar. Aprovecho para untarlo por todo el cuerpo y me pongo mi bikini blanco. También agarro una toalla para secarme al salir del mar.

—Amiga, ¿pero qué cuerpazo es ese? —bromea Júlia.

—Déjate de tonterías. ¿Dónde está Irina?

—Estaba a los besos con tu hermano. Tuve que dar media vuelta. Yo paso de ser una aguafiestas —dice, riéndose.

—Esos dos parecen conejos. Anda, ponte ya el bikini —la apuro para que aprovechemos el sol de la mañana.

—Solo no me voy a poner uno tan atrevido como el tuyo porque esto está casi desierto y no hay nadie a quien tirarle el ojo.

—Júlia, eres terrible, y mi bikini es normal —le digo, lanzándole una almohada.

—Sí, claro… pero tu culo es grande, amiga, así que ese trocito de tela blanca queda de lo más provocador.

—¡Basta ya! ¡Vamos!

Dejamos nuestras cosas en una tumbona y saltamos al mar. El agua está fría, y siento cómo mi cuerpo se estremece. Me sumerjo en este mar precioso, sin preocupaciones, y mi amiga hace lo mismo.

Después del baño, vuelvo al muelle para tomar el sol. Salgo del agua, y justo al subir la escalerilla, aparece Bernardo con un short, sin camiseta, bebiendo una cerveza directamente de la botella.

—¿Está buena el agua?

—¡Está deliciosa! Júlia sigue ahí dentro —le indico con la mano.

—¿Quieres una cerveza, Mari?

—Dentro de un rato, voy a tomar el sol. —Asiente ligeramente con la cabeza, deja la botella sobre la mesa y se lanza al mar, salpicando todo el muelle.

Júlia sale del agua y viene hacia mí.

—Tengo frío —dice, ya enrollándose en la toalla.

Nos tumbamos en la tumbona y disfrutamos del sol, pero cuando Bernardo sube las escaleras tras un largo baño, mi amiga comenta en voz baja:

—Madre mía, Bernardo está buenísimo —observa Júlia a través de las lentes de sus gafas de sol.

—Sí que lo está —le respondo, haciendo lo mismo que ella.

Tiene un cuerpo definido, con músculos marcados, pero sin exagerar. Sus abdominales están bien formados, y con el bronceado se notan aún más. Su espalda es perfecta.

—He oído que tiene una polla grande y que sabe usarla muy bien —comenta mi amiga sin filtro.

—Júlia, no puedo creer que me estés contando esas cosas otra vez. Es amigo de mis hermanos… imagina que te escucha decir eso.

—Encima tiene ese pelo rubio oscuro con ese flequillo, y esos ojos verdes que son una perdición. Puedes mirar, Mari, no muerde.

—Ni sé qué decirte. ¡Estás sin frenos hoy!

—¿Queréis beber algo? —pregunta Bernardo, parándose frente a nosotras, haciendo sombra con su cuerpo mojado.

—¡Yo quiero una cerveza!

—Voy a buscaros una y ya enciendo la barbacoa —dice mientras se aleja por el muelle.

—Yo hasta me lo tiraría, pero no es mi tipo —comenta Júlia, que no puede quedarse callada.

—¿Y quién es tu tipo? —pregunto con curiosidad, porque hasta donde yo sabía, seguía siendo virgen.

—Hay alguien, amiga, algún día, si tengo valor, te lo cuento —responde pensativa.

—¿Y ese alguien ya ha hecho algo más que besarte? —pregunto para ponerme al día con la situación de mi amiga.

—Quién sabe… —Júlia es divertida, habladora, pero también discreta, y sabe guardar secretos mejor que nadie que conozco.

Mi amiga y yo tomamos el sol el tiempo justo para que nos queden las marcas del bikini. Este lugar me da una paz inmensa. Aquí todo es calma, y la tranquilidad que se respira es imposible de encontrar en São Paulo.

De repente, oigo el ruido de gente corriendo por el muelle y lanzándose al mar. Me quito las gafas de sol y veo a mis hermanos, a Bernardo y a Irina en el agua. Júlia, que estaba casi dormida, se sobresalta y casi se cae de la tumbona.

—Eh, ¿vosotras dos vinisteis aquí para quedaros tiradas ahí? ¡Venga, daos un chapuzón, el agua está increíble! —dice Lucca, llamándonos para nadar.

Nos levantamos de la tumbona y nos lanzamos al mar con ellos. Nadamos, nos salpicamos y jugamos como adolescentes. Pero

esa es la mejor parte de la vida: disfrutar de estos momentos con los amigos.

Pasamos una tarde encantadora entre barbacoa, siestas, paseo en kayak por la playa, sauna de vapor y un baño al atardecer.



Anocheció aquí en la isla. Estoy sentada sola en el muelle, leyendo un libro que traje conmigo. El cielo está estrellado, la luna está espléndida, y su brillo se refleja en el mar. Es precioso ver las luces de algunos yates lejanos en medio del agua. Aquí no hay ruido de tráfico ni bocinas. Aquí huele a selva, a mar, y se oyen los cantos de los pájaros. Sinceramente, viviría aquí y sería feliz.

—¿Qué haces aquí sola? —pregunta Bernardo, que llega con una botella de vino y dos copas, y las deja en el suelo junto a la tumbona.

—Estaba leyendo, pero me distraje con la belleza de esta noche maravillosa —respondo con sinceridad, cerrando el libro y dejando el marcador en la página donde me quedé para no perderme.

—*Cumbres Borrascosas*. Una trágica historia de amor y obsesión —comenta, sorprendiéndome, mientras me sirve una copa de vino.

—¿Lo has leído? —pregunto, interesada.

—Lo leí hace unos años. Por lo que veo, vas más o menos por la mitad. ¿Me dejas ver en qué parte estás? —dice, extendiendo la mano para coger el libro.

Le entrego el libro, y él lo abre justo por donde dejé el marcador. Lee en voz alta el pasaje donde me quedé, mientras yo saboreo el buen vino. Me sorprende descubrir que compartimos gustos en común.

"Mientras disfrutaba de un mes de clima agradable junto al mar, me vi en compañía de la criatura más fascinante: una verdadera diosa a mis ojos, siempre que no notara mi presencia. Nunca declaré mi amor en voz alta; sin embargo, si las expresiones del rostro son un lenguaje, hasta el más tonto de los idiotas habría entendido que yo estaba profundamente enamorado de ella. Finalmente, ella lo comprendió y me correspondió con la mirada más dulce de todas las miradas concebibles» (BRONTË, 2019)."

—Guau… —exclama Lucca, aplaudiendo a Bernardo en cuanto termina de leer el fragmento del libro.

—¡Madre mía, Lucca, pareces un fantasma! —doy un respingo del susto, ya que se acercó sin hacer ruido.

—¿Qué hacéis los dos aquí fuera? —pregunta, con los brazos cruzados.

—Pues nada, estamos charlando, leyendo y disfrutando de un buen vino —le respondo a mi hermano, como si fuera obvio.

—Voy a llamar a los demás y me uno a vosotros.

Lucca va a la cocina a buscar más copas y a llamar al resto del grupo. Todos se sientan en el suelo, y nos quedamos conversando hasta bien entrada la noche, lo que se traduce en unas cuantas botellas vacías más y muchas risas hasta el final de la velada.

7

Marianne Magalhães 

El día amanece lluvioso, y escucho el sonido de las gotas fuertes golpeando contra el cristal del coche. El limpiaparabrisas no consigue vencer la intensidad de la lluvia, y el vidrio se empaña, dificultando la visión hacia delante. Diego me mira y sonríe, y entonces oigo el estruendo del impacto… y lo veo muerto.

Despierto desesperada al darme cuenta de que solo fue una pesadilla, pero mi respiración está agitada y el sudor me corre por la frente, provocado por la gran carga emocional que ese sueño me ha generado.

Nunca había soñado con mi marido; esta fue la primera vez, y me siento desestabilizada y angustiada. Recuerdo cada detalle del sueño: él sonriendo, y luego, muerto. Parecía tan real que me invadieron emociones muy intensas.

Me levanto de la cama con cuidado para no despertar a Júlia, que duerme profundamente. Salgo descalza, de puntillas, para no hacer ruido y no despertar a los demás. Bebo un vaso de agua, que baja ardiendo por mi garganta.

Salgo al muelle y veo que el día está soleado, muy diferente al del sueño. Respiro hondo, intentando calmarme. Contemplar este lugar me ayuda un poco, pero no impide que las lágrimas caigan por los recuerdos que el sueño ha traído. No es que no me acuerde de él todos los días, al fin y al cabo, llevo conmigo el símbolo de nuestra unión, pero ahora es distinto. Ya no duele tanto, pero la añoranza será eterna.

Observo los alrededores del loft y veo un camino cerca del bosque. Decido caminar un poco, creyendo que me llevará hasta la playa. El sol de la mañana está fuerte, y el olor a sal marina lo inunda todo. Sigo andando hasta sentir la arena bajo mis pies. Me

siento sobre la arena, apoyo la cabeza en las rodillas y lloro sola, de pura nostalgia, durante largos minutos.

—Mari, ¿qué ha pasado? ¿Por qué estás llorando? —Siento una mano sobre mi hombro, y acto seguido, Bernardo se sienta a mi lado con gesto algo preocupado.

—Hola, Bernardo. Buenos días. Solo tuve una pesadilla con mi marido, y eso me dejó un poco angustiada. Estábamos en el coche, llovía muchísimo, él me sonrió y, de pronto, ya estaba muerto —le cuento.

—Eh, Mari, no estés así —dice, tirando de mí para darme un abrazo reconfortante, y nos quedamos así unos instantes.

Bernardo es un buen amigo.

—¿Quieres desayunar? —pregunta, rompiendo el silencio.

—Sí, me encantaría.

—Entonces ven conmigo. ¡Voy a prepararte algo especial!

Sé que está siendo amable, intentando distraerme para que no me quede atrapada en el recuerdo del sueño.

—Mari, se me ha ocurrido una idea. Ya que estás en este paraíso y no me gusta verte triste, mi misión de hoy será hacer que tu día sea especial —dice con entusiasmo.

—No existes, Bernardo. Has sido un buen amigo para mí desde que llegué a São Paulo. ¿Qué tienes planeado?

—Primero, voy a preparar un desayuno bien completo. Luego, ¡sorpresa!

Caminamos por el sendero que rodea la selva, el que lleva a la playa y al loft. En cuanto llegamos, Bernardo va directo a la cocina. El espacio está completamente equipado, con utensilios profesionales, y desde cualquier punto hay una vista espectacular a la selva y al mar.

Observo a Bernardo mientras prepara el desayuno. Se le nota cómodo en la cocina, como si todo le resultara familiar. Es poco común ver a un hombre como él metido entre fogones, y eso, al menos para mí, es interesante.

—¿Cocinas a menudo?

—Muy poco, no tengo mucho tiempo. Durante la semana hay alguien que me prepara las comidas. Normalmente almuerzo fuera.

Pero el desayuno y la cena suelo hacerlos en casa. Siempre que vengo aquí, me animo a preparar algo.

—Me lo imagino. Solo que te noté muy suelto con los utensilios de esta cocina.

—Vengo aquí al menos un fin de semana al mes para desconectar. El resto del tiempo estoy en mi piso o en Flores da Cunha —cuenta. —Nuestro desayuno está listo. ¿Prefieres tomarlo en el muelle?

—¡Perfecto!

Recogemos las cosas y salimos a desayunar al aire libre. Bernardo ha preparado huevos revueltos cremosos, tostadas, zumo de naranja, café y ha cortado algo de fruta.

Desayunamos en un silencio reconfortante.

—Vaya, ¡el desayuno estaba delicioso, Bernardo! —lo felicito, valorando el esfuerzo que ha hecho para preparar todo. Pruebo un poco de cada cosa, porque está todo irresistible.

—¡Qué bien que te haya gustado! Ahora ve a cambiarte. Vamos a dar un paseo por un sitio especial.

—Tengo curiosidad por descubrir qué vamos a hacer —digo con entusiasmo.

Mis hermanos y mis amigas aún siguen durmiendo. Solo nosotros dos estamos despiertos desde temprano. Ya han pasado casi dos horas desde que nos levantamos, y Bernardo debió de verme en la playa mientras estaba en el muelle.

Me pongo unas mallas negras, un top blanco y me recojo el pelo en un moño alto. Me calzo las zapatillas para caminar y voy a su encuentro.

Lo encuentro sentado en el muelle. Lleva un pantalón corto negro y una camiseta blanca. Parece que nos hubiéramos puesto de acuerdo con los colores.

—Estoy lista. ¿Vamos?

—¡Vamos, Mari! —dice, echando a andar delante de mí. Seguimos por el camino contrario al que tomé por la mañana para ir a la playa.

Caminamos unos quince minutos por el sendero que bordea la propiedad, hasta llegar a una vereda dentro del bosque. Es un

lugar precioso; la naturaleza aquí es exuberante, llena de plantas autóctonas y con ese aroma típico de la selva. Aquí se respira de verdad.

Seguimos el sendero hasta llegar a un punto algo más elevado. Al alcanzar la cima, somos recompensados con una vista espectacular.

—Mira esta vista, Mari —dice Bernardo, señalando hacia el mar.

—¡Guau, qué hermoso!

Desde lo alto tenemos una vista deslumbrante de la bahía de Paraty, y a lo lejos se distinguen algunos puntos específicos de la ciudad. Estoy cansada, pero esta vista lo compensa todo.

—Espero que te haya gustado. He corrido por estos senderos varias veces. Siempre que vengo, me gusta pasar por aquí.

—Me ha encantado, Bernardo. Gracias por hacer que mi día sea mejor. Te estás convirtiendo en un gran amigo —le sonrío, y nos quedamos sentados un rato, descansando y escuchando cómo Bernardo me cuenta la historia del lugar.

—Vamos de vuelta, Mari, que mi misión del día aún no ha terminado. Y te aseguro que me lo vas a agradecer cuando lleguemos.

—¡Ay, cielos! Para aguantar tu ritmo voy a tener que hacer algo más que pedalear en la bici de mi terraza —digo, abanicándome por el calor, y Bernardo suelta una carcajada.

—Anda ya, estás genial.

Regresamos por el mismo camino. Hace calor y estoy sudando bastante, pero ha valido la pena. Nunca había hecho senderismo, y aunque no fuimos muy lejos, fue suficiente para dejarme agotada. Los efectos de la caminata se notan en mi cuerpo: me ha ayudado a aliviar la ansiedad tras la pesadilla, y ahora me siento llena de energía.

Nada más llegar al loft, nos quitamos las zapatillas y bebemos agua de coco fría y refrescante.

—Te sugiero que te pongas un bikini si no quieres acabar con marcas de la ropa —dice, mientras se quita la camiseta blanca, mostrando su abdomen definido y sudado después de la bajada por

el sendero. Intento disimular, pero no puedo evitar echarle una buena mirada.

—¿Ya? ¿Ni siquiera me dejas descansar media hora? —pregunto, indignada con la energía que aún le queda después de haber caminado tanto.

—Vamos, Mari, te prometo que luego me lo vas a agradecer —dice con una sonrisa.

—Está bien, Bernardo, voy a ponerme un bikini.

Entro al dormitorio despacio para no hacer ruido y no despertar a Júlia. Pero al mirar la cama, noto que no está; debe de estar con Irina. Me pongo otro bikini, esta vez verde, y cojo una toalla, porque si vamos en bikini, seguro hay agua de por medio.

Cuando llego al muelle, veo a Bernardo subido a una moto de agua, con el mismo pantalón corto negro, sin camiseta y con un chaleco salvavidas. Baja y sube las escaleras hacia mí. Dejo la toalla sobre una silla y él se acerca.

—Voy a ponerte el chaleco, y luego vamos a disfrutar de este mar en el jet ski —dice con entusiasmo, y yo acepto, porque será una experiencia nueva para mí.

Hasta ahora, solo había subido a un barco.

—Nunca he montado en una, pero estoy segura de que será increíble.

Bajamos por la escalera que lleva al muelle; él sube primero y me da la mano para ayudarme a subir.

—Sujétate fuerte a mi cintura, Mari, que voy a acelerar —advierte, y siento un cosquilLéo en el estómago por la emoción de esta nueva experiencia.

Abrazo la cintura de Bernardo, sujetándome con fuerza, y cuando empieza a moverse, me aferro aún más, pegando mi cuerpo al suyo por miedo a caer. Sentí un poco de temor al principio, pero es increíble cómo él me hace sentir segura.

Nos alejamos de la costa, y la sensación es indescriptible. Es divertidísimo. Bernardo hace algunas maniobras profesionales y emocionantes con el jet ski hasta que llegamos cerca de una playa.

Ancla en una cala pequeña pero preciosa, con agua verde turquesa. No hay nadie aquí.

—¿Nos damos un chapuzón?

—¡Por supuesto, vamos!

Bajo primero por la parte trasera del jet ski, y él baja detrás de mí. Nos quitamos los chalecos y saltamos al agua de un solo impulso. Nadamos un buen rato, y cuando estamos en medio del mar, él se acerca discretamente.

—¿Te sientes mejor? —pregunta con tono preocupado, mirándome.

—Después de todo lo que has hecho por mí hoy, claro que sí —le contesto, dedicándole mi mejor sonrisa.

—Me alegra haber podido regalarte un día más ligero, distinto.

—Y realmente lo fue. Nunca había montado en un jet ski ni hecho senderismo. Gracias por eso —nado hacia él y lo rodeo con un abrazo fuerte. Abrazarlo se ha vuelto algo frecuente.

Volvemos al loft, y desde lejos veo a mis hermanos y a mis amigas nadando en el mar. Cuando nos ven, dejan de nadar y nos miran. Bernardo ancla el jet ski y bajamos.

—¿Dónde estabais vosotros dos? Hace rato que nos despertamos y no os encontrábamos por ninguna parte —pregunta Lucca, visiblemente preocupado, mientras los demás nos observan con cierto recelo.

—Salimos a caminar por el sendero y luego fuimos a dar una vuelta en el jet ski —responde Bernardo a mi hermano.

—Dormisteis demasiado, y nosotros nos levantamos temprano. Decidimos aprovechar la mañana del domingo. Por cierto, cuando fui al cuarto a ponerme el bikini, Júlia ya no estaba allí —añado yo, completando la respuesta de Bernardo, sin mencionar que él me encontró llorando en la playa.

—¿Qué vamos a hacer para comer? —pregunta Lucca, cambiando de tema.

—Si os parece bien, podemos hacer una barbacoa, y por la noche pedimos cena al restaurante de Villa da Lua. La traen en barco —sugiere Bernardo.

—Vale —responden mis hermanos al unísono, y todos se ríen de ellos.

Todos están de acuerdo con la propuesta de Bernardo. Regresamos al loft; ellos se van a la zona de la barbacoa, y nosotras empezamos a preparar las ensaladas y los acompañamientos.

Estoy cortando los tomates cuando Irina se acerca y lanza un comentario:

—Tú y Bernardo estáis muy cercanos… ¿hay algo entre vosotros?

Júlia deja de batir la salsa y me mira. Me quedo perpleja, sin entender qué las llevó a pensar algo así, aunque nunca hemos hablado del tema.

Me he cerrado completamente a cualquier tipo de relación; todavía llevo la alianza de mi matrimonio. Así que la suposición me incomoda profundamente.

—Chicas, no sé ni qué deciros. Pero no, no hay nada de eso. Bernardo y yo empezamos a acercarnos cuando entré a trabajar en el bufete, y estamos construyendo una amistad. Respeto la memoria de mi marido, y todavía llevo nuestra alianza, lo que significa que no estoy disponible para ningún tipo de relación sentimental.

—Perdona, Mari, no queríamos molestarte con ese comentario. Es que os hemos visto juntos toda la mañana… —dice Irina, intentando justificarse.

Júlia no dice nada, solo observa la interacción y vuelve a batir la salsa para la barbacoa.

Empiezo a preguntarme si he dado alguna señal que Bernardo, mis hermanos o mis amigas hayan podido interpretar mal. Me sorprende solo imaginarlo.

Termino de cortar los tomates en silencio, y mis amigas hacen lo mismo. No quiero crear un mal ambiente entre nosotras, solo que no me esperaba ese tipo de pregunta.

—Espero que no os enfadéis conmigo. Sé que teníais curiosidad, sobre todo porque nunca me habéis visto actuar así con ningún hombre después de la muerte de Diego. Solo espero que entendáis cómo me siento ahora.

—Tranquila, amiga, lo entendemos y respetamos tu proceso. Lo que tenga que ser, llegará cuando tú estés preparada —dice Júlia al fin, e Irina simplemente escucha.

Diego lo fue todo para mí. Jamás volveré a amar a otra persona. Al menos, eso es lo que pienso ahora.

Nos unimos a los chicos en la zona de la barbacoa, organizamos las cosas y nos sentamos mientras ellos se turnan para asar la carne que sobró del asado del sábado.

Después de comer, todos dicen estar cansados. Irina y Lucca suben a su habitación; Júlia, Léo y Bernardo van a las suyas, y yo me quedo en el salón, tumbada en el sofá, continuando la lectura del libro que traje conmigo.

Acabo quedándome dormida mientras Léo, y me despierta Léo, que se sienta a mi lado y pasa el brazo por detrás de mi espalda, acercándome a él mientras acaricia mi cabello.

—Perdona por despertarte, hermana, pero a Bernardo se le ocurrió la idea de cenar en el yate, tomar un vino y charlar un rato. Como sé que os gusta arreglaros, tenemos que avisar a tus amigas.

—Ya he dormido lo suficiente, no te preocupes. Voy a llamarlas para que nos arreglemos para la cena.

—¿Estás bien, Mari? Te noté algo distante, pensativa durante el almuerzo.

—Estoy bien, solo fue un momento complicado. Ya pasó, y todo irá bien. Esta mañana tuve una pesadilla, Bernardo me encontró llorando en la playa y decidió sacarme a hacer algunas cosas. Al final, me animó bastante.

—Bernardo es un buen hombre. Me ha parecido un bonito gesto por su parte —dice Léo, aunque se queda pensativo.

—Lo es. Ahora voy a darme una ducha y arreglarme, hermano. Haz tú lo mismo y ponte guapísimo —le doy un beso en la mejilla y me voy al cuarto.

Entro en la habitación que comparto con Júlia y la encuentro envuelta en una toalla, eligiendo qué ponerse.

—Amiga, Léo me dijo que Bernardo nos ha invitado a cenar en el yate.

—¡Ah, qué bien! ¿Qué me pongo? —pregunta.

—Yo voy a ponerme un conjunto que traje: pantalón palazzo con top corto y una americana naranja. Creo que puede hacer algo de viento, y estaremos en medio del mar.

—Creo que me pondré un vestido blanco que traje. Tiene cortes laterales, pero puedo llevar una chaqueta por si hace frío.

En ese momento, Irina llama a la puerta y entra en la habitación. Está guapísima con un vestido midi rojo de tirantes finos.

—¿Ya estás lista? —comenta Júlia.

—Léo pasó por la habitación y avisó a Lucca, así que me arreglé y bajé para ayudaros.

Mientras yo me doy una ducha, Irina se queda ayudando a Júlia a vestirse. Acordamos hacernos un maquillaje muy suave. Nos arreglamos en la habitación y, al salir, encontramos a los tres sentados en el sofá. Están muy elegantes.

Observo a Lucca, que lleva un pantalón color caqui y una camisa negra con las mangas remangadas hasta los codos. Léo va completamente de negro, también con la camisa remangada. Bernardo viste un pantalón azul marino y una camisa blanca de lino, con los tres primeros botones desabrochados.

—Guau, ¡estáis guapísimas! —nos elogia Lucca.

—¿Vamos al yate? El personal del restaurante de Villa da Lua ya ha dejado lista nuestra cena —anuncia Bernardo.

Desde el salón ya podemos ver el yate, amarrado cerca del muelle. Ellos suben primero y nos ayudan a embarcar. En cuanto entramos, sentimos la brisa marina y la belleza de la noche iluminada por la luna.

Nos espera una mesa con fiambres: varios tipos de quesos, jamones, patés y acompañamientos, además de un cubo con botellas de vino Del Valle.

Bernardo enciende el yate y lo pilota mar adentro, alejándose un poco del loft.

—Madre mía, esto es perfecto. No sé si quiero irme de este sitio.

—Vengo aquí una vez al mes, normalmente los fines de semana. Si quieres volver, esta casa también es tuya —deja caer Bernardo, una posibilidad que no rechazaría, porque me he enamorado de este lugar.

—Quién sabe, si el día que vengas yo estoy libre de los casos del bufete, será un placer.

—Es una pena que el fin de semana esté llegando a su fin. A mí también me ha encantado esta isla, Bernardo —comenta Irina.

—Me alegra muchísimo que os haya gustado. La próxima semana será intensa. Estaré en la finca toda la semana y tengo que viajar a Italia el mes que viene, por eso quise venir este finde.

—Si necesitas ayuda, puedes contar conmigo, Bernardo —me ofrezco, ya que él ha sido muy generoso conmigo desde que llegué.

Se sienta a mi lado, toma una botella al ver mi copa vacía y me sirve un poco más de vino, haciendo lo mismo con la suya. Me quedo observando cómo disfruta del vino. Sostiene la copa por el tallo, la inclina y examina el contenido, la gira suavemente, la huele y, solo después, lleva el vino a la boca. Degusta el sabor antes de tragar y sonríe con satisfacción.

—¿Qué pasa, Mari? —pregunta, seguramente notando que me quedé embobada viéndolo disfrutar del vino.

—Perdón, es que verte beber vino es algo bonito de ver —respondo algo avergonzada.

—¿Sabes por qué lo hice así? —pregunta Bernardo, con cierta curiosidad.

—Sí, pero los vinos provocan una experiencia emocional diferente con cada botella, y me dio curiosidad saber qué fue lo que te hizo sonreír al final —le contesto con sinceridad, y él se ríe.

—Estaba evaluando mi vino, Mari. Soy un enófilo. Lo aprendí de mi padre, así que cada vez que pruebo un vino, hago un análisis sensorial y disfruto cada etapa de la cata —explica cada fase con detalle, y yo lo escucho con atención.

—Hablé demasiado, ¿verdad? Pero cuando vengas a la finca, te mostraré todos estos pasos que te he contado.

—Me gustó mucho cómo lo explicaste, pero no me dijiste qué fue exactamente lo que te hizo sonreír al final —le pregunto, queriendo saciar mi curiosidad.

—Sonreí porque supe que fui capaz de producir un vino perfecto. Es simplemente satisfacción personal.

—Realmente son perfectos. Hace unos días llevé a casa una de las botellas que dejaste en mi oficina. Me la bebí entera mientras

me daba un baño —claro que no menciono que estaba triste y con nostalgia por mi marido. Eso me lo guardo.

Estoy tan absorta en la conversación con Bernardo que me olvido por completo de mis hermanos y mis amigas. Cuando miro hacia un lado, los veo quietos, mirándonos y escuchando atentos lo que decimos.

—¿Qué pasa? —pregunto a los curiosos.

—Nada, amiga. Solo estábamos escuchando la charla sobre vinos… y cómo hacen que todo sea posible —responde Júlia.

—La noche está maravillosa. Ya llevamos ocho botellas de vino. ¿Qué os parece si regresamos al loft? Salimos hacia São Paulo a las siete de la mañana. Aún nos quedan unas horas para dormir —dice Bernardo, cambiando de tema.

Al llegar al loft, cada uno se va a su habitación, y yo paso por la cocina a beber un vaso de agua antes de acostarme, porque tanto vino me ha dejado la boca seca.

—Mari...

—¡Qué susto, Bernardo! —digo mientras derramo un poco de agua sobre la parte superior del top y llevo la mano al pecho para secarme.

—Perdón por asustarte. Solo quería saber si estabas bien antes de irme a dormir.

—Sí, estoy bien. No te preocupes. Gracias por la noche y por el fin de semana. Me ha encantado estar aquí.

—El agradecido soy yo por una noche tan agradable. Y más aún porque nunca había hablado de mis vinos con una mujer, y tú parecías realmente interesada. Ha sido bueno conocerte un poco más.

—Quizás sea porque las mujeres a las que invitas a beber vino tienen otros intereses, más allá del vino. Que descanses, Bernardo.

Lo dejo en la cocina y me dirijo a mi habitación.

8

Bernardo Del Valle 

Después de pasar el fin de semana en Paraty, dejé a mis amigos en el aeropuerto de Congonhas y volé directamente a Flores da Cunha. Conseguí descansar lo suficiente para poder afrontar el ritmo intenso que me espera esta semana, pero hay algo que no deja de rondarme la cabeza. El día que acompañé a Mari a la reunión en la oficina de aquel empresario, todo lo que vi despertó en mí un instinto de protección hacia ella, algo que hasta entonces solo había sentido por mi familia y mis amigos más cercanos.

Estaba en el muelle cuando la vi en la playa, sentada con la cabeza apoyada en las rodillas. Fui hasta ella, pero no imaginaba encontrarla llorando. Aquello me descolocó y despertó una necesidad de protegerla. Si pudiera, le arrancaría el dolor con mis propias manos. Por eso sentí el impulso de hacer que su día fuera mejor. Ella no merece sufrir, así que decidí estar a su lado en ese momento difícil. Se me ocurrió distraerla: la llevé a la caminata por el sendero, al paseo en jet ski con el baño en el mar, incluso a la cena en el yate. Seguí mis instintos y a mi corazón, y funcionó, al menos por ese momento. Pero no consigo evitar pensar que podría volver a pasar cuando esté sola.

Me siento raro por pensar tanto en ella y en todo lo que ocurrió últimamente.

Mi móvil vibra con una notificación de WhatsApp. Abro y veo que es un mensaje de Valentina.

Valentina:
Hola, ¿todo bien, Be?
¿Cenamos esta noche?
Tengo ganas de verte…

Bernardo:
Estoy de viaje.

Valentina:
—¿A dónde? ¿Cuándo vuelves?
Sabes que no puedo estar sin ti, ¿verdad?

Elijo no responder. Al fin y al cabo, no suelo darle explicaciones a Valentina. Me cansé de decirle que no confunda las cosas. Es normal que me envíe mensajes, y, cuando me apetece, acepto la invitación, sabiendo perfectamente cómo acabará la noche.

El vuelo de São Paulo hasta mi finca es rápido. Desde el aire, puedo ver los extensos viñedos, y en menos de dos horas ya estamos aterrizando en la pista privada que tenemos en la propiedad. Me levanto y tomo mi pequeña maleta para salir del jet.

—Will, Marcela, gracias por traerme siempre con seguridad. Ahora podéis descansar y disfrutar de la finca.

Este es nuestro hogar, donde viven mis padres y mi única hermana, que tiene diecisiete años. El año que viene empezará la universidad y, tal vez, se mude a São Paulo o a alguna otra ciudad. La última vez que hablé con ella, aún estaba indecisa sobre qué carrera elegir. Mis padres están tranquilos con eso; siempre nos han apoyado y nos han permitido elegir lo que realmente nos haga felices.

Elegí Derecho porque es mi pasión, pero hace un año asumí la administración de las propiedades de la familia, ya que mis padres quieren disfrutar más de la vida.

Antes de verlos, voy directamente donde está el enólogo, nuestro especialista en agricultura, contratado para trabajar con la siembra, el cultivo y la cosecha de las uvas. Verifico con él cómo va el monitoreo del viñedo y reviso los registros de los penetrómetros para comprobar las condiciones del suelo, ya que eso afecta directamente la calidad de nuestras uvas. Me gusta estar al tanto de cada detalle.

La finca es enorme, con trescientas hectáreas divididas en parcelas, cada una con un promedio de más de mil vides por hectárea. Cultivamos todo tipo de uvas: Cabernet Sauvignon, Malbec, Merlot, Chardonnay y muchas otras variedades nobles responsables de los mejores vinos tintos que producimos en la Bodega Del Valle.

Dejo la zona de cultivo y me dirijo hacia la casa. Al entrar por la puerta principal, veo a mis padres sentados en el sofá, conversando.

—He venido a desearle los buenos días a mi pareja favorita —digo, mientras me acerco a ellos.

—Hijo, no me lo puedo creer, ¿ya estás aquí? —responde mi bella madre.

—Hola, mamá, ¿todo bien? —pregunto mientras la abrazo con fuerza, reconociendo su aroma familiar.

—Ahora estoy mejor que estás en casa, hijo —responde mi madre, radiante.

—Hola, papá, ¿todo bien? —lo abrazo y le doy una palmada fuerte en la espalda.

Mi padre aún conserva sus músculos a los cincuenta y seis años.

—Estoy estupendamente, hijo. Es bueno tenerte aquí; al fin y al cabo, tendrás mucho trabajo esta semana. Leí todos los correos que me enviaste y estudié tu proyecto.

—Sí, papá, me quedaré toda la semana con vosotros.

—¿Quieres tomar un café, cariño? —pregunta mi madre.

—Ya tomé en Paraty, mamá. Salimos temprano de allí, y como venía directo a Flores, tomé un desayuno reforzado.

—¿Salimos? ¿Quién estaba contigo allí, hijo? —Mi madre no tiene remedio, siempre curiosa con mis compañías.

—Bianca, deja en paz a tu hijo —murmura mi padre, intentando contener su curiosidad, aunque rara vez lo consigue.

—Carlos Eduardo, no pregunté nada malo. Es normal que una madre quiera saber detalles de la vida de su hijo —responde ella, sonriendo y hasta le guiña el ojo.

¡Lo dije!

—Estaba con los gemelos, con su hermana y con dos amigas de ella —digo enseguida, antes de que empiece a montar teorías con su cabeza de madre casamentera que quiere ser abuela.

—¿Pero su hermana no vivía en Boston? —pregunta, confundida.

—Sí, pero perdió a su marido en un accidente. Hace un año que falleció, y después de eso volvió a São Paulo. Ahora trabaja en el despacho.

—Qué pena, una chica tan joven pasando por una tragedia así. Me acuerdo de ella en la boda, es muy guapa, hijo —comenta mi madre, mientras se sienta junto a mi padre.

—Es preciosa. Realmente, su historia es bastante triste.

—Espero que esté bien. Hace tiempo que no veo a Luiz Felipe y Marília. Debieron quedar destrozados con lo que le ocurrió a su hija. Siempre la protegieron mucho y la trataban como a una princesa —dice mi padre.

—Sí, por eso la llevé a la isla, para que pudiera disfrutar un poco y despejar la mente —mis padres se miran y se quedan en silencio.

—Qué bonito gesto el tuyo, hijo. Como siempre, eres un hombre maravilloso —elogia mi madre.

—Papá, ¿qué te parece si hablamos con el enólogo? Tengo que presentarle la nueva planificación.

—Claro que sí, hijo. Déjame ponerme las botas y vamos.

—¡Os espero para el almuerzo! —dice mi madre.

El enólogo es el responsable de los distintos aspectos de la elaboración, vinificación y embotellado de nuestros vinos aquí en la bodega. Él y el viticultor trabajan juntos para ofrecernos nuestro mejor vino.

En lo personal, cada vez que estoy aquí aprendo mucho con ellos, e incluso trabajo codo a codo tanto en las plantaciones como en la bodega, además de encargarme de la parte administrativa del negocio, que antes llevaba mi padre.

Tengo muchos planes para nuestra bodega. Contamos con excelentes vinos en proceso de producción y almacenados en

barricas de roble, además de los que ya están embotellados y listos para exportación.

Cuando empecé a administrar el negocio, estudié a fondo el mundo del vino y propuse a mi padre iniciar la exportación de vinos y mermeladas a otros países. En cuanto le presenté el proyecto, lo aceptó de inmediato, y dentro de dos meses realizaremos nuestra primera exportación de vinos a Argentina, Chile e Italia. Las mermeladas se empezarán a producir cuando inauguremos la nueva bodega.

Salgo de casa con mi padre y caminamos hacia la bodega.

—Papá, tengo grandes planes para este lugar. He estructurado un proyecto para expandir la bodega y, con la exportación, necesitaremos aumentar la producción de botellas. ¿Llegaste a revisar el archivo?

—Sí, hijo, el proyecto es impecable. Pero tengo una pregunta para ti: ¿cómo vas a conciliar todo esto con tu vida en São Paulo?

La pregunta de mi padre me deja pensativo. No tengo planes de mudarme a Flores da Cunha. Por más que adore este lugar y todo lo que hago aquí, también me gusta mi vida en São Paulo y la libertad que tengo estando allí.

—Aún no he pensado en volver, papá. De momento, quiero seguir como hasta ahora, viniendo siempre que sea necesario, pero seguiré viviendo en la capital.

—Te sugiero que lo pienses bien, Bernardo. El proyecto de reestructuración de la bodega costará 45 millones. Es una obra grande que requiere supervisión de cerca. Ya han empezado a llegar los materiales, contratamos a las personas que trabajarán en la construcción e incluso alquilamos las casas donde vivirán durante la obra. Es demasiado para gestionarlo a distancia.

—Lo sé, papá. En mi planificación están contemplados ingenieros que me rendirán cuentas, y vendré constantemente a la finca. El proyecto tomará ocho meses. Confía en mí. Si algo se descontrola, ajustaré el rumbo —respondo con firmeza, convencido de que todo saldrá bien.

—Está bien, hijo. Tu madre y yo te ayudaremos. Al fin y al cabo, cuidar de este lugar es un pasatiempo para nosotros. Y tú, ¿no

piensas en casarte, Bernardo? ¿Hasta cuándo vas a seguir con esa vida de soltero?

—Mi vida está genial, papá. Solo me casaré si algún día encuentro a alguien que tenga sentido, que me haga sentir que ha llegado el momento. Aún no he encontrado a esa persona, pero te aseguro que no me han faltado opciones. —Pienso en la larga lista de contactos de mi teléfono.

—Algún día la encontrarás. Solo no la pierdas de vista cuando la encuentres. Puede que las señales no sean claras al principio, pero sigue tu instinto y tu corazón. —Guardo los consejos de mi padre.

Hablamos con Alberto, nuestro enólogo, y le presentamos toda la planificación para el próximo año. Él será el encargado de aumentar la producción. Hasta ahora, tenemos producciones pequeñas de distintos tipos de vinos, intensos, equilibrados y enérgicos.

Tenemos 1 000 barricas de roble francés llenas, y las 300 000 botellas de la sala de envejecimiento ya han sido vendidas a los países con los que cerré trato. Serán exportadas el mes que viene. Enviaré 100 000 botellas a tres países distintos. Los vinos Del Valle son conocidos por su equilibrio, brillo y fuerza.

Cuando el proyecto de construcción de la nueva bodega esté terminado, contaremos con diez mil metros cuadrados divididos en diferentes plantas para vinificación, fermentación y crianza, además de la oficina y otras instalaciones ya planificadas.

Después de coordinar todo con Alberto, mi padre y yo regresamos a casa. Ya es hora de almorzar, y a mi madre no le gusta que lleguemos tarde. Mi hermana está en el colegio y no volverá hasta la noche, así que estaremos solo nosotros.

Nos sentamos a la mesa. Mi madre preparó un asado, arroz y ensaladas. Tras el almuerzo, pasamos al salón a tomar un café.

—Hijo, la semana que viene será la 30.ª edición del Premio Nacional de Vinos. Será el próximo viernes en São Paulo. Tu padre y yo tenemos un viaje… ¿crees que podrías representarnos en ese evento?

—Claro que sí, mamá. Solo entrégame la invitación; estaré allí igualmente.

—Perfecto, pero tendrás que llevar acompañante. Después de la premiación habrá un baile —lo dice como quien no quiere la cosa.

—¿En serio, mamá?

—Mira cómo hablas, Bernardo Del Valle. —Mi madre me reprende como si tuviera diez años.

—¿Por qué no invitas a Marianne, la hermana de tus amigos? —sugiere mi madre, que ya lo ha pensado todo.

—Puedo invitarla, pero dudo que acepte. —Evalúo la posibilidad con interés.

—Eres una excelente compañía. Difícilmente se negará a acompañarte; al fin y al cabo, no sales de la casa de ellos.

—Cuando vuelva a São Paulo, la invitaré. —Pienso que, si no acepta, tendré que llevar a otra persona.



Desde que regresé de la finca, no he tenido tiempo para nada. Mi agenda está llena de asuntos por resolver. Suena mi teléfono y veo que es mi madre.

—¡Hola, mamá!

—Hijo, ¿Marianne aceptó ir contigo a la premiación? —Mierda, se me olvidó eso.

—Lo olvidé, mamá. Voy a hablar con ella ahora mismo.

—Queda muy poco tiempo, hijo. Te sugiero que le regales un vestido para la ocasión, ya que vas a alterar su programación con este pedido a última hora.

—Gracias por el consejo, mamá. —Cuelgo el teléfono y voy a buscarla. Espero que acepte.

Llamo a la puerta de su despacho, que está al lado del mío, y la oigo autorizar la entrada.

—Hola, Mari, ¿tienes un minuto?

—¡Hola, Bernardo! Claro que sí, pasa. Hace días que no te veo, ¿dónde te metiste?

—Volví de la finca y estuve fuera de la oficina —respondo, satisfaciendo su curiosidad, y la saludo con un beso en la mejilla.

—Ya me lo imaginaba. ¿Qué necesitas?

—¿Crees que podrías acompañarme a una cena este viernes? Será una premiación nacional de vinos, y mis padres no podrán asistir, así que tendré que representarlos.

—No lo sé, Bernardo. Es todo tan a última hora… ¿Cómo voy a encontrar un vestido adecuado...?

—Yo me encargo de eso. Es un regalo por acompañarme y ayudarme con esto en tan poco tiempo. —La interrumpo con la solución.

—No hace falta, puedo ir al centro comercial y encontrar algo.

—Insisto, Mari. No quiero causarte molestias.

—Está bien, acepto ir contigo. —Responde sonriendo.

—Gracias, Mari. Paso a recogerte por tu casa. ¿Y tú, estás bien? —Pregunto, porque la escena de la playa me viene a la mente.

—Sí, estoy bien. —Responde sin darme detalles.

—Envíame un mensaje con tu talla, que pediré que te entreguen el vestido en tu apartamento.

—Gracias, Bernardo.

Salgo del despacho de Mari contento, porque su presencia es agradable y porque ya resolví esta cuestión.

Le pido las recomendaciones de la tienda a mi madre, ya que siempre compra cuando viene a São Paulo, y en cuanto recibo el mensaje de Mari, llamo a la diseñadora y hago el encargo. Lo único que pido es que sea un vestido rojo y largo.

Salgo del despacho y voy a la tienda donde suelo comprar mis trajes. Compro un esmoquin negro, una camisa color grafito y la corbata del mismo tono.

Nada más salir de la tienda, veo una joyería al otro lado de la calle. Cruzo y entro para escoger un conjunto que Marianne pueda llevar a la fiesta. Me recibe una vendedora guapísima. Es rubia y tiene un cuerpo escultural, pero no es eso lo que vengo a buscar.

—Bienvenido a la tienda, señor…

—Bernardo. Estoy buscando un conjunto. Quiero un collar de diamantes con rubí y unos pendientes.

—Ha venido al lugar indicado. ¡Tengo una joya perfecta y exclusiva! —Dice la vendedora.

Vuelve con una caja negra de terciopelo y la abre frente a mí. El collar es de diamantes, con un colgante de rubí en forma de gota. Alrededor de la piedra, los diamantes son más grandes y se van haciendo más pequeños a medida que rodean el cuello, lo que hace que la pieza sea delicada. El pendiente es discreto: una gota de rubí con una piedra de diamante.

—Es perfecto. Me llevo el conjunto.

Mientras espero, miro la mesa de cristal frente a mí y veo un collar de oro con un colgante que tiene grabada una flor. Me parece una pieza muy delicada, y no sé por qué, el recuerdo de Mari viene a mi mente. La vendedora regresa con el paquete y le pregunto por el collar.

—Esta pieza es de oro de 24 quilates. El colgante representa una flor llamada tulipán. Según los turcos y los persas, el tulipán representa el amor perfecto y, como es de las primeras flores en brotar en primavera, también simboliza el renacimiento —explica la vendedora.

—Me llevaré esta pieza también. —No es por su significado, sino por la delicadeza que me hace recordarla.

No sé cómo voy a justificarle a Marianne estos dos regalos; quizá guarde este collar para otra ocasión. No quiero alejarla con tantas muestras de afecto.

—Esa mujer debe de ser muy especial para usted —comenta la vendedora con una sonrisa.

—¡Es solo una amiga! —Respondo rápidamente.

—Decía mi abuela que, cuando el amor nace de una amistad, se vuelve aún más hermoso —dice ella, sonriendo al entregarme los paquetes y procesar el pago.

Agradezco a la vendedora, que además de guapa, es muy amable, y salgo de la tienda riéndome solo, incrédulo por todo lo que me ha dicho.

9

Marianne Magalhães

Hoy es viernes, el día de la cena de premiación para la que fui invitada como acompañante de Bernardo. Por eso, tuve que hacer un ajuste de última hora en mi agenda y salí antes de la oficina. Ahora estoy en un salón de belleza, arreglándome las uñas, el maquillaje y el pelo. Sin embargo, no tengo ni idea del color ni del modelo del vestido, ya que me dio vergüenza preguntarle a Bernardo.

Salgo del salón sintiéndome guapa. Estos pequeños cuidados hacen muy bien. Llego a mi edificio y, al entrar en el vestíbulo para coger el ascensor, el portero me llama.

—Dra. Marianne, tiene aquí un paquete.

Le doy las gracias y recojo la caja. En cuanto llego a mi habitación, abro la caja plateada con un lazo azul. Debe de ser el vestido que Bernardo pidió que me enviaran. La abro con cuidado y me quedo maravillada con el color del vestido. Es de un rojo precioso, hecho de seda, con un escote discreto en forma de V, ceñido desde el busto hasta la cintura, con una banda cruzada y delicada, seguido de una falda larga que aporta ligereza y sofisticación. Simplemente magnífico y de muy buen gusto.

Me ducho con cuidado de no mojarme el pelo, me aplico mi crema hidratante por el cuerpo y me pongo el vestido. Cuando me miro al espejo, me quedo admirada. Me queda perfecto, como si lo hubieran cosido a medida para mí. Me calzo mis sandalias plateadas, me pongo mi perfume y estoy lista. Cuando voy a ponerme los pendientes, oigo que llaman a la puerta y, al abrir, me encuentro cara a cara con Bernardo.

—Hola, Bernardo, pasa, por favor. Solo voy a ponerme un pendiente y coger mi bolso.

—Hola, Mari. Madre mía… estás deslumbrante. No te preocupes por los pendientes, porque he traído algo.

Saca una cajita del interior de su americana y la abre frente a mí. Es un par de pendientes perfectos, acompañados de un collar delicado y precioso.

—Vaya... son preciosos.

—Es un regalo. Me gustaría que los llevaras esta noche —sugiere.

—Bernardo, voy a llevarlo esta noche, pero no puedo aceptar este regalo. Son diamantes y rubíes.

—Mari, lo compré para ti. Independientemente del valor, es tuyo ¿Puedo? —Me pide permiso para ponérmelo.

—Está bien, puedes ponérmelo.

Me doy la vuelta para que pueda colocarme el collar en el cuello; siento el roce de sus dedos mientras intenta abrochar la joya. Es un toque sin intención, pero que hace que se me erice la piel. En cuanto termina, me giro para mirarlo de frente y me pongo los pendientes yo sola.

Me doy cuenta de cómo me observa. Veo en sus ojos admiración, pero también dejan entrever deseo. Seguro que se dio cuenta de que noté su roce sutil y de la reacción que provocó en mí.

—¡Simplemente perfecta! Sin duda serás la mujer más guapa de la fiesta.

—Eres muy amable, Bernardo. Gracias por el vestido, me pareció perfecto, y por este otro regalo. Voy a coger mi bolso y podemos irnos.

Bajamos hasta la entrada de mi edificio y veo uno de los coches que Bernardo suele usar, aparcado en la calle. En cuanto desactiva la alarma, abre la puerta para que suba y luego rodea el coche para ponerse al volante. Acelera y pone el coche en marcha.

—Este coche es precioso. Los detalles en rojo y los asientos de cuero a juego son perfectos.

—Compré el Maserati el año pasado. Lo elegí precisamente por ese diseño y por la potencia del motor.

—¡Le va muy bien contigo!

Fuimos charlando de cosas sin importancia durante el trayecto. Nuestras conversaciones siempre fluían de forma natural; me gusta hablar con Bernardo.

Nos hemos acercado bastante por el trabajo, pero desde que me defendió y pasamos aquel fin de semana con amigos, siento que hay más apertura por su parte y me siento segura para hablar de otros temas que no sean laborales.

—Bernardo, ¿cómo es este evento? —Pregunto con curiosidad.

—¿Puedes creer que no lo sé? —Nunca he ido a la premiación; siempre son mis padres quienes representan la bodega de nuestra familia.

—¡No me lo puedo creer!

—Pues sí, pero a partir de ahora, que he asumido los negocios, es probable que tenga que asistir a todos. Y acabo de decidir que tú has sido elegida mi acompañante oficial para todos los eventos. —Dice sonriendo y me lanza una guiñada.

—Será un placer acompañarte, Bernardo. —Le devuelvo la sonrisa.

Llegamos al salón donde se celebrará la premiación de los mejores productores de vino de Brasil. En la entrada hay una alfombra roja y muchos fotógrafos y periodistas locales.

—Espera, ¡voy a abrirte la puerta! —Avisa Bernardo antes de que baje del coche.

En cuanto abre la puerta, me tiende la mano y yo la tomo para bajar. Entrega la llave al aparcacoches y apoya suavemente la mano en mi cintura, guiándome hacia la entrada. Nos hacen algunas fotos, que seguramente saldrán en los periódicos de la ciudad.

Una mujer nos indica la mesa reservada. En el camino, algunos empresarios saludan a Bernardo, y las mujeres no le quitan los ojos de encima. Bernardo es, sin duda, un hombre atractivo que llama la atención, pero es muy discreto, y no le veo corresponder a esas miradas insistentes.

Llegamos a la mesa, y Bernardo me acerca la silla para que me siente. Luego se acomoda a mi derecha. Un camarero pasa

sirviendo vino blanco y aceptamos. Bernardo me entrega una de las copas y propone un brindis con una sonrisa radiante.

—Que nuestra noche sea perfecta, Mari. —Me desea, mirándome con intensidad.

—Que sea perfecta e inolvidable, Bernardo Del Valle. —Brindo, sonriendo para él.

Chocamos las copas y saboreamos el vino refrescante.

—Gracias por la invitación. La noche está preciosa, la música es agradable y la compañía... no hace falta ni decirlo.

—En cuanto a la compañía, solo puedo decir que no habría encontrado una mejor, Mari. Gracias por acompañarme esta noche.

Lo dice con una de esas sonrisas perfectas.

—Bernardo, ¿llegaste a decirle a mis hermanos que saldríamos juntos hoy?

—No les dije nada. ¿Por qué?

—Nada importante, solo que me pareció que estaban un poco desconfiados en algunos momentos en Paraty, y hoy nos han hecho muchas fotos; es probable que lo vean.

—Estás hablando de Lucca. Yo pensé lo mismo por cómo se comportó allí. Cruzaba los brazos, nos miraba con recelo, quería enterarse de todo. —Bernardo recuerda la situación y sonríe.

—Sí, él siempre ha sido muy protector conmigo. Siempre se ha comportado así. Imagínate cuando empecé la universidad y empezaron a aparecer chicos, las fiestas… Lo pasé fatal con mis hermanos. Léo siempre fue más reservado, pero Lucca, él es terrible. —Bernardo se ríe a carcajadas con lo que digo.

—Ay, Mari, si supieras todas las artimañas que usaba para espantar a los chicos que intentaban acercarse a ti… —Sonríe al recordar aquellos años.

—¡Mi hermano no tiene límites! Hoy me río de la situación, pero en aquella época me enfadaba muchísimo con él.

—Cuando empezaste a salir con alguien, se volvió loco, le pareció un disparate. —Comenta Bernardo.

—Diego fue mi primer y único novio. —Acabo confesándole.

—¿Solo has tenido un hombre en tu vida? —Pregunta Bernardo, sorprendido.

—Sí, solo él. Puedes creerlo. —Siento que me arde la cara; debo de estar sonrojada por hablar de esto con él.

—¡Vaya! Eres guapísima, no me creo que no hubiera intentos. —Pregunta, mirándome intensamente.

—Claro que los hubo. Lo que pasa es que siempre fui tranquila, solo quería estudiar, leer y ver películas. Fue en la universidad cuando empecé a despertar ciertos deseos, y fue entonces cuando conocí a Diego. A veces, esos intentos eran frustrados por mis hermanos, pero no pasa nada.

Bernardo sonríe, ¡y qué sonrisa tan bonita tiene! Este hombre roza la perfección: es guapo y elegante.

Interrumpimos nuestra conversación en cuanto el maestro de ceremonias sube al escenario.

El maestro de ceremonias da inicio al evento, anunciando la apertura de la premiación y explicando la dinámica. Frente al escenario hay paneles con los números de los catadores. El proceso se divide en dos etapas, lo que lo hace aún más riguroso, con múltiples puntos de vista y la participación activa de todos los jueces.

Los jueces reciben solo información básica sobre las muestras, como la región, las uvas, el grado alcohólico, el azúcar residual y la acidez total.

Cada jurado está compuesto por cinco especialistas: el presidente, el vicepresidente, dos jueces y un juez asociado. Todos ellos catan todos los vinos inscritos. Aquellos que son descartados pasan por una nueva cata en otro panel, presidido por un maestro del vino, quien vuelve a evaluar cada muestra, que incluso puede reincorporarse a la competición.

En la segunda etapa, todos los vinos considerados aptos para recibir medallas son catados por una nueva mesa. El resultado es confirmado por otro panel compuesto únicamente por los presidentes. Ellos tienen la responsabilidad de validar cada medalla. Los productores nacionales deben sentirse muy orgullosos de recibir una medalla en esta premiación, ya que certifica el estándar de calidad de su vino.

Es la primera vez que participo en un evento como este, y me ha parecido muy interesante la organización y la dinámica para la calificación de los vinos brasileños.

Al concluir la fase de calificación, el maestro de ceremonias anuncia que los productores que recibirán el sello y la medalla serán llamados al escenario.

—Recibirá la medalla de plata el vino *Cabernet Sauvignon* — *Premier* 2019— Bodega Del Valle —anuncia el maestro del vino.

Miro a Bernardo, admirada por el reconocimiento y el prestigio. Él se levanta sonriendo, abrocha el botón de su americana y camina con paso firme y seguro hacia el escenario, con una postura imponente. A medida que avanza, recibe aplausos del público, y yo siento un gran orgullo por su logro.

Recibe la medalla y saluda a todos. Luego posan para la foto, en la que sostiene una de sus botellas. Cuando regresa a la mesa, sigue sonriendo.

—Felicidades por el reconocimiento. Tus vinos son maravillosos. Estoy muy feliz por ti.

—Estoy sorprendido. Es la primera vez que participamos y ya hemos sido premiados. Si mis padres estuvieran aquí, estarían muy felices. —Su entusiasmo es evidente.

—Estoy segura de que lo estarían.

—¡Bernardo! —Una mujer rubia y muy guapa se acerca, colocando la mano en el cuello de su camisa.

Noto que, con sutileza, él toma su mano y la baja discretamente para que deje de tocarle.

—Hola, Fernanda —responde, saludándola.

—Ah, no sabía que eras el propietario de los vinos Del Valle. Por eso he venido a felicitarte por el premio.

—La bodega pertenece a mi familia desde hace varias generaciones.

—¡Qué bien! Bernardo, ya que estamos en el mismo evento, ¿qué te parece si alargamos la noche y hacemos otras cosas? —dice, con un tono meloso, mientras lo mira con descaro.

Yo observo la escena en silencio.

—Fernanda, estoy acompañado. Ella es Marianne, está conmigo esta noche. —Responde con un tono más serio, acercándose un poco más a mí.

—Hola, Marianne. —Dice con una sonrisa forzada mientras me observa de arriba abajo.

—Hola, Fernanda. Un placer.

—Me suenas de algo… ¿por casualidad eres amiga de mi prima Júlia Rocha? —Pregunta, llevándose el dedo índice a los labios mientras me examina, luciendo sus largas uñas rojas.

—Sí, soy amiga de Júlia, pero creo que nunca nos hemos visto.

—Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? Creo que he visto fotos vuestras en su casa… —responde, pero sin dejar de mirar a Bernardo.

—Fernanda, gracias por acercarte a felicitarnos, pero van a servir la cena en breve y necesito hablar con algunas personas más.

—De acuerdo, pero si cambias de idea sobre esta noche ya sabes dónde encontrarme. —Dice mirando a Bernardo antes de echarme una última mirada.

Qué descarada.

Él le da las gracias y ella se aleja de nuestra mesa.

—Perdón por eso, Mari —dice con seriedad.

—No te preocupes, de verdad. Solo quería llamar tu atención, me imagino que eso te pasa a menudo —comento riendo.

Él simplemente niega con la cabeza.

Sirven la cena, y después abren la pista de baile para que los premiados bailen con sus acompañantes —una tradición de esta fiesta, según entendí. Luego, la pista queda libre para el resto de los invitados.

—¿Quieres bailar conmigo? —Me pregunta.

—¡Claro que sí! —Respondo levantándome, mientras extiende la mano que tomo con gusto.

Caminamos hasta el centro de la pista, y las primeras notas de una canción romántica empiezan a sonar.

Bernardo toma mi mano y coloca la otra en la parte baja de mi espalda. Una vez más, el calor de sus manos despierta reacciones

en mi cuerpo y me llena de ansiedad. Este contacto, aunque sea solo un baile, despierta en mí sensaciones inesperadas. Apoyo mi otra mano en su brazo, y bailamos dejándonos llevar por el ritmo. Él baila muy bien, haciéndome girar con facilidad de un lado a otro.

En algunos momentos, nuestras miradas se cruzan, y él me observa con intensidad. La combinación de esa mirada con su sonrisa es pura perfección, pero siempre aparto los ojos cuando ocurre, porque siento que podría adivinar lo que pasa por mi mente, tal es la fuerza que transmite. Además, es evidente lo feliz que está esta noche, y yo también comparto esa felicidad por él.

La música cambia, y comienza a sonar "*You Are The Reason"*. Seguimos bailando. Él modifica su forma de llevarme, soltándome por un instante y luego atrayéndome de nuevo hacia su cuerpo, haciéndome girar con soltura y naturalidad. La gente aplaude el baile de los premiados, y la pista se abre para el resto de los invitados. Bailamos unas cuantas canciones más y decidimos dar por terminada la noche.

Salimos del lugar del evento y el aparcacoches le entrega las llaves a Bernardo. Subimos al coche y, durante el trayecto, hablamos sobre la ceremonia, la importancia del premio para la exportación de los vinos y cómo ese reconocimiento aporta valor y credibilidad a sus etiquetas.

Él recibe una llamada de sus padres y la atiende por el sistema de sonido del coche. Comentan que ganaron el premio, y los dos celebran con entusiasmo, entre gritos alegres del otro lado de la línea. Su madre me agradece por haberlo acompañado y se disculpa por el hecho de que su hijo me avisó con tan poca antelación.

Durante el trayecto, no puedo evitar pensar en la cercanía que estamos construyendo hasta ahora. Antes de la pérdida de mi marido, yo era una persona diferente, pero desde que se fue, me cuesta más abrirme; ya no es tan fácil como antes. Tal vez sea miedo a entregarme y volver a perder. Sin embargo, cuando estoy al lado de Bernardo, me resulta natural hablar de mi vida. Con él, me siento segura para compartir lo que siento.

Llegamos frente a mi edificio, y Bernardo sube conmigo hasta la puerta de mi apartamento, pues fue allí donde vino a recogerme y

quiere dejarme exactamente en el mismo lugar. Abro la puerta de mi piso y lo invito a pasar, pero él dice que necesita dormir, y no me opongo, porque yo estoy igual.

—Mari, gracias una vez más por acompañarme esta noche. Tu presencia, como siempre, es muy agradable.

—La noche fue muy divertida, bailamos bastante. Gracias por invitarme. Me ha gustado mucho tu compañía esta noche, y enhorabuena por el premio.

—No puedo irme sin decir que este vestido te ha hecho aún más guapa esta noche. —Dice, sonriendo mientras coloca un mechón de mi pelo detrás de la oreja.

—Gracias. Que tengas una buena noche, Bernardo.

—Buenas noches, Mari.

Me despido de él con un abrazo. Al acercarnos, noto cómo se inclina sutilmente entre mi cuello y mi cabello. Siento el calor de su respiración, y mi cuerpo reacciona con un escalofrío que me recorre entera. Estas reacciones hacia él se han vuelto frecuentes, lo cual es peligroso, porque me siento vulnerable y nos vemos con frecuencia. Aun así, no me aparto. De repente, él me mira a los ojos, y un sentimiento dormido despierta, apoderándose de mí.

Y creo que él siente lo mismo, porque percibo que su respiración se agita, su mirada es intensa. Cuando se inclina para besarme, ya a punto de rozar mis labios, un instante de lucidez me sacude, y giro el rostro. Su beso apenas roza la comisura de mi boca, y mi corazón late con fuerza. Él se pasa la mano por el cabello, y yo corro hacia el interior del piso, cerrando la puerta en su cara.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido esto? —Me llevo la mano a la boca, confundida por los deseos reprimidos que acaban de salir a flote.

—¡Mari! Abre la puerta, hablemos de esto...

—Por favor, vete —respondo con la voz entrecortada, y él no insiste.

Estoy muy confundida, mis emociones están haciendo un caos dentro de mí. Miro mi mano y veo la alianza en mi dedo; la giro nerviosamente, recordando el casi beso.

—Casi beso a otro hombre… Deseé besar su boca llevando aún la alianza de mi marido… Perdóname, Diego, por deshonrar tu memoria.

Me quito el vestido que Bernardo me regaló para esta noche, las joyas preciosas que ahora cargan un enorme peso en mi conciencia. Me meto bajo la ducha caliente, intentando calmarme. Me froto el rostro y toco mis labios, sintiéndome mal por haber estado a punto de corresponder a su beso. Y lo peor es que pienso en cómo habrían sido sus besos si me hubiese dejado llevar.

Salgo del baño envuelta en la toalla, miro el portarretratos con la foto de nuestra boda, que está sobre la mesita de noche. Lo coloco boca abajo y me enrosco en el edredón. Estoy perdida, confundida y desesperada.

Las horas no pasan, el sueño no llega y mi angustia persiste. Necesito que él me perdone. En un momento de desesperación, entro en el sitio de millas y compro un billete para Boston. El vuelo sale a las cuatro de la madrugada, y ahora son exactamente las dos. Todavía no he conseguido dejar de pensar en lo que casi pasó entre Bernardo y yo.

Me levanto de la cama de golpe, meto algunas prendas en la maleta, coloco mis documentos en el bolso, me pongo cualquier ropa y cojo un abrigo. Espero al conductor de la aplicación en la portería.

Subo al coche y voy al aeropuerto sin avisar a nadie de mi familia, porque no quiero tener que dar explicaciones.

Facturo la maleta y subo al avión, agradeciendo que no haya nadie sentado a mi lado.

En un año, nunca me interesé por nadie, pero en una sola noche estuve a punto de besar a un hombre que es amigo de mis hermanos, mi socio, y que además se estaba convirtiendo en un amigo para mí. Aún no logro entender en qué momento cambió todo entre nosotros.

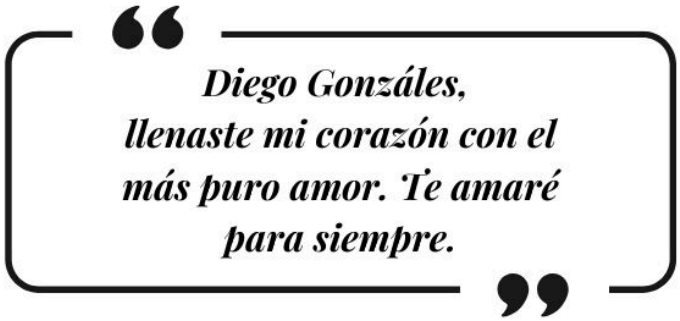
Tal vez fue por la cercanía de los últimos días, por su atención, por los halagos. Ha sido muy amable conmigo, y como me siento vulnerable, no sé si di señales de estar interesada. Por eso, necesito alejarme de él y aclarar mis ideas.

Después de unas horas de vuelo, aterrizo en el aeropuerto de Boston y cojo un taxi hasta mi antiguo piso. En cuanto abro la puerta, noto que nada es como antes, ni siquiera el olor es el mismo, y nuestras cosas ya no ocupan su lugar.

En nuestro dormitorio aún está la cama, pero el resto está vacío. Este lugar ya no se parece en nada a mi antiguo hogar, pero sigue trayendo recuerdos de una época en la que fui feliz. Sin embargo, también me recuerda el dolor y el vacío de su pérdida.

Dejo mis cosas en la habitación y pido un taxi para ir al *cementerio St. Michael*. Un poco más de un año después, vuelvo al lugar donde enterré a mi marido. Al pasar por las verjas, los recuerdos de aquel día regresan con fuerza: desde la llamada que recibí del hospital hasta el momento en que dejé sus cenizas en una urna justo aquí.

Camino hasta su tumba, y ya tengo los ojos llenos de lágrimas cuando reLéo la frase que escribí en un papel hace un año, y que pedí que grabaran en el mármol negro.



La frase es breve, sencilla, pero cargada de significado y profundidad. Contiene la promesa de un amor eterno que, después de un año, ya no sé si seré capaz de cumplir.

—Hola, amor —empiezo a desahogarme, como si Diego pudiera escucharme—. Después de todo este tiempo, he vuelto. Te dije que vendría a visitarte, pero también estoy aquí por otra razón. Puede parecer una tontería, pero todavía llevo la alianza de nuestro matrimonio. Por más que haya aprendido a vivir con tu partida, no he podido desprenderme de ella. Es el lazo que nos une. Quitármela

sería como dejar ir una parte de ti —respiro hondo y continúo—. La verdad es que he venido a contarte que estuve a punto de besar al mejor amigo de mis hermanos. Si eso hubiera pasado, ¿qué pensarías tú? ¿Y ellos? Por eso, te pido perdón. Sé que no vas a volver. A veces me pregunto si debería seguir adelante, si eso es lo que tú querrías para mí… o si es lo que tú harías en mi lugar.

En este momento ya estoy llorando desconsoladamente, y los sollozos casi no me dejan seguir, pero necesito sacar todo lo que llevo dentro.

—Si eso es lo que debo hacer, aún no lo sé. Pero me gustaría que me enviaras una señal, cualquiera, para poder vivir sin esta culpa de seguir con mi vida después de tu partida. Dime, ¿estoy en el camino correcto?

Concluyo, creyendo de verdad que puede enviarme una señal.

Salgo del cementerio aún más confundida de lo que llegué, porque no encontré las respuestas que buscaba, solo reviví los recuerdos de un día desgarrador. Vuelvo a casa y aprovecho para dormir un poco.

Despierto con el sonido del teléfono, después de haber dormido unas horas.

—¿Hola? —Casi dejo caer el móvil, todavía medio dormida.

—Mari, ¿dónde estás? —Es Lucca al otro lado, y suena preocupado.

—Hola, hermano, estoy en casa. —Lo que no dije fue en cuál.

—Qué raro, Bernardo me llamó preocupado, preguntando si sabía dónde estabas, porque su secretaria le dijo que habías cancelado tu agenda del lunes y necesitaba hablar contigo.

—La cancelé. Tengo algunas cosas que resolver y me tomé el día libre. —¿Así que él me buscó… pero no me llamó?

—Bueno, está bien. Te dejo, que he quedado con Irina para salir.

—Hasta luego, hermano.

Creo que Bernardo confundió nuestra amistad, o simplemente nos dejamos llevar por el momento, por el deseo, por la atracción. Lo que no sé es en qué momento ocurrió. Él ha sido un buen amigo. Bailamos juntos, me protegió hace unos días, se portó bien conmigo

en la isla cuando tuve aquella pesadilla con Diego. Todas esas cosas pueden marcar la diferencia cuando una se siente vulnerable.

Estoy convencida de que los sentimientos que tuve hacia él fueron producto de la carencia emocional. Ahora no sé cómo mirarle a los ojos. Me siento avergonzada por haber reaccionado de forma tan inmadura. De verdad, no sé qué hacer a partir de ahora.

Lo que pase entre Bernardo y yo sigue siendo incierto, pero estoy decidida a resolverlo de la mejor manera posible.



Es domingo en Boston y mi vuelo no sale hasta esta noche. Aprovecho que aún estoy aquí y voy al cuarto donde guardé algunas cajas con recuerdos. Cojo con cuidado las que contienen fotografías, procurando no tirarlas, y hago un montón a mi lado; voy viendo una a una. Cada foto me trae buenos recuerdos, y la nostalgia no hace más que aumentar.

El álbum de nuestra boda quedó perfecto. Recuerdo todos los detalles de aquel día. Paso las páginas y encuentro una foto con mis hermanos y Bernardo. Los tres estaban riéndose a carcajadas de algo cuando la tomaron, el día de mi boda. Me detengo demasiado tiempo en esa imagen y la coloco aparte, junto con otras que quiero llevar conmigo.

Me doy cuenta de que ya es tarde; me perdí demasiado en los recuerdos. Cuando tomé la decisión de venir aquí, pensé que encontraría muchas respuestas, pero no fue exactamente así. Me precipité por ese casi beso. Tal vez, si me hubiese quedado, habría logrado calmarme y podría haber hablado con él en persona. Eso habría sido lo correcto.

Es difícil cuando actuamos movidas por la emoción. A veces, tomamos decisiones equivocadas. Pero en ese momento, solo quería huir.

Estoy un poco justa de tiempo, pero llegaré a tiempo para embarcar en el vuelo de regreso a casa. El taxista se detiene frente al aeropuerto. Cojo mi maleta y entro con prisa para facturar el equipaje. Cuando voy a sacar el pasaporte del bolso, alguien choca fuertemente contra mí. Por suerte, consigo mantener el equilibrio y no caer.

—Ey, casi me tiras al suelo —le digo a un hombre alto que está a mi lado.

—Perdón, señorita. No te había visto.

Parece tener unos treinta y ocho años. Tiene los ojos rojos, como si hubiera estado llorando, y sostiene en el brazo un precioso ramo de tulipanes blancos.

—No pasa nada —respondo, intentando calmar los ánimos—. A veces, estas cosas pasan cuando estamos distraídos. ¿Estás bien? —le pregunto con preocupación.

—Sí… o no lo sé. La mujer que amo acaba de rechazarme. Hice todo lo posible para que me perdonara, pero la abandoné cuando más me necesitaba. Y ahora… tal vez sea demasiado tarde. Se ha ido —se desahoga como si yo fuera su amiga.

—Lo siento mucho. Espero que algún día podáis reencontraros, que ella te perdone y que volváis a ser felices —le digo, intentando consolar a un desconocido.

—Quién sabe… Quizá yo no era su persona, y esta es su oportunidad de empezar de nuevo en otro lugar, con alguien que sí sepa hacerla feliz —dice con la mirada perdida.

—No pienses así. No puedes rendirte —intento animarle.

—Mira, eres muy joven, pero sabes dar buenos consejos. Gracias por cruzarte en mi camino. No voy a rendirme. Esta flor representa la pureza y el perdón: la pureza de mi amor por ella y el perdón por haberla hecho sufrir al abandonarla embarazada, aunque yo no lo sabía, y luego perdió a nuestro hijo. Te la regalo como muestra de agradecimiento. Sé feliz y vive una buena vida.

Parece algo avergonzado, pero tras un breve instante de silencio, se aleja, y yo continúo mi camino hacia el mostrador de facturación.

Después de escucharlo, me quedo quieta, sin saber qué hacer. Me ha conmovido tanto su historia y el amor que siente por esa mujer que se me llenan los ojos de lágrimas. El dolor en su mirada era evidente. Espero de corazón que encuentre la felicidad y, que pueda perdonarse por lo que ocurrió, sobre todo porque, como dijo, no lo sabía.

Subo al avión con mi mochila y el ramo de hermosos tulipanes blancos. No tuve el valor de deshacerme de él. Durante el vuelo, paso el tiempo reflexionando sobre todo lo que ha pasado en los últimos días. Estoy decidida a enfrentar cualquier desafío que se presente, ya sea con Bernardo, con mi familia o conmigo misma en este proceso de redescubrimiento.

10



El vuelo desde Boston hasta aquí fue largo y agotador. No conseguí dormir en todo el trayecto. A pesar de haberme tomado el lunes libre, no logré descansar, porque no dejé de pensar en todo lo que pasó. Por eso, hoy estoy llegando tarde a la oficina.

Son las nueve de la mañana, y la plaza de aparcamiento que suelo utilizar está ocupada. Encuentro otra libre y aparco. Me encanta mi rutina y mi trabajo. Cada vez es más fácil seguir adelante. El dolor se ha ido suavizando con el tiempo, pero sigo echando mucho de menos a Diego. Hoy lo extraño tanto que terminé reviviendo recuerdos de nuestro aniversario de boda cuando fui a Boston este fin de semana.

Sé que llenarme de compromisos es una señal de alerta. Lo hago para intentar olvidar, aunque solo consigo reprimir lo que siento. Aun así, no se puede forzar el proceso, pero, poco a poco, lo voy logrando.

Interrumpo mis pensamientos y entro en el ascensor.

Antes de ir a mi despacho, paso por la oficina de mis hermanos para ver cómo están las cosas. Encuentro la puerta abierta y los veo charlando relajados.

—¡Hola, mis gemelos favoritos! —saludo.

—Ey, hermana, entra. ¿Acabas de llegar? —pregunta Léo.

—Sí, acabo de llegar. Se me hizo tarde.

—¿Todo bien? Te tomaste el día libre ayer, llegas más tarde hoy, eso no es muy propio de ti, princesa —comenta Lucca, visiblemente desconfiado.

—Estoy bien, lo juro. Ahora voy a mi despacho, tengo muchos casos que atender —salgo y sigo mi camino.

Al acercarme, me encuentro con mi secretaria.

—Hola, Milena, ¡buenos días! ¿Todo en orden por aquí? —la saludo.

—Sí, Dra. Marianne, buenos días. Llamó una mujer para dejarle un recado.

—¿Qué mujer? ¿Qué dijo? —pregunto, extrañada.

—Se llama Sara. Dijo que recibió su mensaje y quiere encontrarse con usted en una cafetería a una manzana de aquí, a las diez y media. También comentó que le respondió, pero usted no llegó a verlo.

—Ah, sí. Concerté una cita con Sara antes de que fueras mi secretaria. Hablaré con ella. Gracias por avisarme, Milena.

—Dra. Marianne, el sábado vine a la oficina porque me había olvidado una receta médica y necesitaba recogerla. Me encontré con el Dr. Bernardo, preguntó por usted, y le dije que había cancelado su agenda del lunes.

—Está bien, no pasa nada.

Entro en mi despacho y, mientras enciendo el portátil, veo una cajita sobre mi mesa, con una nota al lado. La tomo y empiezo a leer…

Mari, después de dejarte el viernes, no he dejado de pensar en ti y quise darte el tiempo que necesitabas para reflexionar. Por favor, no creas que no me importas; simplemente no quise presionarte en aquel momento.

Solo te pido que no huyas de mí. Necesitamos hablar.

El día de la premiación compré otro regalo para ti. No sé exactamente por qué lo hice, pero al ver aquella pieza delicada, me recordaste tú, y entonces supe que debía comprarla. No sabía cuál era el mejor momento para dártelo, pero creo que ahora puede servir como una disculpa. Espero que lo aceptes y que lo uses.

B.D.V.

No sé ni qué pensar después de leer la nota, pero tomo la cajita y la abro para ver qué contiene. Cuando saco el colgante y veo la medalla con un delicado tulipán grabada en oro, una oleada de emoción me invade por completo. Las imágenes del fin de semana

me golpean de lleno. Recuerdo con total nitidez el instante en que me desahogué frente a la tumba de mi marido fallecido:

Entonces te pido que me perdones por esto. Sé que no vas a volver. A veces me pregunto si debería seguir adelante, si eso es lo que tú querrías que hiciera, o si es lo que harías si estuvieras en mi lugar. Si es así… aún no lo sé. Pero me gustaría que me enviaras una señal, cualquiera, para poder seguir viviendo sin esta culpa de continuar con mi vida después de tu partida. Dime, ¿estoy en el camino correcto?

De inmediato recuerdo el choque con aquel desconocido y su momento de desahogo:

Mira, chica, aún eres muy joven, pero sabes dar buenos consejos. Gracias por cruzarte en mi camino. No voy a rendirme. Esta flor representa la pureza y el perdón: la pureza de mi amor por ella y el perdón por haberla hecho sufrir al dejarla embarazada, aunque yo no lo sabía, y luego perdió a nuestro hijo. Te la regalo como muestra de agradecimiento. Sé feliz y vive una buena vida.

Las lágrimas brotan con fuerza, y siento que el corazón me va a estallar en el pecho por la emoción de todo lo que está ocurriendo.

¿Cómo iba a imaginar que aquel tropiezo en el aeropuerto sería la respuesta que tanto necesitaba? Me fui de allí confundida, sin haber encontrado lo que buscaba y, al final, las respuestas estaban en mis manos, llenas de significado.

¿Cómo pudo Bernardo haber comprado un colgante con la misma flor antes de que yo la recibiera de un desconocido? Si lo hubiera sabido, lo habría abrazado con fuerza y le habría agradecido por cruzarse en mi vida, como él me agradeció a mí.

Algo hizo que nos conociéramos. ¿Qué otra explicación puede haber para encontrarme con ese hombre, si no es obra del destino?

Creo firmemente que, cuando algo está predestinado, simplemente ocurre. Las personas que necesitamos se cruzan en

nuestro camino, y las señales no siempre son claras cuando queremos, pero sí cuando deben aparecer.

Gracias por tu perdón, amor. Necesitaba esto. Necesitaba liberarme del peso de vivir sin ti. Sé que querrías verme feliz. Voy a vivir por ti. Y todo esto, solo puede ser tu forma de darme la respuesta que tanto pedí.

Lo susurro en mi mente, emocionada.

Me pongo el colgante, y el significado de los tulipanes queda grabado en él. Llevaré conmigo para siempre la pureza del amor y el perdón. Tengo que agradecerle a Bernardo. Si él no hubiera hecho lo que hizo, yo no habría ido a Boston y nada de esto habría ocurrido.

Ahora estoy en paz conmigo misma.

Voy al baño, me lavo la cara para mejorar mi aspecto y ocultar que he estado llorando. Me retoco el maquillaje porque tengo que reunirme con mi clienta.



Visualizo el mensaje. La verdad, no había tenido tiempo de revisar el móvil hoy. Es de Sara, una de las exnovias del agresor, a quien pretendo citar como testigo en el "caso *influencer*". Excelente.

Le respondo, confirmando nuestro encuentro en la cafetería dentro de un rato. Aprovecho el tiempo que me queda para leer mis correos y contestar los más importantes.

Veo que ya casi es hora de reunirme con la posible testigo. Espero que esté dispuesta a colaborar, así que decido adelantarme. Cojo mi bolso, el móvil, y, como el lugar está cerca, voy caminando hasta la cafetería.

—Milena, salgo para una reunión. Regreso en, como mucho, una hora. Llámame solo si es urgente.

—De acuerdo, Dra. Marianne.

Camino una manzana hasta llegar al lugar que ella eligió para vernos. Es una cafetería que ya conozco. Me siento en una de las mesas más discretas, en un rincón del local, y pido un vaso de agua mientras espero.

—¿Dra. Marianne Magalhães?

Levanto la mirada y me encuentro con una chica joven, de no más de diecinueve años, muy guapa.

—Hola, soy yo. ¿Tú eres Sara?

—Sí.

—Siéntate aquí a mi lado, Sara. ¿Quieres tomar algo? —Ella niega con la cabeza.

—No sé si ha sido buena idea venir. No quiero más problemas en mi vida.

—Sara, tranquila. No me conoces, pero puedes confiar en mí. Quiero ayudarte, y solo podré hacerlo si me cuentas con sinceridad lo que ocurrió mientras salías con Bruno. —Noto que se pone muy nerviosa al oír su nombre. Mi intuición no fallaba. —Si me ayudas como testigo en un caso que tengo en curso, estarás contribuyendo a que se encarcele a otro agresor. Así evitarás que otras mujeres, tan bonitas como tú, sufran cualquier tipo de violencia. No tienes que tener miedo; podemos protegerte. —Veo que se queda pensativa y vuelve a mirar hacia la entrada de la cafetería.

—¿Prefieres quedarte aquí o te sentirías más cómoda hablando en mi despacho? —le ofrezco las dos opciones para que se sienta segura.

—Podemos ir a tu despacho, creo que allí estaré más tranquila.

Pago la cuenta y caminamos en dirección a la oficina. Ella está visiblemente asustada, mira constantemente hacia los lados.

—¿Estás bien, Sara? —le pregunto, preocupada de verdad por su comportamiento.

—Sí, solo que tengo la sensación de que alguien me sigue, pero seguro es solo el miedo. Por eso elegí un lugar público para vernos.

—Entiendo —respondo, y decido no alargar más la conversación en la calle. Cuanto antes lleguemos a la oficina, mejor para su seguridad.

Entramos al edificio y esperamos el ascensor en la planta baja. Cuando se abren las puertas, subimos juntas. Al llegar, la llevo directamente a mi despacho. Le aviso a Milena que no pase ninguna llamada ni permita la entrada de nadie. Cierro la puerta.

—Sara, siéntete como en casa. ¿Prefieres el sofá o la silla? ¿Quieres beber algo? —le ofrezco con amabilidad, porque se la nota nerviosa.

—La silla está bien. Quiero agua, si tienes.

—Claro que sí.

Abro el minibar, saco dos botellines de agua, le paso uno y bebo el mío. Hace calor y hemos venido caminando hasta aquí.

Sara empieza a contar su historia, y me esfuerzo por no mostrar compasión, porque sé que eso es lo último que necesita.

Me relata cómo conoció al agresor y que mantuvieron una relación durante un año, hasta que comenzaron los insultos y las amenazas cuando intentó dejarlo. Un día, él la empujó y le restregó la cara contra la pared; después intentó estrangularla. Además, cuenta que lo ha visto seguirla varias veces desde que terminaron. Me duele oírla. Ninguna mujer debería pasar por algo así. Por eso lucho con tanta firmeza en estos casos.

—Sara, ¿sabías que en Brasil una mujer es víctima de violencia cada minuto? Millones han sufrido violencia física y sexual por parte de parejas o exparejas. No podemos permitir que ellos queden impunes. Contra eso vamos a luchar. No podemos callarnos cuando esto sucede. Todas merecemos ser felices y vivir en paz.

—Sé que muchas han pasado por lo mismo que yo, pero tengo muchísimo miedo.

Después de orientarla con calma, acepta finalmente denunciar y declarar contra Bruno, sobre todo en relación con el acoso y la persecución. Son muchas las mujeres que viven este tipo de situaciones y no buscan ayuda por miedo.

—Sara, muchas gracias por confiar en mí. A partir de ahora, trabajaré en el caso de mi clienta, y tu testimonio será clave para

que ganemos. Tienes mi contacto; puedes llamarme en cualquier momento, ¿vale? Y si llegas a necesitar ayuda en una situación de urgencia, no dudes en hacerlo.

Nos despedimos y la acompaño hasta la puerta. La dejo abierta y regreso a mi escritorio, donde anoto algunos datos importantes sobre el caso.

Veo que el juez ha fijado la audiencia para dentro de treinta días. Comienzo a revisar todo el expediente para que no se me escape ningún detalle, y, una vez que termino, preparo la acusación.

Constato que el caso está prácticamente ganado. A continuación, envío un correo a Milena para que agende una reunión con mi clienta, Clara. Necesito ponerla al tanto de los avances del caso e informarle sobre la nueva testigo.

Con tanto trabajo, ni me doy cuenta de cómo pasa el tiempo, más aún porque hoy llegué tarde. Envío un mensaje al grupo para confirmar el encuentro con mis amigas y decido arreglarme. Irina pidió que nos viéramos hoy mismo, aunque sea martes, porque tenía algo urgente que contarnos. Dijo que no podía esperar más. Estamos preocupadas y curiosas por saber qué será eso tan importante. Yo, además, necesito desconectar. Ha sido un día agotador.

Entro en el baño de mi despacho y me doy una ducha refrescante para aliviar el calor. Después me aplico crema hidratante por todo el cuerpo: me gusta mantener la piel suave y perfumada. Me seco el cabello y me maquillo con un look más marcado, ¡y queda perfecto!

Me pongo una falda de cuero y una blusa que no requiere sujetador, luego mi perfume favorito y mi pintalabios de siempre. Me calzo unas sandalias de tacón alto y estoy lista. Me miro en el espejo y me siento satisfecha con el resultado para esta noche.

Eligieron un bar en Vila Mariana, así que conduzco durante unos veinticinco minutos hasta llegar al lugar. Está algo lejos, pero valdrá la pena salir con mis amigas. Además, quiero divertirme esta noche; me siento más liviana.

El ambiente del bar es bastante sofisticado y me encanta la iluminación. Diviso la mesa de mis amigas desde lejos, y ellas me

saludan con entusiasmo. A medida que me acerco, me abrazan, me besan y celebran mi llegada. Son mujeres alegres, guapísimas, y siempre llaman la atención allá donde van por su belleza y simpatía.

—Mari, qué alegría que viniste —dice Irina.

—Hoy vamos a olvidarnos de cualquier tristeza y a divertirnos al máximo. ¡Te lo mereces, amiga! —añade Júlia, con entusiasmo.

—Tenía muchísimas ganas de volver a tener un momento así con vosotras. Contadme todas las novedades, sin guardarse nada. Desde que volvimos de la isla, no hemos tenido tiempo para ponernos al día —les digo.

—¿Puedes creer que tus hermanos estaban aquí? Pero ya se fueron, como siempre, acompañados —comenta Júlia, mirando de reojo a Irina.

—¿En serio? No me lo puedo creer. Son unos cretinos de verdad —respondo con fastidio. Si se hubiesen quedado un rato más, los habría visto, y habríamos pasado la noche todos juntos. Quizás así habría evitado ver a mi amiga tan decaída por culpa de mi hermano.

Ella está enamorada de Lucca desde siempre. Han salido algunas veces, pero él rehúye los compromisos, y nadie sabe por qué.

—Ey, amiga, no te pongas así —trato de consolarla.

—Le amo con todo mi corazón. Te confieso, Mari, que he intentado de todo para olvidarme de tu hermano, pero no puedo. Y quizás ahora que me voy, lo consiga por fin.

—¿Cómo que te vas? —pregunta Júlia, visiblemente sorprendida.

—Me apunté para trabajar en una organización humanitaria en el extranjero y me han aceptado —explica Irina.

—Sé que esto es importante para ti, amiga, y de verdad deseo que esta decisión sea lo mejor para tu vida. Como dice el dicho: *si está destinado a ser, el universo lo traerá de vuelta*. Y quién sabe, quizás un día te conviertas oficialmente en mi primera cuñada —digo con sinceridad, porque realmente creo que entre ellos podría funcionar.

Irina nos cuenta sus planes mientras pedimos una ración grande de patatas fritas y unos cócteles de fresa y kiwi. Nos preocupamos por su decisión, pero decidimos dejar a un lado los temores. Conocemos a nuestra amiga, y sabemos que es una mujer responsable y reflexiva con sus elecciones.

Charlamos durante un buen rato y pedimos otra ronda de bebidas. Las caipiriñas llegan a nuestra mesa y empiezo a notar que me está subiendo el alcohol, así que pido un vaso de agua para equilibrar, que estamos a principios de semana.

Bebo toda el agua de un solo trago y me entran ganas de ir al baño. Aviso a las chicas y, al levantarme, siento un leve mareo. Me río, pero no me siento borracha. Estoy plenamente consciente de lo que hago.

Hay una pequeña fila en la entrada del baño, así que espero mi turno y entro para hacer mis necesidades. Me lavo las manos y me miro en el espejo. Tengo los ojos algo rojos y una sensación de ligereza. Debe de ser el efecto del alcohol. Me retoco el pintalabios y vuelvo al bar.

La gente baila animadamente al otro lado del local. Miro alrededor y, a lo lejos, lo veo sentado en un sofá de cuero negro. No me lo puedo creer… Bernardo está aquí.

No lo he visto ni he hablado con él desde aquel casi beso. He pensado mucho en todo lo que pasó y me ha impresionado su paciencia. No me presionó, me dio espacio para procesar lo que sentía. No fue impulsivo, no me bombardeó con mensajes ni llamadas, simplemente mostró empatía. Esta vez fui yo quien se desesperó. Me siento avergonzada y sé que tengo que aclarar las cosas, aunque todavía no le voy a contar lo de Boston, ni lo que descubrí allí, ni todas las respuestas que encontré en ese viaje. Lo haré cuando sienta que ha llegado el momento.

Tampoco tuve la oportunidad de agradecerle por el colgante que me regaló, que ha cobrado un significado tan profundo para mí.

—¡Del Valle! —me siento en el sofá junto a él, lo que le hace girarse sorprendido.

—¡Doctora Marianne! —me saluda con formalidad.

—Nada de doctora, aquí solo soy Mari. ¿Qué haces aquí solo?

—Estaba con tus hermanos hasta hace un rato, pero decidieron terminar la noche y yo me quedé para acabar mi copa —responde, levantando su vaso de whisky con una sonrisa.

Qué sonrisa tan bonita tiene…

—¿Te quedaste para terminar la copa o para conseguir compañía? —le digo. Él niega con la cabeza y se ríe.

—Mari, no soy capaz de hacer eso. No dejas de dar vueltas en mi cabeza. Hay algo pendiente entre nosotros. Me quedé solo para acabar la copa, de verdad —dice sin apartar la mirada de la mía.

Me acerco a él, paso las manos por el cuello de su camisa y le susurro al oído:

—¿Sabes, Bernardo? No consigo sacarte de mi cabeza desde aquel casi beso. Basta con mirarte y me imagino cómo sabría tu boca. —No sé de dónde me viene esta osadía; debe de ser el efecto de la bebida.

Él abre mucho los ojos, sorprendido por lo que acabo de decir. En ese momento, ¡hasta yo misma me sorprendo! Me mira a los ojos con intensidad, baja la mirada hasta mi cuello y ve el colgante.

—Mari, estás usando el colgante. Me alegra que hayas aceptado mi regalo. Te queda muy bien —dice, mientras acaricia mi rostro.

—Huí de ti, Bernardo. Me fui a Boston en busca de respuestas para mi vida. Mientras estuve allí, reviví muchas cosas. No encontré lo que buscaba, pero cuando volví a mi despacho y encontré tu colgante, todo cobró sentido. Por eso lo llevo puesto. Tiene un significado muy importante para mí. Gracias por el regalo —agradezco, mientras sujeto el colgante.

—Me alegra saberlo, Mari.

—Tenemos mucho de qué hablar, lo sé, pero antes… ¿puedo darte un abrazo? —Él asiente con un leve gesto, y yo lo abrazo.

Siento que el corazón se me dispara y noto un cosquilLéo en el estómago por la cercanía. Me aparto y lo miro a los ojos verdes más bonitos que he visto jamás. Me acerco una vez más e intento besarlo.

—Mari, no te imaginas cuánto deseo esto, pero no quiero que te arrepientas después o que mañana no lo recuerdes. Has bebido un poco de más, y podemos hacerlo en otro momento —dice Bernardo, imponiendo una distancia.

—No estoy borracha, solo ligeramente bebida —digo, y me levanto para demostrarle que aún mantengo el equilibrio.

Me pongo de pie frente a él, y me mira con muchísima intensidad. Veo que me desea, y eso despierta sensaciones dormidas en mi cuerpo; tengo la piel erizada y los pezones endurecidos.

Él lo nota mientras bebe un sorbo de su whisky, que baja despacio por su garganta. Sigo cada uno de sus movimientos, le quito el vaso de la mano y bebo un poco, alejándolo por la cantidad de alcohol.

—Mari, ¿qué te parece si te llevo a casa? Dejamos tu coche aquí y mañana vengo a buscarlo. No puedes conducir así.

—Bernardo, ¿y si vamos a tu casa? —Me acerco aún más a él y me siento sobre sus piernas.

Estoy muy cerca, mi nariz roza la suya, siento su respiración. Necesito besarlo, saber a qué sabe su boca. Él desea lo mismo, lo veo en sus ojos, pero está cauteloso, esperando que yo dé el paso, y eso es lo que hago.

Sin pensarlo, acerco mis labios a los suyos, y nos besamos por primera vez.

Él me besa la boca con muchas ganas, y yo, sin duda, correspondo, entregándome por completo en ese beso.

—Tenía muchísimas ganas de besarte aquel día. Qué boca tan rica tienes, Mari.

Me acerco aún más, pego mi cuerpo al suyo y estoy en una posición que me permite sentir su excitación. Su polla está dura y, desde donde estoy, él puede ver mi diminuta braguita de encaje negro.

—Joder, será mejor que paremos, Mari, antes de que alguien vea más de la cuenta —dice Bernardo con la voz alterada en mi oído, y yo vuelvo a besarlo.

Aunque he bebido un poco más de lo que suelo, sé perfectamente las reacciones que este beso despierta en mí. Su

beso es bueno, suave, su boca es blanda.

Deslizo mis dedos entre su pelo. La intensidad y el sabor a whisky lo vuelven más caliente, haciéndome desear profundizar aún más el beso. Mi lengua se encuentra con la suya, y nuestros sabores se mezclan.

Le muerdo suavemente los labios. Dejo de besarlo, lo miro a los ojos y nos quedamos así.

—Mari, estamos en un lugar público, estás ebria. Tenemos que parar esto antes de que la situación se nos vaya de las manos y luego te arrepientas.

Me aparta de su regazo sin mucha dificultad, y nos quedamos sentados en silencio un rato.

—Mira cómo me has dejado, Mari. Tengo una erección de la hostia. —Lo miro con picardía.

Es un hombre experimentado, sabe lo que hace con la boca. La forma en que me sostuvo contra su cuerpo, el autocontrol para no dejar que la situación se desbordara. Ni siquiera hacía falta que me dijera lo de su erección, porque ya lo había sentido todo frotándose contra mí.

Soy joven, y Bernardo ha despertado en mí deseos que estaban dormidos. Si no estuviéramos en el sofá de un bar, me rendiría fácilmente a él.

—Qué locura, Mari. Imagina que vuelven tus hermanos. Me matarían, seguro. Sabes que, si no hubieses bebido tanto, lo haría todo encantado, pero no aquí. Jamás me aprovecharía de tu fragilidad. —Me sujeta con sus manos grandes—. Anda, voy a llevarte a casa, princesa.

11

Bernardo Del Valle

Decido llevar a Marianne a casa. No está borracha, pero parece algo alterada, y no tengo ni idea de si estaba acompañada por alguna amiga, aunque prefiero llevarla yo, porque, si le pasa algo, los gemelos me matan.

Al salir del bar, tengo la impresión de haber visto a Valentina, pero ahora no me preocupa. La coloco en el asiento del copiloto y le abrocho el cinturón alrededor del cuerpo. Durante el trayecto, acaba quedándose dormida.

Cuando llegamos al edificio, intento despertarla, pero no responde. Como no está acostumbrada a beber, parece que se ha quedado completamente dormida. Subo en el ascensor con ella en brazos hasta llegar a su piso, saco la llave de su bolso y abro la puerta.

La llevo hasta el dormitorio, la acuesto en la cama, le quito las sandalias y la dejo con la misma ropa. La tapo con el edredón y me siento en el sillón junto a la ventana. Me quedaré aquí por si se encuentra mal y puedo ayudarla rápidamente. Me quito los zapatos y me quedo solo con los calcetines mientras repaso en mi mente todo lo que ha pasado esta noche. Es increíble. He besado a la hermana de mis mejores amigos y no tengo ni idea de cómo van a reaccionar cuando se enteren.

Durante la noche, empieza a llamar por el nombre de su marido fallecido y murmura cosas incomprensibles. La situación es complicada, porque lo pasó muy mal con su pérdida, y mis amigos siempre mencionaban su preocupación por su estado emocional.

De tanto pensar en la situación de Marianne, acabo quedándome dormido.

Me despierto sobresaltado por un grito, casi cayéndome del sillón del susto. Paso las manos por el pelo y me levanto para ir hasta ella.

—¿Qué pasa, Mari? —pregunto, preocupado.

—¿Qué haces aquí? No me digas que ha pasado algo entre nosotros… —pregunta ella.

—Mari, tranquila, no ha pasado nada entre nosotros. Estábamos en el mismo bar, bebiste más de la cuenta y te traje a casa. Me quedé aquí porque estaba preocupado por ti —respondo con sinceridad.

—¡Ah, está bien! —Ella levanta el edredón y se da cuenta de que lleva la misma ropa de la noche anterior, pareciendo aliviada—. Necesito una ducha, debo de estar hecha un desastre. Ponte cómodo, Bernardo.

—Mientras te duchas, voy a prepararte un café bien cargado y algo para que comamos —ofrezco, pensando en pasar más tiempo con ella.

—Está bien, ponte cómodo. Gracias por haberte quedado aquí y por cuidarme.

Utilizo todos los ingredientes disponibles para preparar algo ligero que ayude con la resaca. Veo a Marianne parada en la entrada de la cocina; tiene el pelo mojado y el rostro limpio. Está preciosa sin maquillaje.

—Huele bien. ¿Qué hiciste? —sonríe.

—Hice café, tortitas de plátano, zumo de acerola y corté unas rodajas de melón. Come, te ayudará con la resaca.

—Estoy un poco mareada, pero intentaré comer todo. Has sido muy amable conmigo.

—Haría cualquier cosa por ti, Mari. Quiero que estés bien —le hablo con sinceridad.

Desayunamos juntos y después recogemos la cocina en silencio. En cuanto terminamos, vamos al salón y nos sentamos uno al lado del otro.

—Mari, tenemos que hablar sobre lo de anoche —empiezo a decir, ansioso por ver cuál será su reacción.

Estoy en su salón, y siento cómo el corazón se me acelera y un nudo en el estómago. No sé si se acuerda del beso; me gustaría que lo recordase, pero no tengo ni idea de cómo va a reaccionar cuando le diga la verdad. Sin embargo, tengo que hacerlo. No voy a huir como hizo ella.

—¿Hice alguna locura? —pregunta con preocupación. Eso demuestra que realmente bebió lo suficiente como para no recordar mucho.

—Anoche, estaba en el bar, como te había dicho. No te había visto en ningún momento hasta que llegaste y te sentaste a mi lado en aquel sofá. Hablamos, empezaste a acercarte, y nos besamos. Luego te sentaste en mi regazo, y antes de que las cosas se pusieran más intensas entre nosotros, decidí traerte a casa —le revelo todo lo que pasó entre nosotros. Tiene que afrontar las consecuencias.

—¡Ay, Dios mío, no puedo creer que haya hecho eso, que te haya besado! Bernardo, te pido disculpas por la situación. Jamás tendría ese comportamiento si estuviera sobria, y mucho menos en un lugar público.

—Mari, tranquila, lo sé, pero al mismo tiempo necesito decirte que correspondí a tu beso, ¡y que me gustó, me gustó muchísimo! Sé que perdiste a tu marido hace poco, lo respeto, pero tengo que decirte que sentí una atracción diferente por ti, no puedo irme de este piso sin decírtelo. —Ella simplemente se sonroja cuando se lo cuento.

—Bernardo, no sé qué decir. Estoy muy avergonzada por todo lo que acabas de decirme.

Me acerco despacio, paso la mano por su rostro, aparto un mechón de su pelo detrás de la oreja y beso su frente. Ella no se aparta. Le doy un beso en la mejilla y casi rozo con mis labios la comisura de su boca, pero me detengo.

—¡Joder, Mari! Eres perfecta, me encantaría besarte ahora mismo, pero sé que necesitas tiempo para poner tus ideas en orden. Veo la confusión en tus ojos. No te sientas culpable. Te lo voy a poner fácil, y cuando estés lista para dar ese paso, volvemos a hablar. Tenemos que ir a recoger tu coche, se quedó en el

aparcamiento del bar. Yo te llevo, y luego tú vuelves conduciendo, ¿te parece?

—Está bien, gracias otra vez, Bernardo. Eres un hombre maravilloso.

Salimos juntos en mi coche para ir a buscar el suyo, y el silencio entre nosotros es incómodo. Sé el motivo: se siente culpable o está pensando en qué hacer a partir de ahora. Le voy a dar su espacio, respetar el tiempo que necesite, y si llega a pasar algo entre nosotros, será por iniciativa suya. Yo sabré esperar.

Paramos frente al bar, y me bajo con ella, acompañándola hasta el aparcamiento.

—Mari, ¿estás bien? —pregunto.

—Sí, solo estoy pensando en todo lo que ha pasado.

—De acuerdo. Cuando quieras hablar sobre lo que pasó entre nosotros, estaré esperándote.

—Está bien, solo no comentes nada de esto con mis hermanos, por ahora.

—A tu ritmo, Mari. Cuídate. —Me despido de ella con un abrazo y sigo mi camino.

Entro en mi coche y espero a que ella salga con el suyo. Como vamos al mismo sitio, la sigo hasta que llegamos a nuestro barrio.

No estoy acostumbrado a pasar más de unas horas al lado de una mujer, pero con ella pasé toda la noche; no literalmente, pero la cuidé, dormí en el sillón de su habitación. He salido con muchas mujeres a lo largo de mi vida, pero con ella fue diferente. Nunca me había sentido tan bien. Es delicada, inteligente, sincera. Simplemente, es perfecta. Y llegué a esa conclusión después de un beso. Un solo beso increíble de una mujer diez años menor que yo, sin haberme acostado con ella siquiera.



Al día siguiente, llego a la oficina a la hora habitual y voy directo al despacho de Lucca. Entro y encuentro a los gemelos juntos.

—¡Eh, chicos, buenos días! Ayer os marchasteis temprano del bar.

—Sí —responden los dos—. Ya sabes cómo es, empieza la semana y conocimos a unas tías buenas. ¿Y tú? ¿Ligaste con alguna buenorra de allí?

—Sí. —*Con tu hermana, pienso, pero no puedo decirlo ahora*.

—¿Y cómo era? —pregunta Lucca.

—Prefiero no comentar. —Los dos se miran, pero no dicen nada—. ¿Tenemos algún caso importante esta semana? —Cambio de tema.

—Solo los casos en curso. Todo está bajo control —informa Léo.

—Vale. Me voy a mi despacho, tengo cosas de la bodega que resolver.

Entro en mi despacho y me encuentro a Valentina sentada en mi silla.

—¿Qué haces aquí, Valentina? ¿Quién te dio permiso para entrar en mi despacho en mi ausencia?

—Vaya, ¿estás de mal humor? ¿Anoche no fue tan buena como esperabas?

—Ya te he dicho que no tengo por qué darte explicaciones de lo que hago. —Ella suelta una carcajada.

—Así que el ilustre Bernardo Del Valle está saliendo con la hermanita de Lucca y Leonardo. ¿Tus mejores amigos ya saben de esta novedad? Que os estabais enrollando en público justo después de que ellos se fueran del local. —Así que, efectivamente, era ella la que estaba en el bar.

—Escucha bien lo que voy a decirte, porque no suelo repetir las cosas. Ya te dije que lo nuestro era solo sexo. De hecho, fue solo eso. A partir de ahora, será mejor que no vuelva a pasar. Estás confundiendo las cosas, me estás siguiendo, eso no es normal, y la única que va a salir perjudicada eres tú.

—Siempre fui sincero contigo. Ha llegado la hora de que sigas con tu vida. No te debo explicaciones, y no te tiene que importar con quién salgo o dejo de salir. Aun así, quiero que seas feliz, ¿entiendes, Valentina? —Sé que mi tono no fue el mejor, pero estoy harto, joder.

—Bernardo, el que no entiende eres tú, pero tengo paciencia y te lo voy a explicar: tú eres mío, solo mío y de nadie más. Así que diviértete con ella o con cualquier otra que se te antoje, pero al final vas a volver a mí.

Suelta eso creyendo que tiene el control, que tiene algún poder sobre mí, y simplemente sale de mi despacho. Necesito redoblar mi atención con Valentina. Está obsesionada, siempre ha sido impulsiva, pero no tiene el control. Y ahora, Mari está en su punto de mira.



Han pasado dos semanas desde aquel fin de semana en que Mari y yo nos besamos. La veo en la oficina, tenemos reuniones juntos, incluso comemos juntos, pero delante de sus hermanos no menciona nada. La tensión entre nosotros crece con cada mirada que cruzamos en las reuniones. Cuando estamos en el despacho de los gemelos, estoy al borde de ir hasta su sala y besarla. Nunca me había sentido tan fascinado por alguien. Me tiene hechizado. Solo puedo pensar en ella sentada sobre mis piernas y en ese maldito beso.

Eso es lo que voy a hacer. Voy a hablar con ella. Me levanto de mi silla, me abrocho el botón de la chaqueta, y alguien llama a la puerta de mi despacho.

—Adelante —respondo con el tono de voz alterado.

—Hola, Bernardo.

—Hola, Mari. —Joder, no me lo puedo creer, está aquí.

Marianne entra en mi despacho y cierra la puerta tras de sí. Camina hasta donde estoy de pie, justo cuando iba a salir para ir a verla.

—He venido a decirte que he pensado mucho en aquel día, en todo lo que ha pasado en mi vida hasta ahora. Creo que quiero esto… en realidad, necesito tanto volver a besar tu boca, yo quiero...

No espero a que termine de hablar. Me acerco a ella y tomo su boca en un beso. Estaba loco por ella. En realidad, no sabía cuánto la deseaba hasta volver a sentir su sabor.

El encaje de nuestras bocas es perfecto. El beso es urgente. Rodeo su cintura y la aprieto contra la puerta. Nuestro beso sigue el ritmo del otro, sin prisas. Mi lengua encuentra la suya, haciendo de este momento algo envolvente. Ella se entrega por completo al beso. Se frota contra mi erección, y yo presiono su cuerpo aún más contra el mío. Le muerdo los labios con suavidad, saboreando su gusto. Interrumpo el beso y paso mi lengua por su cuello. Su perfume es delicioso. Esta mujer es perfecta para mí.

Me abraza con ternura mientras me besa. Detenemos el beso y quedamos con las frentes apoyadas, inmersos en una mirada que lo dice todo: nos necesitamos.

—Mari, ¿aceptas venir conmigo a Paraty este fin de semana? Solo nosotros dos.

—Leíste mis pensamientos. Me encantó ese lugar, y me encantaría pasar unos días allí contigo —responde con timidez.

Beso a Marianne una vez más, hasta que su móvil interrumpe el momento.

—Tengo que irme, tengo una clienta ahora.

—De acuerdo. Voy a planear nuestro fin de semana.

Marianne sale de mi despacho, y ya sé exactamente qué hacer. Ella se lo merece, y voy a hacer por ella lo que nunca hice por ninguna otra. Tomo el teléfono y le mando un mensaje a mi casero para que prepare algunas cosas; le envío la lista con todo lo que necesito y le pido que deje el lugar impecable para el sábado.

Entro a la reunión con los ingenieros que construirán la nueva bodega en la finca. La que tenemos ahora es grande, pero su estructura no va a soportar la próxima producción. Repaso

nuevamente las instrucciones del proyecto y dejo agendada la próxima reunión para revisar el avance de la obra. Ya han empezado la construcción, y en las próximas semanas tendré que ir allí con más frecuencia.



La semana se ha hecho eterna. Nunca estuve tan ansioso por una cita. Ya es sábado por la mañana, y estoy esperando a Mari frente a su edificio. No quiso ir hasta mi casa para no correr el riesgo de encontrarse con sus hermanos, y la probabilidad es alta, porque prácticamente somos vecinos de bloque.

Aparece en la portería, y está preciosa, con una blusa de manga larga azul clara y un short blanco. Su melena suelta enmarca su rostro delicado y perfecto.

En cuanto entra en el coche, le doy un beso rápido. No podemos perder tiempo, estamos justos para la hora del despegue. Vamos en helicóptero, es más rápido, y así no tengo que concentrarme en el tráfico, solo en ella.

—Hola, Mari.

—Hola, Bernardo.

—¿Estás ilusionada con nuestro fin de semana?

—Mucho. —Sonríe y me mira con esos ojos azules, los más hermosos que he visto en mi vida. Parecen dos piscinas naturales que me transmiten calma y me provocan unas ganas inmensas de zambullirme en ellos.

—Si en algún momento quieres dar marcha atrás, solo dímelo, Mari. Jamás te obligaría a hacer algo que no desees de verdad.

—Lo sé, Bernardo. Confío en ti.

Llegamos al lugar de embarque, y Will ya nos está esperando.

—Eh, Will, ¿todo bien? Ella es Marianne, la hermana de los gemelos.

—Bienvenida, señorita. Es un placer tenerla a bordo de mi vuelo.

—Gracias, Will. —Le responde con un apretón de manos. Marianne siempre es amable y educada con la gente.

Subimos al helicóptero, y le tomo la mano para ayudarla a entrar. Solo veo la marca de una alianza que ha sido retirada hace poco. Eso me da más seguridad de que sabe lo que está haciendo y de que realmente está lista para este paso. Me hace feliz de la hostia. La admiro muchísimo. Es muy joven, pero sabe lo que quiere. No voy a tocar el tema, a menos que ella lo haga primero.

—Ya hemos llegado a Paraty —nos avisa Will, y baja para ayudarnos con el equipaje.

—Gracias por traernos sanos y salvos, Will. Puedes ir a descansar.

Marianne y yo caminamos hasta el lugar donde está anclado el yate. Esta vez, estamos solo nosotros dos. Yo lo piloto, y ella se sienta a mi lado, disfrutando del paisaje. El día está precioso, el viento revuelve su pelo, y parece encajar perfectamente con este lugar. Es evidente lo ligera que se siente.

Anclo el yate cerca del embarcadero de madera y la ayudo a bajar. No trajimos muchas cosas, solo lo necesario para dos días. Mis expectativas están por las nubes. En cuanto subo al embarcadero, veo que todo está tal y como lo había planeado.

El casero ha dejado el desayuno preparado. Cojo las cosas y las coloco en la mesa del embarcadero. Nos sentamos a desayunar.

—¡Me encanta desayunar aquí, Bernardo! La naturaleza, la brisa del mar, el viento, el sol de la mañana, esta combinación es perfecta para mí.

—Estoy de acuerdo. Durante el trayecto en yate estuve pensando en lo mucho que encajas con este lugar. Soy afortunado de tenerte conmigo hoy.

Marianne acerca su silla a la mía y me abraza. Permanecemos así durante unos instantes. Me pregunto cuándo empecé a verla de forma diferente, pero estando aquí, puedo afirmar que fue en esa playa justo enfrente donde sentí por primera vez una conexión con ella.

Fue cuando la vi frágil y quise marcar la diferencia en su día triste. Sentí un deseo profundo de protegerla del dolor, de transformar pesadillas en sueños, lágrimas en recuerdos felices. Eso es, quiero hacerla feliz. La vendedora de joyas tenía razón, ella ya se había vuelto especial para mí.

—¿Qué te apetece hacer ahora?

—¡Zambullirme en este mar perfecto!

—Entonces, vamos...

—¿Tal como estamos?

—Como tú quieras, princesa.

Sin pensarlo dos veces, saltamos juntos al mar, buceamos hasta el fondo y subimos. Al acercarnos el uno al otro, ni siquiera el agua fría del mar fue capaz de calmar la tensión que se formó entre nosotros. Nuestras miradas evidencian el deseo que estábamos sintiendo. Lo veo cuando la miro, y puedo apostar que ella ve lo mismo cuando me mira a mí. Es lo que siento ahora.

La tomo entre mis brazos y beso su boca despacio. La intensidad del beso acelera mi corazón. Por primera vez, siento algo diferente al besar a una mujer. Siento pasión y urgencia por hacerla mía. Ella entrelaza las piernas en torno a mi cintura y rodea mi cuello con los brazos. Tiene una forma de ser que me vuelve loco. Quiero conocer todos sus detalles, todas sus facetas. Solo con besar su boca ya sé que no habrá nadie igual. Creo que ya me ha atrapado. No hay vuelta atrás.

—Creo que deberíamos volver al embarcadero, allí es más cómodo —sugiero.

—Solo un poco más... —murmura mientras me besa.

Su mano aprieta suavemente sobre mis shorts, y mi excitación aumenta cuando se desliza hacia el interior, rodeando mi miembro.

—Mari... —Ella no se detiene y empieza a acariciarme bajo el agua.

Su destreza es perfecta, y dejo escapar un gemido contra sus labios. Sin poder resistirme, aprieto sus pechos firmes y paso mi dedo por el pezón endurecido.

—Ahh, ¡Bernardo! Deseo tanto sentirte dentro de mí.

—Mari, si no paras, voy a acabar corriéndome en tu mano —digo, sintiendo un deseo ardiente por ella.

—Entonces córrete para mí, Bernardo.

¡Y me corro!

Esta mujer me está haciendo perder el control. Este ha sido nuestro contacto más íntimo desde el beso, y no puedo dejar de pensar en hacerle el amor profundamente. No obstante, voy despacio.

Nadamos de vuelta hasta la escalera de madera y subimos al embarcadero con la ropa empapada. La blusa azul de Mari está pegada a su cuerpo, mostrando sus curvas y el contorno de sus pechos.

—Voy a buscar una toalla para ti —aviso.

—¡Vale!

Cojo una toalla en el baño que está aquí abajo. Cuando vuelvo al embarcadero, ella ya no lleva la parte de arriba de la blusa, solo el short y un sujetador blanco. Es demasiado perfecta. Juntamos nuestras sillas y nos tumbamos a tomar el sol.

—Mari, ¿cuáles son tus planes para el futuro?

—Ser investigadora en la policía. Por eso hice mi especialización y estoy estudiando mucho.

—¡Interesante!

—¿Y los tuyos, Bernardo?

—Tengo un proyecto de expansión de la bodega. Quiero convertirme en el mayor productor de vinos finos de Brasil. La construcción comenzó esta semana.

—Tu plan es ambicioso, y tus vinos son deliciosos. Estoy segura de que lo conseguirás.

—Es una inversión alta, Mari. Por eso necesito dedicarme a tiempo completo.

—¿Vas a tener que mudarte a Flores da Cunha?

—Estos días mi padre me preguntó lo mismo, pero por ahora eso no está en mis planes.

—¡Me parece genial que sigas aquí!

—¿Ah, sí? —pregunto, acercando su cuerpo al mío y la beso.

Las cosas empiezan a calentarse siempre que nos besamos, y cada vez me cuesta más resistirme a ella. No quiero que piense que la traje aquí con la intención de que nos involucráramos físicamente, por eso estoy yendo despacio con ella.

—Mari, necesito confesarte una cosa —le digo en voz baja al oído.

—¿Confesarte? —me mira intrigada.

—Sí. ¿Recuerdas la primera cena a la que fui en tu casa? Ya hace algunos años. En aquel entonces, tú aún eras muy joven y estabas soltera. Desde ese día, empecé a fijarme en ti, en lo guapísima que eres. En otras ocasiones te deseé en silencio, y cuanto más pasaba el tiempo, más hermosa te veía, pero tú eras prohibida para mí.

—Nunca me dijiste nada —dice, sorprendida por mi confesión.

—Además de ser la hermana de mis mejores amigos, estaba nuestra diferencia de edad. Solo tenías 17 años. Lucca ya me pilló mirándote más de una vez, pero nunca hablé de ello con él, con nadie, en realidad.

—Lo entiendo, pero después de aquella cena nos vimos tantas veces...

—Mari, te deseaba tanto, pero la amistad y la lealtad hacia tus hermanos me impidieron hacer algo en aquel momento. No podía traicionar su confianza.

—¿Y qué ha cambiado ahora?

—¡Todo! Cuando empezaste a salir con alguien y después te casaste, supe con certeza que había tomado la decisión correcta al alejarme de ti, al no ceder al deseo, para preservar mi amistad con ellos. Fue lo correcto. Tras la muerte de tu marido, y siento mucho que hayas tenido que pasar por eso, volviste, y ahora estoy luchando por mi oportunidad. Estoy dispuesto a intentarlo. ¿Y tú, Mari?

—Tal vez este sea el momento adecuado para nosotros. Estoy dispuesta a seguir adelante, a empezar de nuevo ahora que nos hemos reencontrado.

—Joder... Te deseo tanto, Mari... —digo mientras acaricio su hermoso rostro.

Ella me mira con deseo y expectativa. Acerco mis labios a los suyos y la beso. Creo que nunca me voy a cansar de este beso. He descubierto que eso era lo que me faltaba para permitirme tener una relación: esta conexión.

Ella desliza sus manos por mi pelo, despeinándolo. Me encanta lo dispuesta que está a aceptarme.

—Ahora que tú has confesado tu secreto prohibido, yo voy a hacer lo mismo.

—¿Qué vas a contarme, princesa?

—Muchas veces me di cuenta de que me mirabas, y yo devolvía cada mirada. Tú eras mayor, atractivo, increíblemente atractivo. Para mí, eras inalcanzable. Yo solo era una chica llena de deseos, y tú, un hombre hecho y derecho.

—Guau, Mari, si supieras cuántas veces quise rendirme, en cada encuentro, en cada fiesta.

—Entonces, ¡no perdamos más tiempo!

—No lo dudes, princesa. No voy a dejarte ir.

Pasamos el día juntos, y cuando se acercaban las seis de la tarde, le avisé que íbamos a cenar fuera. Ella fue a ducharse, y yo también fui a prepararme. Recibo un mensaje en el móvil diciendo que todo está listo.

Mari sale del cuarto y viene hacia mí. Lleva un conjunto: la parte de arriba cubre solo sus pechos y parte de su vientre plano, y la falda es amplia y le llega hasta la mitad de los muslos torneados, lo que la realza y la hace ver muy guapa.

—Estoy lista, Bernardo.

—Estás guapísima, Mari. Espero que te guste la sorpresa que preparé para esta noche.

—Estoy intrigada por saber qué has planeado, pero con solo estar en este lugar ya me siento feliz. Es tan perfecto.

—A mí también me encanta estar aquí contigo.

Le cojo la mano y salimos por la puerta trasera del loft. Caminamos un poco por el sendero que bordea la vegetación en dirección a la playa. A medida que nos acercamos al sitio donde cenaremos, comienzan a aparecer velas que forman un camino

sobre la arena, guiando hasta la mesa donde tendremos nuestra cena.

Cerca de la mesa hay una hoguera que ayuda a iluminar el ambiente, creando un contraste fascinante entre el fuego y la arena. Observo sus reacciones cuando mira a su alrededor y se da cuenta de todos los detalles.

—Vaya... No me creo que hayas hecho todo esto. Está perfecto, Bernardo.

—Lo hice por ti, Mari.

—Jamás habría imaginado que harías algo así —dice, sonriendo.

—Contigo no podría ser de otro modo.

Es una mujer joven. Cuando huyó a Boston y volvió, no hablamos sobre lo que ocurrió allí, pero regresó más ligera y dispuesta a empezar de nuevo.

No le pregunté qué pasó. No es por falta de interés, todo lo contrario. Quiero que se sienta libre de compartir conmigo solo lo que quiera, cuando se sienta preparada. Si hay algo que he aprendido a mis 35 años, es que hay cosas que guardamos solo para nosotros mismos y cosas que podemos compartir, y solo nosotros sabemos distinguir entre una y otra.

Nos sentamos a la mesa para cenar. Le sirvo mi mejor vino y brindamos por la noche. El menú que elegí es ligero: salmón al horno con romero, patatas gratinadas a los cuatro quesos y ensalada.

—Bernardo, la cena está deliciosa.

—La preparó el chef de la Villa da Lua. Ellos organizaron todo para nosotros.

—Todo lo que has planeado es precioso, pero voy a tener que romper un poco el ambiente, porque necesito hablar sobre el día en que huí de ti...

—Mari, a tu ritmo, no te sientas presionada.

—Es importante, Bernardo. Aquella noche estaba aterrada. Compré un billete de madrugada a Boston. ¿Tienes idea de lo confundida que me sentía? Casi te besé llevando aún mi alianza de

boda. Para mí, eso fue terrible. Sentí que había deshonrado a mi marido.

—Perdóname por haber provocado eso.

—¡No te disculpes! Lo necesitaba, y ni siquiera lo sabía. Me culpaba por estar viva mientras él ya no lo estaba. Juré ante aquella tumba que jamás volvería a amar a otra persona ni me casaría de nuevo. Pero tú apareciste, desordenando mis sentimientos, rompiendo esa barrera, haciéndome sentir. Me estremecía cuando me tocabas, aunque fuera de forma sencilla, como al abrocharme el collar al cuello.

Amo la sensibilidad de esta mujer y cada detalle que la hace aún más perfecta.

—No tenía ni idea de que te sentías así.

—Siguiendo... fui a Boston en busca de respuestas, y sucedieron una serie de cosas inesperadas, desde el aeropuerto hasta el momento en que llegué a la oficina. Encontré aquella cajita con un colgante con una tulipa grabada. El significado fue muy claro para mí: la pureza del amor y el perdón. Significaba que puedo volver a empezar.

Una lágrima resbala por su hermoso rostro.

—Eres tan fuerte, Mari. —Le tomo la mano bajo la mesa, y ella sonríe.

—Anoche, antes de venir a este lugar contigo, antes de dar el primer paso, reuní el valor para romper el último lazo con mi marido. Me quité nuestra alianza de boda y la guardé en una cajita junto con otros buenos recuerdos. Al fin y al cabo, él fue una parte bonita de mi vida.

—Gracias por compartir esos detalles importantes de tu vida conmigo. Ahora puedo entenderte mejor.

Me levanto y la abrazo con fuerza.

Ella me da un beso suave en los labios. No puedo expresar lo increíble que es. Es hermosa, inteligente, fuerte, pero al mismo tiempo dulce en ciertos momentos, cuando me abraza, y encantadora mientras habla y gesticula.

12

Marianne Magalhães

Después de hablar, me sentí más ligera, me liberé del pasado y estoy lista para empezar de nuevo. Nunca olvidaré a mi marido; lo amé, pero ya no está. Ahora, la vida será sobre nuevos comienzos, nuevos amores y una segunda oportunidad para vivir y amar.

Tomo un poco de vino y me acerco a él, sentándome en su regazo. Aprovecho ese momento para besarlo, porque he descubierto que ese es mi nuevo vicio.

—Sabes, Bernardo, eres como tu propio vino...

—¿Cómo así, Mari?

—Equilibrado, brillante y poderoso.

—¿Y por qué dices eso? —pregunta, curioso.

—Porque desde que llegamos aquí, noto que estás dudando entre ir despacio o dejarte llevar por tus instintos y hacerme tuya. Tus ojos verdes brillan de deseo, y para rematar, tienes el poder de despertar en mí deseos profundos y dormidos.

—Joder, Marianne, no puedes decirle eso a un hombre como yo.

—Tú decides ahora si vas a seguir siendo sensato o si vas a hacer lo que realmente deseas.

—¿De verdad tienes 25 años?

—Exactamente —respondo con una sonrisa.

Le dejé claro que podía tener todo lo que quisiera de mí esa noche. Rodeé su cuello con mis brazos y lo besé lentamente.

—Mari, por más que te desee, este no es el lugar adecuado para hacerte mía. Además, nos espera el postre en el embarcadero. ¿Qué te parece si volvemos?

—Entonces, vamos a por el postre, Bernardo.

Regresamos caminando al loft. En cuanto cruzamos la puerta, fuimos directamente al embarcadero. Si quería impresionarme, lo consiguió; el lugar estaba lleno de pequeñas luces colgantes, y sobre la mesa estaba mi postre favorito: tarta de queso con frutos rojos. Además, había una cubitera con vino blanco enfriándose y un ramo de rosas.

Cogí las flores; había unas veinte rosas, perfectas. Inhalé su aroma natural y sentí la textura de los delicados pétalos entre mis dedos. Todo lo que él ha hecho por mí desde que llegué me ha emocionado: el cuidado en cada detalle, su entrega, el respeto que ha tenido conmigo hasta ahora. Eso es lo que lo hace especial. Después de todo lo que he vivido, he aprendido a valorar precisamente eso: los momentos compartidos. Cuando todo termina, es eso lo que queda guardado en la memoria.

Él me entrega un trozo de tarta y nos sentamos en las sillas del embarcadero.

—Vaya, Bernardo, cuando dijiste que planearías nuestro fin de semana, no estabas de broma.

—Marianne, nada de esto es para impresionarte, solo quiero que este momento sea especial para nosotros.

—Lo sé. Después de todo lo que oí sobre ti, verte haciendo este tipo de cosas me impresiona.

—Eso fue antes...

Dejo la tarta a un lado y lo beso. No sé lo que pensará mi familia, pero quiero vivir este momento con él. Estoy dispuesta a ir más allá. Si para mí él es un nuevo comienzo, para él yo soy el principio de todo, porque nunca ha tenido una relación. No quiero pensar en cuánto tiempo va a durar esto; solo quiero entregarme a algo que me hace bien.

—Bernardo, hazme tuya esta noche —le pido, segura de mi elección.

—Joder, Mari... es lo que más deseo.

Durante el beso, nos volvemos un desastre; no se sabe dónde empieza uno y termina el otro. Cada minuto se vuelve más intenso. Paso mis uñas suavemente por su espalda perfecta, y su piel se estremece. Él profundiza aún más el beso.

Le quito la camiseta y la lanzo al suelo de madera. Se tumba sobre mi cuerpo y aprieta mis pechos sobre la ropa. Acaricia mi pezón por debajo del top, haciendo que mi cuerpo arda de deseo por más contacto.

—No aquí, Mari. Ven conmigo.

Sigo a Bernardo hasta su habitación. No tengo tiempo de fijarme en nada, porque me toma en sus brazos mientras me besa. Huele mi pelo y muerde suavemente mi cuello, mis labios. Mientras me besa, sus manos recorren mi cuerpo, haciéndome arder de deseo por él.

Siento la humedad en mis bragas incluso antes de que él toque otras partes. Me quita el top y sostiene mis pechos con sus manos. Encajan perfectamente en sus palmas, y en su mirada veo que lo disfruta mientras acaricia mis pechos con el pulgar, inclina el rostro y mordisquea suavemente mi pezón. Eso me provoca una mezcla de dolor y una excitación intensa. Bernardo continúa la tortura con su lengua caliente y húmeda, alternando entre ambos pechos. No satisfecho, chupa uno de mis pezones mientras acaricia lentamente el otro. Todo mi cuerpo está erizado, y mi excitación no hace más que aumentar, ansiosa por sentir su polla.

Presiona su polla dura contra el encaje de mis bragas. Cuando las aparta a un lado y sus dedos calientes exploran mi parte íntima, no puedo controlar mis reacciones y se escapa un gemido.

Él sonríe y continúa recorriendo cada centímetro de mi cuerpo con la boca, sin prisa. Cuando por fin me quita las bragas y se agacha entre mis piernas, siento una oleada de excitación abrumadora. Me mira, sus ojos verdes adquiriendo un nuevo brillo.

—Abre las piernas para mí —pide con voz ronca, y yo obedezco, abriéndolas todo lo que puedo.

Él observa con deseo, se inclina y huele mi intimidad. Me sorprende su acción, pero enseguida retoma la deliciosa tortura con su lengua, deslizándola de abajo hacia arriba. Cuando toca mi punto más sensible, el placer que siento es indescriptible, y acabo alcanzando el clímax gritando su nombre.

—Eso es, princesa, córrete bien rico para mí.

Deja de chuparme y besa mi boca; nuestros sabores se mezclan y nuestras lenguas juegan la una con la otra. Nuestros labios deben de estar hinchados de tanto besarnos.

—Necesito enterrarme en tu coño delicioso, Mari, necesito sentir cómo me aprietas con tu coño caliente.

No sé cuándo se ha quitado los pantalones ni cuándo se ha puesto el condón, pero lo siento cuando frota su polla dura en mi entrada y se acomoda dentro de mí con cierta dificultad debido a su grosor.

Empieza a moverse con intensidad, girando las caderas y profundizando aún más la penetración, tocando mi punto sensible. Lo aprieto, sintiendo un placer arrollador mientras me llena por completo.

—Joder, qué delicia estar dentro de ti —dice con voz ronca.

—Me voy a correr... aaaah, Bernardo —digo cuando el clímax me golpea.

Él intensifica los movimientos y alcanza el clímax, besa mi frente y se recuesta de lado, atrayéndome contra su pecho.

—Eres perfecta para mí, Marianne Magalhães.

Nos quedamos en silencio, simplemente disfrutando del momento que compartíamos, hasta que nos dormimos en los brazos del otro.

Despierto con la luz del sol inundando mi rostro, mientras Bernardo aún duerme. Su rostro es perfecto, con la barba bien recortada y el pelo rubio oscuro despeinado, lo que lo hace aún más encantador. Tengo ganas de acariciar su rostro, pero me contengo para no despertarlo, así que cierro los ojos y vuelvo a dormir a su lado.



Es lunes, y pasé un fin de semana increíble con Bernardo. No planeamos nada, simplemente dejamos que las cosas fluyeran, y ha sido maravilloso estar con él.

Estoy en mi despacho, revisando el caso de la *influencer*, ya que estamos a pocos días de la audiencia, cuando Valentina entra sin que Milena la haya anunciado.

—¿Puedes hablar unos minutos? —pregunta.

—Claro, Valentina, ¿qué necesitas? —pregunto sin mostrarme molesta por su intromisión.

—Quiero saber si estás saliendo con Bernardo. Os vi en el bar, pero necesito oírlo de ti.

¿De verdad quiere saber sobre mi vida personal? ¿Es en serio?

Respiro hondo antes de responder, porque sé que ella tuvo algo con él.

—Valentina, no me gusta hablar de mi vida personal con los compañeros de trabajo, pero voy a responder a tu pregunta: sí, Bernardo y yo nos estamos conociendo.

—Así que es por tu culpa que se alejó de mí.

No es una pregunta, lo afirma más para sí misma que para mí.

—Sé que tuvisteis algo, pero mi relación con él es reciente, así que no es por mi culpa, Valentina.

Noto que no me cree y que nuestra conversación la ha desestabilizado.

—Te has liado demasiado rápido con alguien que acaba de perder a su marido —dice, con ironía.

—Valentina, no tienes derecho a venir aquí a mi despacho y hablar de mi marido. Hace un año que lo perdí, no sabes por lo que he pasado, no sabes lo difícil que es tomar la decisión de seguir adelante. Por favor, no hables de mis decisiones, porque yo no te he dado ese tipo de confianza —respondo algo alterada.

—He venido a darte un aviso, y espero que lo entiendas. Bernardo es mío. Mientras tú llorabas por tu marido fallecido, yo estaba con él. Lo amo, y no serás tú quien me lo quite —dice en tono amenazante, dejándome incómoda.

—Creo que deberías hablar con él sobre lo que sea que tengáis. Yo no te debo nada, así que piénsatelo dos veces antes de venir a mi despacho a hablarme en ese tono amenazante. Voy a

tolerarlo esta única vez, pero si quieres seguir trabajando aquí, no aceptaré ese tipo de actitud en la oficina.

—Luego no digas que no estabas avisada —suelta antes de salir abruptamente de mi despacho.

Me sorprende la audacia de esta abogada. Entra en mi despacho, suelta una serie de comentarios desagradables y se marcha como si nada hubiera pasado. Eso es algo que definitivamente no esperaba.

Fue cruel al mencionar a mi marido, como si un año fuera un periodo insignificante. Eso me molesta profundamente, especialmente viniendo de otra mujer, y me preocupa lo que mi familia, sobre todo mis hermanos, puedan pensar de mí.

13

Marianne Magalhães

No puedo dejar de pensar en lo que me dijo Valentina, y eso me provoca un fuerte dolor de cabeza. No debería haberme afectado tanto; al fin y al cabo, ¿quién se cree que es? Ni siquiera me conoce para juzgar mis decisiones. Siempre he sido tranquila. Diego fue mi primer novio, y tras su partida, ningún otro hombre despertó mi interés... hasta que mi camino se cruzó con el de Bernardo. Por lo tanto, no es justo que ella me juzgue.

Decido enviar un correo al departamento de Recursos Humanos para solicitar su expediente completo. Sin embargo, mi teléfono empieza a sonar: es Sara. Contesto rápidamente.

—¡Hola, Sara!

—Necesito ayuda, ha venido a mi casa. Estoy muy mal. —Su voz está llena de desesperación.

—Voy para allá, Sara. Envíame la ubicación por mensaje.

Cuelgo la llamada y me apresuro para socorrer a mi testigo. Siento que algo terrible le ha sucedido. Sara será una testigo indispensable en el "caso *influencer*". Tras mucha insistencia, y después de explicarle que miles de mujeres enfrentan el mismo sufrimiento cada día, finalmente aceptó testificar. No puedo perderla; ese hombre no va a silenciar su voz, y no voy a permitirlo.

Es tan joven y ya ha pasado por tantas cosas. No es justo para ella ni para mi clienta, Clara, la *influencer*. Ambas se involucraron con la persona equivocada, y ahora enfrentan dolorosas consecuencias tras la ruptura.

No tengo tiempo de avisar a mis hermanos y no puedo dejarla sola. Subo al coche y pongo la dirección en el GPS; vive lejos, a casi una hora de la oficina.

Al llegar, noto que su casa parece carente de seguridad, lo que la hace vulnerable si está siendo perseguida. Cruzo el portón y llamo a la puerta.

—Sara, soy yo, Marianne. ¿Puedes abrir la puerta?

Ella abre la puerta, y me quedo en shock al ver su aspecto. Espero que no haya notado la expresión de sorpresa en mi rostro. Dios mío, ¿qué le han hecho? Sara muestra signos evidentes de una agresión brutal: las mejillas enrojecidas, un gran corte en el labio inferior, un ojo amoratado e hinchado que le impide abrirlo, además de varios hematomas en el brazo, el abdomen y las costillas. Esta es la segunda vez que sufre una agresión, y claramente esto está afectando su salud emocional.

Ella está destrozada, y yo también, al ver a una mujer sufrir tanto. Es profundamente injusto. Para mí, esto se ha convertido en una cuestión de honor: ese agresor tiene que acabar entre rejas. Comienza a contarme lo que ocurrió, y presto mucha atención a cada detalle de su relato.

—Había ido a la panadería y, al volver a casa, sentí que alguien me seguía. Miré hacia atrás, pero no vi a nadie. Siempre he tenido esa sensación, pero pensaba que era solo miedo. Ahora me doy cuenta de que era real, no fruto de mi imaginación. Cuando llegué al portón, saqué la llave del bolso para abrir la puerta, y él me atacó. Tengo mucho miedo; dijo que, si lo denuncio, volverá y me matará, doctora Marianne —dice entre sollozos—. No sé cómo, pero descubrió que hablamos. Mencionó su nombre, afirmó que sabe dónde está su despacho y que le estoy ayudando, que voy a testificar contra él. Estoy segura de que me seguía ese día. Lo sentí, no estoy loca, no estoy viendo cosas. Era real, era él, y tengo miedo porque lo dijo claramente: *Te voy a matar* —dice, llorando compulsivamente.

Siento una profunda empatía por Sara, que estaba tan angustiada y asustada que pensaba que se lo estaba imaginando, cuando en realidad estaba siendo perseguida.

—Sara, voy a llevarte al hospital y, desde allí, contactaré con un comisario de mi confianza para presentar una denuncia contra tu exnovio. Siento mucho todo lo que te ha pasado, pero estoy aquí y

no voy a dejar de ayudarte. Haré todo lo que esté en mi mano para que estés a salvo.

Con cierta dificultad, acepta y sube a mi coche. La llevo al hospital, donde le realizan pruebas para comprobar si hay fracturas, la medican y se le practica un examen forense.

Con Sara a salvo, decido volver al despacho para solicitar el adelanto de la audiencia. Ya no es necesario reunir más pruebas, porque con esta última acción del agresor tengo todas las evidencias necesarias para ganar el caso y meter a ese hombre en prisión. Por suerte, puedo contar con la ayuda de mi amigo, el comisario Borges.

Al llegar a la puerta de mi despacho, noto una extraña agitación en el ambiente de la oficina.

—Milena, ¿qué está pasando?

—Dra. Marianne, sus hermanos, sus padres y Bernardo la están esperando. Intentamos ponernos en contacto con usted varias veces, pero su teléfono estaba fuera de cobertura. Están impacientes.

—Entiendo. Voy a ver qué está ocurriendo. Gracias por avisarme, Milena.

Saco el teléfono del bolso y me doy cuenta de que estaba en modo silencio, con treinta llamadas perdidas.

—¡Mierda!

Entro en la sala, y todos me miran con ansiedad y preocupación.

—Marianne, ¿dónde estabas? —pregunta mi padre, y Lucca, mi hermano, está visiblemente nervioso.

—Estaba acompañando a mi testigo en el caso de la *influencer* para un examen forense. Fue brutalmente agredida, y necesitaba ayudarla.

—¿Y no pensaste en pedirnos ayuda? —Léo muestra su preocupación.

—Mari, el caso de la *influencer* se ha filtrado a los medios. Llevamos una hora intentando contener la crisis con la clienta y evitar que se perjudique la imagen del despacho —informa Bernardo.

—¿Cómo se ha filtrado este proceso si está bajo secreto de sumario? Alguien ha filtrado información interna desde este despacho, no hay otra explicación posible.

—Mari, solo trabajamos con personas de total confianza. Es imposible que se hayan filtrado datos confidenciales.

—¿En serio, Lucca? ¿De verdad crees que eso no puede pasar? Quiero que el departamento de informática haga un barrido completo en todos los ordenadores para identificar si la filtración salió de aquí.

Mientras hablo, envío un mensaje a Milena para que haga la solicitud.

—Hoy mismo, una de nuestras abogadas me ha amenazado.

Me doy cuenta de que he dicho más de lo que debía. Todos se quedan en silencio mirándome fijamente, esperando una explicación.

—¿De qué estás hablando, hija? —pregunta mi padre con una expresión muy seria.

—Chicos, no hagáis caso a lo que dije. No es relevante ahora, es algo personal, papá.

—Marianne Magalhães, cuando alguien amenaza a nuestra familia, el asunto deja de ser personal —dice Léo, preocupado.

Miro en dirección a Bernardo, y él me hace una señal afirmativa para que continúe.

—Entonces... el viernes fui a encontrarme con Júlia e Irina en un bar en Vila Mariana, me encontré con Bernardo y acabé quedándome con él, y Valentina, la abogada del despacho que tenía una relación con él, nos vio juntos y vino a reclamarme. Terminó amenazándome.

Todos me miran con incredulidad, hasta que Lucca toma la palabra.

—¿Estás de broma? ¿Mi hermana, joder?

—Simplemente pasó, Lucca. Besarnos en el bar fue solo una consecuencia. La respeto mucho, y nos estamos conociendo —dice Bernardo, con calma.

Mi corazón late con fuerza. No puedo expresarme ante lo que él acaba de decir a mi familia. Los dos acabamos de revelar que

estamos saliendo juntos. No tengo ni idea de cómo van a tomárselo. Léo se acerca a Bernardo y lo mira muy serio.

—Si haces daño a mi hermana, te mato.

¡Dios mío, qué lío!

—Chicos, volvamos al caso. Ya se ha expuesto demasiado mi vida personal en esta sala. Y Bernardo, luego hablamos de todo esto.

Y aún tiene la cara dura de sonreír.

Tomo el teléfono y busco el nombre de mi clienta. Aparecen muchas noticias sobre la agresión, fotos que constan en el expediente judicial, mucha gente manifestando su apoyo a ella.

Suena mi móvil, y contesto rápidamente.

—¡Comisario Borges!

—Marianne, lo conseguimos. El juez autorizó la orden de alejamiento y el botón del pánico para tu clienta. Sin embargo, ella sigue muy asustada. También he asignado una patrulla para vigilar su barrio. Pero tenemos un problema.

—¿Cuál?

—El agresor está en paradero desconocido. Mi equipo fue a su domicilio y no encontraron nada.

—Entendido. Gracias por la información, comisario. Manténgame informada. Hasta luego.

Todo esto se está complicando cada vez más. Sé que la orden de alejamiento es solo una medida de protección para mi clienta, una forma de garantizar su seguridad, pero no es totalmente efectiva, ya que hay estadísticas de incumplimiento. El equipo del comisario es muy competente, y confío en que lo lograremos.

—¿Qué ha pasado, Mari? —pregunta Bernardo.

—Rafael me ha llamado para informarme de que conseguimos la orden de alejamiento y el botón del pánico para mi clienta. Ahora estoy preocupada porque el agresor está fugado. Clara y Sara podrían estar en peligro.

Me pongo en contacto con ella, le explico la situación, y me tranquiliza diciéndome que ha contratado a un guardaespaldas para que la acompañe y que ha decidido hacer una declaración oficial en su canal, sin mencionar el nombre del agresor.

Reviso mi correo electrónico y veo la autorización para la audiencia, programada para mañana a las catorce horas. También he recibido el expediente de Valentina del departamento de RR. HH., pero no tengo tiempo de revisarlo ahora. Eso lo dejaré para más tarde.

—Chicos, está todo en marcha. El juez ha adelantado la audiencia para mañana.

Consigo calmar a mi familia, pero todo ha sido muy intenso, así que decido irme a mi apartamento. El día ha sido agotador y mañana tengo que estar preparada para la audiencia, así que debo descansar.

Llego a mi apartamento y, enseguida, recibo una llamada del comisario informándome de que han logrado capturar al agresor. Las cosas están avanzando como yo esperaba. Dejo el bolso en el sofá y voy directa al baño; necesito una ducha urgente, estoy muy tensa.

Abro el grifo del agua fría, me lavo el pelo, y en cuanto salgo de la ducha, me enrollo la toalla en el cabello y me pongo un albornoz. Comienzo a preparar algo rápido para comer. Estoy casi terminando una ensalada César cuando llaman a la puerta. Al abrir, me encuentro de frente con Bernardo; casi me había olvidado de la situación incómoda con mi familia en el despacho.

—Hola, Mari. ¿Vas a dejarme pasar? —dice con una sonrisa encantadora.

—Claro, por favor, entra. Me alegra que hayas venido. Tenemos que hablar, después de todo lo que...

Me interrumpe con un beso, no un beso cualquiera, sino uno lleno de deseo, como si lo necesitara para sobrevivir. Cuando creo que va a soltarme, pega su cuerpo al mío y profundiza el beso a un nivel estratosférico.

—Te necesito, Mari.

—Tenemos que hablar...

—¿De qué quieres hablar? —pregunta mientras sigue besándome.

—De lo que pasó en el despacho, de Valentina, de muchas cosas...

—Dejé de salir con ella incluso antes de plantearme estar contigo, Mari.

—¿Estás seguro? Porque ella me dijo...

Me interrumpe con un beso fuerte y urgente.

—Estoy seguro de lo que quiero, Marianne. Entiéndelo, te quiero a ti, ¡estoy aquí por ti!

Me empuja contra la pared y presiona su cuerpo contra el mío, frotando su erección mientras me besa. Baja sus labios por mi cuello, lame y chupa, pero cuando abre mi albornoz y chupa uno de mis pechos, me entrego por completo a él. Desata mi albornoz y me quedo desnuda frente a él.

—Joder. Estás jodidamente buena.

—Estoy en desventaja aquí.

Empiezo a desabotonarle la camisa, botón por botón. Luego le quito el cinturón y bajo la cremallera de sus pantalones. Mientras él se quita los zapatos, le bajo los pantalones junto con los bóxers y libero su polla majestuosa.

Hago lo que no hice la primera vez: me arrodillo ante él y acaricio sus huevos pesados. Después, recorro con mi lengua toda la extensión de su polla, deslizo mis manos por sus piernas musculosas y firmes, hasta que mi lengua rodea lentamente su glande y le chupo la polla con deseo, mientras él gime como un loco.

Me levanta y vuelve a besarme con fuerza. Estoy muy excitada, él me devora por completo, y yo lo permito porque no puedo resistirme a Bernardo.

—¡Hoy voy a follarte! —dice mientras se pone un condón.

—¡Sí, por favor!

Él levanta una de mis piernas y me penetra de una sola embestida.

—¡Oh, qué rico! Más fuerte, Bernardo.

—Eres mía, Mari. Dime que eres solo mía —dice mientras me folla profundamente.

—¡Soy totalmente tuya, Bernardo!

Estamos completamente entregados, sudados y con la respiración agitada. Cuando sale de dentro de mí, siento un vacío.

Me están encantando estos momentos con Bernardo. Jamás imaginé que esto pasaría entre nosotros, especialmente siendo él el mejor amigo de mis hermanos.

—¿En qué piensas, princesa?

—En que me estás gustando. Jamás pensé que algo así ocurriría entre nosotros.

—Mari, no quiero que te asustes ni pienses que me estoy precipitando. Sabes que no soy ese tipo de hombre, pero necesito decirte que te quiero solo para mí.

—Está bien, yo también quiero seguir con lo que estamos teniendo —digo, para tranquilizarlo—. ¿Quieres cenar? Estaba terminando una ensalada antes de que llegaras.

—Sí, podemos compartir tu ensalada.

Cenamos en un ambiente agradable, disfrutamos de una copa de vino en el sofá del salón. Suena el teléfono de Bernardo, saca el móvil del bolsillo, y veo el nombre de Valentina en la pantalla. Cuelga, no dice nada y me besa, hasta que vuelve a sonar y él muestra impaciencia, rechazando la llamada de nuevo y dejando el móvil en el sofá.

—¡Puedes contestar, Bernardo!

Me molesta porque está en mi casa, sabe que lo vi y sigue rechazando esa llamada insistente.

—No es importante.

—Está insistiendo bastante, puede que sí lo sea. ¿Por qué no contestas y lo solucionas de una vez?

—La única cosa importante aquí eres tú, Mari.

Hasta que aparece una notificación de mensaje en la pantalla.

Valentina:

Bernardo, necesito hablar contigo, es urgente.

Valentina:

¿Por qué no me contestas?

Valentina:

¿Estás con ella?

Después de que vemos el mensaje, Bernardo apaga el móvil. Decido no decir nada al respecto, porque, aunque él haya dicho que soy importante y que quiere estar conmigo, no tenemos nada oficializado. Apenas nos estamos conociendo, y no quiero presionarlo. Es él quien tiene que tomar una decisión respecto a ella.

—Bernardo, necesito dormir. Mañana es la audiencia del caso de la influencer.

—¿Puedo quedarme?

—Creo que es mejor que te vayas. Prefiero que sea así hasta que resuelvas lo de esos mensajes con ella.

—¿Es por Valentina? Si es por eso, ya no estoy saliendo con ella. La última vez que nos vimos fue cuando nos pillaste en el despacho.

—Sabes que recordarme ese detalle no suma puntos a tu favor, ¿verdad?

—Mari, eso es pasado. Voy a hablar con ella, tranquila, que no volverá a pasar.

—No puedes garantizar nada. Sus acciones no dependen de ti, y ella me lo dejó bien claro.

—Hablaré con ella por última vez. Buenas noches, Mari.

—Buenas noches, Bernardo. Nos vemos mañana.

No sé qué hacer con este hombre. Se está infiltrando demasiado rápido en mi vida. Pero lo que sí tengo claro es que no voy a aceptar cosas sin resolver entre nosotros.

14

Marianne Magalhães

Cuando Bernardo salió de mi apartamento anoche, me quedé pensativa. La conversación que tuve con Valentina dejó claro que no va a rendirse tan fácilmente. Incluso sentí un poco de celos al pensar que, si estuvo con ella durante un año, fue porque realmente le gustaba. Sin embargo, decidí no dejar que esos pensamientos y sentimientos interfirieran en nuestra relación; al fin y al cabo, estamos conociéndonos y aún no hay nada oficial entre nosotros.

Llego al juzgado y me encuentro con mis clientas: Clara, la *influencer*, y Sara, la testigo. Ambas mantuvieron una relación con el mismo hombre y fueron agredidas por él. Repasamos juntas las declaraciones, las posibles preguntas y los alegatos que podría presentar la defensa. Intento calmarlas, asegurándoles que tengo confianza y considero el caso ganado.

La audiencia transcurre tal como esperaba. Todas las pruebas aportadas por Clara y el testimonio de Sara sobre la última agresión resultan fundamentales. Conseguimos dejar sin argumentos a la defensa, y el agresor acaba confesando, además de amenazar de muerte a mis clientas. Con ello, la decisión del juez nos es favorable, y el agresor es condenado a seis años de prisión por el delito de violencia contra la mujer y por incumplir las medidas de protección, a raíz de la agresión a Sara.

A pesar de haber ganado el caso, todavía persisten preocupaciones respecto al agresor, teniendo en cuenta el tiempo que permanecerá recluido. Aun así, celebramos el éxito del proceso. Me despido de mi clienta y de la testigo, y me dirijo al despacho con la sensación del deber cumplido.

Durante el trayecto, reflexiono sobre los cambios que han ocurrido desde que volví a Brasil. Aceptar la pérdida de mi marido no

fue fácil, pero era necesario para poder seguir adelante. Me permití conocer a otra persona, gracias a mi viaje a Boston. Siempre que pienso en ello, recuerdo al desconocido que se cruzó en mi camino en el aeropuerto y deseo que esté bien, porque sus palabras me ayudaron a tomar decisiones importantes.

Pienso en los desafíos que aún tendré que enfrentar en mi camino profesional hasta llegar a ser investigadora, así como en mi implicación con Bernardo. Lo conocía solo como amigo de mis hermanos y nunca imaginé que pudiera surgir algo más entre nosotros.

Aún tengo dudas sobre nuestra posible relación, pero por ahora he decidido dejar que las cosas sigan su curso natural. Al fin y al cabo, como dicen, lo que está destinado a ser, el universo conspira a favor. Aunque sea una creencia optimista, soy de las que cree en ello.

Llego al despacho y encuentro a Milena en su mesa. Realmente fue una excelente incorporación: siempre atenta y dedicada en todo lo que hace.

—Hola, Milena. ¿Todo bien? —la saludo al entrar.

—Hola, doctora Marianne. Todo tranquilo. ¿Cómo fue la audiencia? —pregunta con entusiasmo.

—Ganamos, Milena —sonrío—. ¿Hay algo urgente?

—¡Qué buena noticia! Su agenda está bastante tranquila hoy.

Entro en mi despacho, dejo el bolso en el sofá y me dirijo al despacho de Bernardo. Quiero verlo, no quiero que haya un ambiente incómodo después de no haberlo dejado pasar la noche en casa. Sin embargo, al acercarme a la puerta, escucho una discusión acalorada. Sé que no es elegante escuchar detrás de una puerta, pero mi curiosidad vence a mi buen juicio.

—¡Joder! ¿Te has vuelto loca, Valentina? —dice exaltado.

—Bernardo, te lo voy a repetir: ¡eres mío! Rechazaste la llamada y no respondiste a mis mensajes. ¿Por qué, Bernardo? ¿Estabas con ella? La escuché decir que estáis saliendo, ¿es por eso que ya no me quieres? —Lanza varias preguntas seguidas.

—No te debo explicaciones sobre mi vida. No esperes que vayamos a estar juntos, eso no va a pasar nunca más. Tienes que

buscar ayuda, Valentina, por tu propio bien. Lo que sientes es dependencia, obsesión, eso no es amor.

—¡Por favor, Bernardo, no me hagas esto! Solo una vez más, te lo ruego... No puedo estar sin ti. Acepto que estés con ella... —implora, devastada.

Desde donde estoy, consigo ver a Valentina, que está en ropa interior delante de Bernardo. Se le acerca e intenta besarlo, y eso me provoca una sensación horrible. Siento celos, lo que me enfurece aún más.

Necesito irme antes de que me vean escuchando tras la puerta, pero ya es demasiado tarde. Bernardo me ve antes de que logre marcharme.

—¡Mari, espera por favor, vamos a hablar, princesa!

—¿Princesa? ¿En serio, Bernardo?

—Joder, Valentina, cállate, ya has causado bastante daño.

—Eres increíble, Bernardo. Hemos estado juntos un año y ¿te preocupas por una persona que acabas de conocer?

Basta. No soporto seguir escuchando a los dos. Voy a poner fin a esto ahora mismo.

—Bernardo, lo nuestro fue un error. No quiero involucrarme en una relación turbulenta que incluye a una tercera persona. Arregla tu vida con Valentina. Es mejor así.

Salgo de la puerta de su despacho sin escuchar lo que tiene que decir. Veo a Lucca entrando en el ascensor y grito:

—¡Lucca, espera! —Casi corro hasta él.

—¿Qué ha pasado, hermana?

—Hay una cafetería cerca de aquí. ¿Podemos ir allí?

—Claro que sí.

Llegamos a la cafetería y elegimos una mesa más apartada, en una esquina.

—Valentina estaba en ropa interior en el despacho de Bernardo —lo suelto de golpe.

—Joder, no me lo creo. Te lo advertí. No puede ser que haya caído en eso. Valentina está loca, es dependiente y posesiva con Bernardo. Tienes que tener cuidado con ella.

—Lucca, dijo que llevan un año juntos. No parece del tipo de persona que sigue adelante con su vida; no va a parar. No sé si podré mantenerla en el despacho mucho más tiempo.

—¿Y qué dijo él después de que los vieras?

—No tuvo oportunidad de decir nada porque simplemente acabé con cualquier posibilidad entre nosotros y me fui. Dije lo primero que me vino a la cabeza y me marché.

—En mi opinión, deberías hablar con él. Bernardo habló de ti delante de toda la familia. No lo habría hecho si solo quisiera divertirse, Mari. Lo conozco bien, somos amigos.

—¿Y qué puedo hacer, Lucca? No estoy dispuesta a quedarme en medio de todo esto.

—Podemos rescindir su contrato, Mari. Así de simple. Al fin y al cabo, ya ha cruzado todos los límites. Lo haremos antes de que termine el mes. Quédate tranquila.

Hacemos nuestro pedido y merendamos juntos, como no lo hacíamos desde hace algunos días. Amo a Lucca. Tenemos un vínculo muy fuerte, así que necesito advertirle sobre algo muy importante.

—Lucca, ¿y Irina? Te vio salir con una chica aquel día en el bar y se molestó.

—Irina es un ángel. Estoy enamorado de ella, pero ya sabes que soy un espíritu libre. No puedo darle lo que quiere.

—Quiero ver qué haces con ese amor cuando ella ya no esté. Entonces sí que vas a ser libre.

—¿Cómo que cuando no esté? —Realmente no lo sabe.

—La han aceptado para un trabajo en otro país. En treinta días se mudará. Aún no sabe a qué país la enviarán, pero estará fuera durante cuatro años. Después de ese período, piensa pasar una temporada con sus padres en Rusia —le cuento todo de golpe —. Solo tengo una cosa que decirte, hermano. Yo perdí a Diego para siempre y no tuve posibilidad de elección. Pero ¿y tú? ¿Vas a elegir la libertad, vas a dejarla marchar? Piénsalo bien, porque a veces el destino es muy cruel.

Lucca simplemente se levanta y se va sin decirme nada. Yo hago lo mismo, pero voy directamente al despacho. Pretendo

repasar las anotaciones de mi próximo caso antes de la reunión.

La recepción de mi oficina está vacía. Posiblemente Milena esté en su hora de comida. Me acerco al despacho de mis hermanos. Comparten el mismo espacio, igual que compartieron el útero de nuestra madre, como suelen decir. Pero solo encuentro a Léo.

—Hola, hermano. Pensé que Lucca ya estaría aquí.

—Ey, princesa. Hace rato que se fue, pero le pidió a su secretaria que cancelara todas sus citas de hoy.

—Creo que deberíamos ir a buscarlo. Estábamos juntos en la cafetería y terminé contándole los planes de Irina. Después de eso, se levantó y se fue sin decir palabra.

—¿Qué está pasando hoy con esta familia? Primero tú y Bernardo… ¿por qué te está buscando como loco? Y ahora Lucca. ¿Cuáles son los planes de Irina?

—Los planes de mi amiga se resumen en trabajar para una organización humanitaria durante cuatro años y luego regresar a Rusia.

—Joder, Mari, tenemos que encontrar a Lucca antes de que haga alguna locura. Tranquila, tengo una idea de dónde puede estar.

—Está bien, si lo encuentras, avísame.

Aprovecho los minutos libres para revisar mis correos y me acuerdo de que necesito ver el expediente de Valentina. Abro el archivo y empiezo a analizar sus datos: formación, dirección... No hay nada que descalifique su contratación, pero aun así mi intuición me dice que debo investigar más allá de lo que aparece. Decido llamar al comisario para averiguar más detalles sobre su vida.

—Quisiera pedirte un favor, Rafael. ¿Podrías investigar a una persona por mí?

—Solo dime el nombre.

—Valentina Sobral, abogada de mi despacho.

—Considéralo hecho.

—Gracias, Rafael. Avísame si descubres algo: no encontré nada en su ficha.

—¿Ya hiciste los deberes? —comenta el comisario con una leve risa.

—Mi vena de investigadora se despertó, pero no tuve éxito. Aunque conociéndote, sé que no se te escapará nada.

—Tal vez realmente no haya nada malo con ella.

—No lo sé, Rafael. Rara vez me equivoco, pero ojalá tengas razón.

Intento concentrarme en el trabajo en lugar de seguir pensando en el caos que se ha vuelto mi vida personal.

Llevo mucho rato sentada, así que decido estirar las piernas y acercarme a la cocina para preparar dos dosis de cappuccino de vainilla con miel, un vicio que adquirí cuando empecé a trabajar aquí. Al salir de la sala de café, veo a mis gemelos preferidos saliendo del ascensor y me acerco a ellos. Al fin y al cabo, necesito saber cómo está Lucca.

—¿Dónde estabas, Lucca? Me preocupé, te fuiste de la cafetería sin decir adónde ibas.

—Se fue a beber al Fortunato —lo delata Léo.

—Mala elección, Lucca. Beber no va a hacer que Irina se quede contigo —le aconsejo.

—¿Los dos habéis decidido tocarme los cojones hoy? Esta noche voy a su piso para entender por qué está haciendo esto.

—Mmm, ¿ya pensaste qué le vas a decir? —pregunto.

—En realidad, voy para escuchar de su boca que me está dejando. Aunque lo nuestro no sea formal, el sentimiento sí lo es, y ella lo sabe muy bien —responde, agotado.

—Me voy a mi despacho porque esta historia parece una telenovela mexicana, y por más que me guste, no estoy preparada para su final. Y Lucca, no hagas ninguna tontería —digo antes de irme.

En mi despacho, me quedo pensando en la vida de mis hermanos. Ya tienen treinta y cinco años, una vida profesional consolidada y exitosa. Nuestro bufete es reconocido dentro y fuera del estado por el éxito en los casos. Pero cuando se trata de la vida personal, puedo decir que Lucca ya ha sido atrapado por Irina, aunque no lo admita ni siquiera ante sí mismo. Léo nunca se ha enamorado y duda que eso le pueda pasar algún día.

Y yo, siendo la menor, ya me enamoré, me casé y enviudé a los veinticinco años. Ahora estoy involucrada en un romance con el amigo de mis hermanos, un hombre diez años mayor que yo, y es increíble. Lo único que no quiero es estar entre Bernardo y Valentina, eso es innegociable para mí. No hablé con él sobre exclusividad o fidelidad, pero no voy a aceptar que esté con las dos al mismo tiempo.

Ahora basta de pensar en estas cosas. Todavía tengo un caso en marcha. Trabajo en varios casos de delitos contra la libertad sexual. Incluso he actuado en casos más graves de este tipo de crimen atroz. Por más que tenga éxito en ellos, no les encuentro ningún sentido. ¿Por qué hombres considerados exitosos, millonarios, necesitan cometer este tipo de delitos para obtener placer?

Mi propósito es ganar cada uno de estos casos. Ahora tengo que esperar la fecha de la audiencia contra el empresario.

Termino mi jornada; estoy agotada y necesito relajarme. Entonces me acuerdo de que quedé con Bernardo para recibirlo en mi apartamento y hablar sobre lo que pasó más temprano. Aún no sé qué voy a hacer respecto a él. No puedo mentir y decir que no estoy implicada o que no lo voy a echar de menos, porque estaría mintiéndome a mí misma. Desde el día en que me defendió del acoso de aquel empresario, nos hemos acercado mucho más.

El trayecto hasta mi apartamento es rápido; estoy tan acostumbrada que a veces conduzco en piloto automático. Pongo el intermitente para girar en mi calle y un coche, que venía detrás, me adelanta y acelera haciendo chirriar los neumáticos. Qué locura.

Al abrir la puerta, dejo el bolso y las llaves en el sofá y voy directa a darme una ducha caliente, que es lo mejor después de un largo día de trabajo. Mientras el agua cae sobre mi cuerpo, me sorprendo pensando en él. Al terminar la ducha, me pongo un short y una camiseta básica, me peino y me enrollo el pelo en la toalla. Luego cojo el móvil para revisar los mensajes. La despedida de Irina está programada para el sábado por la noche, y acaban de confirmarlo en nuestro grupo.

Ligo la tele para elegir una serie y pasar el rato, y, de repente, escucho un golpe en la puerta. Al abrir, me encuentro con un Bernardo serio. Nos miramos durante un rato sin decir nada, porque no hace falta. Sus ojos dicen mucho, igual que los míos. Estamos involucrados y tenemos miedo de lo que pueda pasar.

—¡Entra, Bernardo! —Lo conduzco directamente al sofá del salón y me siento frente a él, con las piernas cruzadas sobre el sofá.

—Princesa, he venido hasta aquí porque necesito explicarte lo que viste hoy en la oficina.

—Espero que no intentes embaucarme, porque no voy a caer en eso, Bernardo. Todo lo que vi y oí me quedó muy claro. Pero, aun así, es importante que hablemos.

—Mari, te lo dije el otro día y lo repito: quiero estar contigo. Nunca mantuve una relación romántica con ella. No lo hice mientras estuve con ella. ¿Por qué lo haría ahora?

—¿Tú crees que es fácil para mí ver a otra mujer casi desnuda delante de ti? ¿Que no voy a sentir celos sabiendo todo lo que tuvieron? Ella depende de ti, no va a parar hasta conseguir lo que quiere, Bernardo. ¿Cómo es que no lo ves?

—Mari, para que una relación funcione, es necesario que haya confianza por ambas partes. No hice nada con ella en aquella oficina.

—No es eso, Bernardo. Entiende mi punto de vista. No tengo ánimo para este tipo de cosas. Hace poco estabas con ella en la oficina, y ahora la veo mostrándose para ti en lencería. ¿De verdad crees que tengo que pasar por eso?

—Eso pasó en el pasado. No hay otra persona que ocupe mi mente y mi cuerpo más que tú. Solo te quiero a ti. ¿Puedes entender eso?

—No es solo una cuestión del pasado; ha pasado hoy. Ella no va a renunciar a ti. Apenas estamos empezando y ya estoy cansada de sus importunaciones. Hoy salí de la oficina decidida a terminar lo nuestro, ¿lo entiendes? No podemos seguir así.

—Mari, mírame. Valentina no está bien; necesita ayuda profesional. Ya le he dejado muy claro que lo que tuvimos quedó en

el pasado y que no habrá nada más entre nosotros. Ha desarrollado una dependencia y no puede aceptarlo, así que sigue acosándonos.

—La mejor decisión será interrumpir su contrato laboral. Hablé con Lucca y está de acuerdo. Podemos hacerlo antes de que acabe el mes, si tú y Léo lo aprueban.

—Lamentablemente, será lo mejor. Hablemos con Recursos Humanos; ya lo hemos postergado demasiado.

—No hay otra forma. Estoy harta de sus amenazas veladas. Ya ha sobrepasado los límites conmigo y contigo. Y tú también tienes parte de responsabilidad por haber alargado esto. Pero ya no lo soporto más, Bernardo.

—Te entiendo, princesa. ¡Vamos a solucionarlo!

Él me sujeta el rostro con ambas manos y mi corazón se acelera.

—Mari, te deseo como nunca he deseado a nadie. Quiero despertar todos los días mirando tus ojos azules perfectos.

—Yo también te deseo todos los días.

No resisto y lo beso. Nos besamos como si dependiéramos de ello para seguir viviendo. Me subo a su regazo, él quita la toalla de mi cabello y me arranca la camiseta, dejándome solo en shorts. Seguimos besándonos, él desabrocha el botón, baja la cremallera y mete las manos por detrás, apretando mi culo. Me restriego contra él.

—Me vuelves loco, Mari. Estoy durísimo por ti —dice con esa voz grave que me estremece entera.

—¡Yo también estoy loca por ti!

—¿Me dejas quedarme esta noche, amor?

—Entonces quédate, Bernardo. Necesito sentirte dentro de mí.

Se levanta del sofá conmigo en brazos, sin apartar la mirada de mis ojos, y me lleva hasta el dormitorio, donde me deja de pie junto a la cama. Es rápido: ya me ha quitado el short, dejándome solo en bragas.

Abre su camisa mientras yo le quito los pantalones. Le bajo los calzoncillos y deslizo la mano para quitarme las bragas. Estamos entregados, sin barreras. Me vuelve a besar, lame mi cuello y me

aprieta contra su cuerpo. Siento su polla caliente en contacto con mi coño y me vuelvo loca por sentirlo profundamente dentro de mí.

—Por favor, hazme tuya.

Entonces me empuja sobre la cama, y quedo de espaldas a él. Me sujeta por la cintura, atrayendo mi culo hacia su polla. Estoy a cuatro patas; él me penetra de una sola vez, y me siento completa al tenerlo dentro de mí otra vez.

—Ah... estás demasiado bueno, Bernardo...

—Joder, Mari, estás tan mojada para mí… qué delicia. Te voy a hacer correrte toda la noche para que no olvides cuánto te deseo. Luego me dormiré contigo pegada a mí, y los demás días será igual, porque nada me va a alejar de ti, nada. ¿Me estás entendiendo?

—Sí… voy a correrme… ahhhhh.

Él sigue embistiéndome con más intensidad, y no aguanto más. Siento mi cuerpo debilitándose, y él continúa penetrándome. Alcanza el clímax y me llena con su excitación. Cuando se retira, sus fluidos se deslizan por mis muslos.

Mis latidos están acelerados y no sé qué decir. Entonces me acerco a él y lo abrazo; nuestros cuerpos quedan pegados. Siento que su corazón late tan fuerte como el mío. Permanecemos abrazados un rato, hasta que nuestra respiración vuelve a la normalidad.

—Ey, guapo, ¿quieres darte una ducha? —Él sonríe, me besa la cara y se levanta para ducharnos juntos. Ya me había duchado, pero con lo que me hizo, otra ducha es más que necesaria.

Creo que me he enamorado perdidamente de él, y ya no hay vuelta atrás.

—Bernardo, el sábado mis amigas y yo vamos a la discoteca Venus; será la despedida de Irina, y elegimos esa discoteca porque nuestro amigo, el comisario Borges, es socio y nos reservó una de las zonas VIP. Voy a invitar a mis hermanos, así que si quieres venir, será un placer tenerte conmigo.

Él me atrae para un abrazo, huele mi pelo, y nos quedamos así un rato. Luego me susurra al oído:

—Por supuesto que estaré allí. No voy a dejar que mi mujer esté sola en una discoteca, y menos aún sabiendo que la última vez

que saliste por la noche estabas tan atractiva y te lo pasaste tan bien.

—Vamos a la cama.

Mañana todavía es jueves y necesito estar con energía. Dormimos juntos, y confieso que esto me está encantando.

15

Nunca he dormido tan bien, pero al girarme hacia el otro lado, no encuentro a Bernardo en la cama. Hoy es jueves y hay mucho que hacer en la oficina. Me levanto para hacer media hora de bicicleta antes de ir al trabajo; hoy puedo llegar un poco más tarde. Me hago mi higiene matutina, me pongo la ropa de entrenamiento, coloco los auriculares y escucho mis canciones favoritas mientras pedaLéo. El tiempo pasa tan rápido que me doy cuenta de que ya llevo cuarenta minutos; ese tiempo es suficiente para mí.

Después me ducho y me quedo un rato más bajo el agua. Hoy me voy a permitir ese momento, porque estoy muy feliz. En cuanto termino el baño, me pongo un vestido midi, me maquillo ligeramente y me seco el pelo. Entro en la habitación y busco mi móvil, que está sobre la mesilla de noche. Al cogerlo, veo una nota de Bernardo y sonrío.

Hola, mi linda, siento mucho no estar a tu lado cuando despertaste. Tuve que ir a la finca a ocuparme de unos asuntos. Volveré el sábado por la mañana para que pasemos el fin de semana juntos.

¡Esta ha sido la mejor noche que he tenido en años! Te has vuelto muy especial para mí, Mari.

Un beso,

B. D. V

Guardo la nota en el cajón y salgo hacia la oficina. Durante el trayecto, repaso mentalmente los últimos acontecimientos y confirmo que realmente no puedo mantener a Valentina por más tiempo allí. Me hago una nota mental para hablar con mis hermanos

sobre eso y acordar con Recursos Humanos la mejor fecha para su salida.

Llego a la oficina y aparco mi coche en la misma plaza de siempre. Subo en el ascensor y, al llegar a la recepción, encuentro a Milena concentrada frente al ordenador.

—Hola, Milena. ¡Buenos días! ¿Cómo estás?

—Hola, Dra. Marianne. Estoy bien, gracias por preguntar.

—¿Cómo está mi agenda hoy?

—Una de las clientas tuvo un contratiempo y canceló. Tienes una reunión con tus hermanos a las diez y, por ahora, no hay compromisos fuera de la oficina.

—Vale. ¡Gracias, Milena!

En mi despacho, enciendo el portátil y Léo algunos correos electrónicos. Luego empiezo a trabajar en los casos pendientes y paso las instrucciones a Milena para que pueda agendar las reuniones con los clientes. Ya es hora de la reunión con mis hermanos, así que me levanto y voy a su despacho.

Como su secretaria no está, llamo a la puerta y espero autorización para entrar.

—Adelante.

—Hola, hermanos, ¿todo listo para nuestra reunión?

—Hola, princesita, todo bien.

—¿Cuál es el tema?

Veo que los dos se miran, y Léo responde:

—¿Estás saliendo con Bernardo?

—¡No me lo creo! ¿De verdad han organizado una reunión para hablar de mi vida personal? ¿En serio?

—Sí, estamos preocupados por ti —responde Lucca, aunque sé que solo están especulando sobre mi vida.

—De verdad que agradezco la preocupación, pero estoy bien.

—Entonces, ¿estás saliendo con Bernardo o no? —insiste Léo.

—No estamos saliendo oficialmente. Nos estamos conociendo.

—¿Él se queda a dormir en tu piso? —pregunta Lucca, intentando sonsacar algo.

—¿Y acaso ustedes me están espiando?

—En realidad, Lucca sí, ¡y hasta hizo un trato con el portero! —dice Léo sonriendo.

—Sois unos descarados. ¿No tenéis vida propia? ¿O la vuestra es tan aburrida que tenéis que meteros en la mía? No vais a controlar mi vida como hacíais en la universidad, tengo 25 años. —Los dos se ríen en mi cara, sinvergüenzas.

—No te enfades, hermana. Estamos vigilando a Bernardo. Él sabe perfectamente lo que le espera si te hace daño —afirma Léo.

—Tengo muchas ganas de ver esa sonrisa tuya cuando Irina se vaya, Lucca. En vez de meterte en mi vida, deberías ocuparte de la tuya e ir tras ella. —Él se queda serio y pensativo, sin decir nada. Sé que esta vez le di donde duele.

—Y tú, Léo, podrías aprovechar tu tiempo para encontrar a alguien con quien salir.

—Princesa, ¿por qué conformarme con una sola si puedo tener varias? Yo no nací para el amor, aún no me ha tocado el premio gordo.

—El día que eso pase, Léo, seré la primera en celebrarlo viendo cómo comes de la palma de su mano.

Mis hermanos se ríen tanto que les caen lágrimas de los ojos.

—Aún no ha nacido la mujer que tenga el arte de atraparme, princesa.

—Después de eso, hasta apuesto con Lucca. Y para cerrar esta reunión familiar: me gusta Bernardo y quiero seguir con él, pero sin prisas.

—Si te hace sufrir, le partimos la cara —dice Lucca en tono de advertencia.

—Sé cuidarme —le guiño a mis hermanos y me levanto para volver a mi despacho, pero antes de salir, me acuerdo de invitarlos a la despedida de Irina.

—Mari, conocemos a Bernardo desde hace tiempo y ya hemos analizado todos los pros y los contras de esa relación. Por eso vamos a aceptar vuestro noviazgo sin montar ningún drama. —Mis hermanos no tienen límites cuando se trata de meterse en mi vida.

—Vale, gracias por el apoyo. Y cambiando de tema: el sábado por la noche es la despedida de Irina. Rafa reservó una zona VIP en

la discoteca Venus. Estáis invitados, ¿de acuerdo?

—Puedes contar con nuestra presencia.

—Estaré en mi despacho. Cuando queráis hablar de un asunto serio, agendad una reunión con Milena.

—Qué descarada —bromea Léo.

Hoy no me apetece salir a almorzar, así que pido una ensalada con carne a la plancha por la aplicación y sigo trabajando en mis casos. Mi móvil suena y veo el nombre de Bernardo en la pantalla.

—Hola, Bernardo.

—Hola, princesa, ¿cómo estás?

—Bien… y con ganas de verte.

—Mmm, yo también ya te echo de menos, pero no te preocupes, que el sábado estaremos juntos.

—Perfecto. No te olvides de que tenemos la despedida de Irina, y quiero que vengas conmigo.

—No lo olvidaré. Tengo que irme, tengo una reunión ahora. Solo llamé para saber si estabas bien.

—Vale. Hasta luego, Be.

Llega mi pedido, y me tomo unos minutos para comer. Aprovecho para enviar un mensaje a mis amigas invitándolas a ir de compras al centro comercial para elegir ropa para el sábado y, por supuesto, aceptan encantadas.



Quedé con mis amigas para vernos en un restaurante del centro comercial. Vamos a cenar y luego a comprar ropa. Como ya casi es hora, apago el portátil, guardo los documentos importantes y confidenciales en el cajón y salgo. La jornada laboral ya ha terminado, y en el edificio solo quedan los vigilantes, que permanecen hasta las siete de la tarde.

Llego al restaurante y las encuentro ya sentadas en una mesa más reservada, disfrutando de un buen vino. Se levantan y nos

saludamos con un abrazo, como siempre.

—Hola, chicas, ¿cómo estáis?

—Estamos bien, ¿y tú?

—Mejor ahora, por veros y poder cenar juntas como hacíamos hace años.

Elegimos la cena y tomamos vino mientras hablábamos de los planes de Irina.

—¡Tengo que contaros algo! —comento, algo nerviosa.

—¿Qué quieres contarnos, amiga? —pregunta Irina.

—Estoy saliendo con Bernardo —les suelto de golpe.

—¡Sabía que eso iba a pasar! —dice Júlia, entusiasmada.

—No sabías nada —Irina ni intenta disimular su sonrisita.

—¡Claro que sí sabíamos! Era evidente para cualquiera que estuviera observando desde fuera la forma en que interactuabais en aquella isla. Bernardo no se despegaba de ti, hizo un montón de cosas por ti, sin mencionar cómo se miraban mientras hablaban y bebían vino —Júlia no se deja intimidar.

—Júlia, me lié con él mucho después de aquel día. En ese momento no lo veía de esa forma —respondo con sinceridad.

—Lo sé, amiga, pero fue allí donde se plantó la semillita del amor entre vosotros —dice Júlia, soñadora.

—Es verdad, Júlia tiene razón. Cuando fuisteis a dar una vuelta en el jet ski, tus hermanos se pusieron furiosos porque Bernardo no se despegaba de ti. Estaban muy desconfiados, porque él no suele actuar así —añade Irina, recordando todo lo que pasó en la playa.

—Te mereces empezar de nuevo y ser feliz, amiga. No te prives de eso, vive tu vida —dice Júlia.

—Tengo que estar de acuerdo con ella: eres joven, y además preciosa. Claro que te mereces encontrar un nuevo amor. Bernardo es un hombre increíble. Estoy segura de que serás feliz con él, amiga —concluye Irina.

—Gracias por estar a mi lado. Sois las mejores amigas que podría tener en esta vida.

—Eh, chicas, ¿qué os parece si vamos de compras? —propone Júlia, súper entusiasmada.

—Tenemos que comprar prendas preciosas para nuestra noche del sábado. Quién sabe si no encontramos a alguien interesante para terminar la noche. —Nos reímos con el comentario de Júlia.

—Yo seguro que me voy a casa acompañada de Bernardo. —Ellas dan pequeños saltos de emoción. Aunque las circunstancias de esta nueva relación sean distintas, solo puedo dar gracias por tener a mi lado personas tan buenas y leales.

Compramos todo lo que necesitábamos para nuestra noche del sábado; el tiempo con ellas siempre es divertido y agotador. Después de probarnos un montón de ropa, nos despedimos y damos la noche por concluida.

Conduzco tranquilamente hacia casa, y cuando estoy cerca de mi urbanización, veo que un coche negro me va siguiendo. Al poner el intermitente para entrar, el coche acelera y sale derrapando. Siento que el corazón se me dispara; tengo miedo, porque parece ser el mismo coche de aquel día. Ni siquiera tuve tiempo de anotar la matrícula para identificar al conductor. A partir de ahora, tendré que estar más atenta y, si vuelve a pasar, tomaré medidas.

16

Bernardo Del Valle 

Viajé temprano a mi finca con la intención de resolver algunos asuntos urgentes relacionados con la bodega, ya que planeaba volver el sábado para pasar el fin de semana con Marianne. Al verla aún dormida, le di un beso en la frente y dejé una nota en la mesilla junto a la cama. Mientras salía del edificio de Marianne, noté el coche de Valentina estacionado al otro lado de la calle. Sus cristales eran oscuros y estaban cerrados. Intenté cruzar la calle para enfrentarla por el acoso y la persecución que estaba sufriendo, pero cuando me acerqué, aceleró y salió derrapando a toda velocidad. Decidí mentalmente ocuparme de eso a mi regreso.

Al llegar a Flores da Cunha, fui a comprobar el avance del trabajo y solo después me dirigí a casa para encontrarme con mi familia. Era casi la hora del almuerzo y aún tenía pendiente llamar a Marianne. Dejarla en la cama por la mañana fue difícil, porque realmente quería llevármela conmigo, pero entendía que tenía sus propios compromisos y no podía estar disponible siempre que yo lo quisiera.

Me enamoré de Marianne, algo que imaginaba que pasaría rápidamente; al fin y al cabo, siempre me sentí atraído por esa mujer. Desde su llegada, nos habíamos ido acercando en el trabajo, saliendo juntos a algunos lugares, hasta que finalmente sucedió. Estaba dispuesto a hacer por ella lo que no había hecho por ninguna otra mujer desde que se cruzó en mi camino.

Desperté con los rayos del sol entrando por la ventana de mi habitación en la finca, disfrutando de la hermosa vista del viñedo. Aquí el día era muy distinto al ajetreo de São Paulo. Me di una ducha revitalizante y me puse ropa adecuada para el trabajo en el viñedo.

Luego bajé a desayunar y me encontré con mis padres y mi hermana en la mesa.

—¡Buenos días a todos! —Los saludo con un beso en la mejilla, valorando el tiempo en familia.

—Hijo, ¿hasta cuándo te quedas esta vez? —pregunta mi padre.

—Viajo de vuelta a São Paulo esta noche y regreso el lunes por la mañana. Me quedaré toda la semana por aquí —respondo.

—Bernardo, ¿por qué no te quedas con nosotros el fin de semana, ya que estarás aquí durante la semana? —pregunta mi madre con expectación.

—No puedo, tengo un compromiso el sábado por la noche —respondo con una sonrisa, mientras mi madre bromea insinuando asuntos amorosos.

Me río de lo que dice mi hermana, revelando sin querer la verdad. Ellos realmente me conocen bien.

—¿Has conocido a alguien, Bernardo? ¡Por fin! ¿Cuándo nos la vas a presentar? —pregunta mi madre entusiasmada, mirando a mi padre, que ya está pensando en nietos. Están deseando convertirse en abuelos.

—Tranquila, doña Bianca, todo a su tiempo —respondo, intentando frenar su emoción.

—Estoy deseando conocer a mi futura nuera. Después de treinta y cinco años, es la primera vez que veo un brillo diferente en tus ojos. ¡Quiero mis nietos! —exclama, aunque yo no haya mencionado nada al respecto. Parece que eso es lo único en lo que piensan.

—Es especial, mamá. Tengo muchas ganas de presentártela y mostrarte mi rincón favorito del mundo —respondo, esquivando hábilmente el tema de los nietos.

—Bernardo, ¿puedo ir contigo a São Paulo? —pregunta mi hermana Bruna.

—Por mí, ningún problema. ¿Ya pediste permiso a nuestros padres? —le digo, sonriendo ante su expresión traviesa.

—¡Ay, ya no soy una niña! —Hace un puchero, y todos nos reímos de su cara.

—Solo tienes diecisiete años, Bruna, así que sí, necesitas permiso —le recuerdo.

—Puedes ir, hija —dice mi padre, autorizando.

—Gracias, papi, eres el mejor —agradece Bruna, y yo me levanto de la mesa, dando las gracias por el desayuno.

Aquí, en la finca, es realmente el mejor lugar del mundo. Me siento en paz y adoro trabajar en el campo, cuidando de la plantación de uvas. Camino entre las vides, analizando la orientación de los racimos respecto al sol, la calidad de las hojas y buscando manchas. Aunque tengamos especialistas, me gusta estar presente en cada etapa. Esa dedicación minuciosa ha sido una de las razones de nuestro éxito el año pasado. Estoy ilusionado con la próxima cosecha y tengo grandes expectativas para las futuras producciones.

Hoy estoy ultimando los detalles para el embotellado de los vinos que están en almacenamiento. Ya he aprobado las etiquetas de Del Valle y el modelo de botella. Esta semana vamos a embotellar nuestro mejor vino.

El mes que viene recibiré a los responsables de la comercialización de nuestro vino en Italia. Vendrán personalmente a la bodega para comprobar la calidad de nuestro producto. Estoy impresionado y muy feliz con este proyecto. Estamos llevando la marca Del Valle a un nuevo nivel y aumentando nuestro valor en el mercado vinícola. Nunca he estado tan feliz y entusiasmado en toda mi vida. Por fin, las cosas están saliendo según lo planeado.

Mi móvil vibra en el bolsillo. Al sacarlo, veo que es una notificación de mensaje. Lo que no me agrada es ver el nombre de Valentina. ¿Qué será esta vez?

Valentina:
Hola, ¿todo bien?
Necesito verte.

Valentina no se rinde, haga lo que haga. Ha desarrollado una dependencia emocional y afectiva hacia mí, y reconozco que tengo parte de culpa en eso. Cuando me di cuenta de que ella se estaba involucrando emocionalmente, debería haber puesto un punto final.

Pero seguí prolongando la situación, y ahora no me deja en paz. Decido ignorar el mensaje y continúo el camino hacia casa, ya que casi es hora de almorzar.

Valentina:

Respóndeme, Bernardo.

No sabes de lo que soy capaz por verte, por tenerte aquí conmigo…

Valentina:

Te echo de menos. Será mejor que no me ignores, Bernardo.

Y eso es exactamente lo que hago. Si respondo, ella podría interpretarlo como interés, así que la mejor opción es evitar todo contacto. De ese modo, acabará dándose cuenta de que lo nuestro ya no tiene futuro.

Almuerzo con mi familia y aprovecho para descansar un poco. Por la tarde, tengo algunos asuntos burocráticos relacionados con la exportación que resolver, y eso me mantendrá encerrado en el despacho durante unas horas.

Saco el móvil del bolsillo y llamo a Mari, ya echándola de menos.

—Hola, Bernardo, ¿todo bien? —contesta ella.

—Hola, Mari, ¡qué ganas tenía de oírte! —Puedo oír su sonrisa al teléfono.

—Mañana nos vemos, pero ya te extraño —pienso, sin decirle que voy a adelantar mi regreso y que la veré esta misma noche; quiero sorprenderla—. No veo la hora de estar contigo, princesa.

—Mmm, por favor, vuelve pronto. Te quiero mucho aquí.

—Pronto estaré a tu lado. Cuídate, ¿sí? Tengo que colgar y volver al trabajo; aún me quedan muchas cosas por cerrar antes de regresar.

—Vale. Hasta luego, Bernardo. ¡Un beso!

Escucho pasos en la escalera y veo que mi hermana está allí parada.

—¿Estás escuchando mis conversaciones, Bruna?

—¿Qué dices, hermano? Acabo de llegar. ¿A qué hora vamos a São Paulo?

—Will llega a las veinte, salimos entonces.

—Perfecto, voy a preparar mis cosas.

Sube de nuevo al cuarto, y nunca la he visto tan emocionada. Creo que le encantará venir conmigo a la discoteca, ya que rara vez sale de noche, y estoy seguro de que se divertirá mucho.

Me dirijo al despacho y paso el resto del día completamente inmerso en el trabajo. No puedo quejarme: hago lo que me apasiona, me siento realizado y he tenido mucho éxito. El día pasa volando, y me doy cuenta de que faltan poco más de dos horas para nuestro regreso a São Paulo. Decido darme una ducha, ya que pienso dejar a mi hermana en mi piso e ir directamente al de Mari. No puedo esperar más para tenerla en mis brazos.

Después de la ducha, dejo todo preparado y bajo para la cena familiar. En cuanto me siento a la mesa, escucho los pasos de mi hermana bajando las escaleras corriendo.

—Hija, no bajes corriendo las escaleras. Te vas a hacer daño —le advierte mi madre.

—Tranquila, doña Bianca, estoy acostumbrada. ¡No quiero llegar tarde a la cena!

Durante la cena, hablamos sobre la exportación y planificamos cómo será la recepción del equipo que viene desde Italia. Mis padres están entusiasmados con los preparativos e incluso me animaron a traer a Mari para que descanse unos días y disfrute de la finca. Creo que sería interesante que conociera a mi familia y la rutina que tenemos aquí. Sus hermanos ya han venido varias veces a pasar fines de semana o algún festivo conmigo, pero Mari y sus padres aún no han tenido esa oportunidad.

Mi hermana y yo nos despedimos de nuestros padres, que nos acompañan hasta la pista donde está el jet de la familia.

—Bernardo, cuida de tu hermana —advierte nuestro padre.

—Puedes estar tranquilo, papá. No le quito el ojo a esta chica.

—Hola, Will, Marcela, ¿todo bien? Hoy mi hermana vuelve con nosotros a São Paulo —saludo a la tripulación del jet.

—Todo en orden, Dr. Bernardo. Bienvenida, señorita Bruna. Espero que disfrute del vuelo —dice Will.

—Gracias, Will. Seguro que lo voy a disfrutar.

Nos acomodamos en nuestros asientos y seguimos el viaje en silencio. Al llegar a São Paulo, nos despedimos de Will y Marcela y vamos en coche hasta mi apartamento. Noto que mi hermana está muy emocionada, pero siento decirlo, tendré que dejarla sola, porque necesito ver a mi chica, y para eso, tiene que quedarse en mi piso.

—Bruna, en cuanto lleguemos, te dejo en casa y me voy a dormir al piso de Mari, que está en el edificio de al lado. Si pasa algo, solo tienes que llamarme, ¿vale?

—Tranquilo, hermanito. Ve a calmar esas ganas de ver a tu chica.

—Perfecto. Mañana hay una despedida en la discoteca Venus. Es de una amiga de Mari que se va del país. Te voy a llevar conmigo, así aprovechas un poco. Si quieres salir mañana a buscar ropa para la noche, me avisas.

—Qué bien. No te preocupes, traje algo que creo que encaja con la ocasión.

Llegamos a mi edificio, aparco en mi plaza y subimos por el ascensor. Le muestro a Bruna el cuarto que puede usar y me despido de ella con un abrazo.

—Bruna, me voy. Cualquier cosa, llámame. Hasta mañana.

—Venga, corre, impaciente. Se nota que la echas mucho de menos.

Me río, porque así me siento de verdad: con prisa por ver a mi mujer y entregarme a ella. Pero eso, no se lo comparto a mi hermana.

Llego a la puerta de su piso exactamente a las veintidós horas. Espero que todavía esté despierta. Llamo dos veces, y cuando voy a llamar por tercera vez, abre la puerta.

—¿Sorpresa al verme, amor? —salta sobre mí en un abrazo apretado.

—¡Qué buena sorpresa! Entra —pide aún en mi abrazo.

Entro y ya la atraigo hacia mí, besando su boca con muchas ganas.

—Guau… ¿todo esto es por echarme de menos? —Me dedica una sonrisa preciosa y tiene las mejillas sonrojadas.

—Sí, amor. Estoy loco por ti, no puedo estar más tiempo sin verte. ¿Eres capaz de entender cuánto te deseo?

—Sí, porque yo te deseo igual.

Volvemos a besarnos, mis manos bajan por su cuerpo y aprieto su cintura. Tengo tantas ganas, que con solo verla ya siento cómo crece mi erección y anhelo estar dentro de ella.

—¿Notas cómo me excitas, amor? Estoy loco por hacer el amor contigo.

—Joder, Bernardo, me vuelves loca hablando así.

Le bajo los tirantes del pijama y deslizo mi mano dentro de su braguita, y está increíblemente mojada para mí. Toco su clítoris y recorro sus labios húmedos, haciéndola gemir deliciosamente en mi oído. No puedo esperar más, la giro de espaldas, le quito la braguita y también mi ropa, liberando mi polla dura, y entonces la penetro con firmeza.

—Mmm... —gime deliciosamente con nuestro contacto.

—Qué delicia. Voy a hacer el amor contigo toda la noche como te gusta.

—Sí, por favor.

Cambio de posición, me siento en el sofá y la coloco encima de mí; su intimidad se desliza suavemente sobre mi polla, haciéndome gemir de placer. Aprovecho el contacto y beso sus labios, le chupo la lengua y trazo caminos por su cuello. Quiero que se enamore completamente de mí.

—Joder, Bernardo, hoy estás imposible… Si sigues así, me voy a volver adicta a ti.

—Eso es perfecto, porque es exactamente lo que quiero, Mari. A partir de ahora, te quiero así todos los días.

Seguimos haciendo el amor intensamente hasta alcanzar el orgasmo juntos.

—Qué delicia, amor. —Seguimos abrazados hasta que nuestra respiración se normaliza.

—¿Qué te ha pasado hoy? —me mira curiosa, apoyando el rostro en las manos.

—Te he echado mucho de menos, Mari. —Ella ríe y su sonrisa me hace feliz.

Voy al baño a coger una toalla para limpiar la humedad que escurre de ella. Una vez más, no usamos protección, y necesito hablar con ella sobre eso.

—Mari, otra vez no usamos protección —noto que se queda pensativa.

—Lo sé, pero tranquilo, mañana paso por una farmacia y compro la pastilla del día después. ¿Quieres comer o beber algo?

—No, he podido cenar en casa de mis padres antes de salir. Por cierto, mi hermana vino conmigo y está en mi piso. La invité a ir a la despedida de soltera de Irina mañana. ¿Te importa?

—Qué bien, no hay ningún problema. Así aprovecho para conocer mejor a mi futura cuñada —dice con una sonrisa dulce.

—Me alegra, amor. ¿Ahora dormimos?

—Bernardo, no me creo que vayas a dejar a tu hermana durmiendo sola en tu piso.

—Amor, ni de coña me voy a dormir sin ti. Ya lo tengo todo arreglado con ella.

—Ese acuerdo me parece perfecto. Ahora, vamos a dormir, que me has dejado exhausta.

Esta es una noche más durmiendo con ella, solo espero que, a partir de ahora, siempre sea así.

17

Marianne Magalhães

Ya es sábado, y como Bernardo está aquí durmiendo, consigo preparar nuestro desayuno. Me levanto, hago mi higiene matutina y bajo a preparar el café. Al abrir el armario, me doy cuenta de que me he quedado sin café. No me creo que olvidé ir al supermercado, pero por suerte hay una panadería en la próxima manzana donde suelo encontrar lo que me gusta. Con eso en mente, me visto sin hacer ruido para no despertarlo. Cojo mi cartera, las llaves y bajo tarareando en el ascensor. La noche de sueño me ha sentado bien, y aunque son las siete de la mañana, estoy llena de energía.

En la panadería, suelen moler los granos de café al momento, y el paquete queda calentito, con un aroma increíble. También cojo algunos cruasanes, y ahora tengo todo lo que necesitamos para nuestro desayuno.

Al salir de la panadería, veo una farmacia al otro lado de la calle y recuerdo que necesito comprar la pastilla del día después. Cruzo la calle; a esta hora, las calles están vacías, lo cual es una rareza entre semana, cuando el tráfico es intenso. Entro en la farmacia y le pido la pastilla a la dependienta. No es la primera vez que no usamos protección, necesito pedir cita con una ginecóloga para empezar a tomar anticonceptivos orales.

Vuelvo a mi piso, dejo las compras en la cocina y subo para ver si Bernardo ya se ha despertado, pero aún parece estar dormido.

—Hola, amor. Te has levantado temprano —doy un susto cuando Bernardo habla.

—Es que fui a la farmacia a comprar la pastilla —Bernardo no dice nada, solo asiente levemente con la cabeza.

Juntos vamos a la cocina para preparar el desayuno. Después, nos tumbamos un rato a descansar; al fin y al cabo, esta noche

vamos a una fiesta de despedida.

—Bernardo, ¿qué te parece si invitamos a tu hermana a almorzar con nosotros?

—Vale, le mando unos mensajes y le pido que venga.

—¡Perfecto! ¿Hacemos una lasaña a la parisina y medallones de solomillo al estilo Madeira?

—¿Antojos, amor? —pregunta, guiñándome un ojo.

—No, graciosillo. Necesito recibir a mi cuñadita, ¿o la trajiste aquí solo para dejarla encerrada en tu piso?

—Ya le mandé el mensaje, sube en media hora.

Empezamos a preparar juntos el almuerzo. Es muy bonito tener a alguien con quien compartir estos momentos, y el ambiente entre nosotros es agradable mientras lo dejamos todo listo para recibir a mi cuñada. Alguien llama a la puerta.

—Bernardo, ¿puedes abrir?

—Voy —se seca las manos y va a abrir la puerta para su hermana.

—Hola, Bruna, ¡entra! ¿Cómo pasaste la noche?

—Hola, hermano, dormí muy bien.

—Ven, te voy a presentar a mi mujer. Mari, esta es Bruna, mi hermana.

—Hola, Bruna, un placer. Bienvenida a mi casa. Madre mía, eres guapísima.

—Gracias, tú también lo eres.

—Siéntate allí, Bruna. Ya estamos terminando el almuerzo.

—Hacéis muy buena pareja, formáis una pareja preciosa.

Bernardo y yo nos miramos y reímos ante el comentario de su hermana. Es guapísima, con unos ojos muy verdes, aunque no tenga los matices color miel de Bernardo, pero se parecen. Su pelo es largo, rubio e iluminado, y tiene un cuerpo perfecto; no parece tener solo diecisiete años.

Almorzamos en un ambiente muy agradable, organizamos todo en la cocina y nos quedamos viendo una película en el salón, comiendo palomitas y divirtiéndonos mucho en familia. Ahora forman parte de mi vida.

Después de pasar una tarde increíble con Bernardo y su hermana, se fueron a su piso para arreglarse, y quedamos en encontrarnos a las veintiuna horas para ir a la discoteca.

Hablé con mis amigas sobre nuestra ropa, el maquillaje y acordamos la hora para que todas lleguemos allí a tiempo. Estoy triste porque mi amiga se va del país, pero sé que es por una buena razón, y estoy segura de que todo esto tiene un propósito mayor en su vida. Al mismo tiempo, pienso en mi hermano. Va a sufrir un poco, pero lo superará.

Subo a mi habitación, separo la ropa y los accesorios que voy a usar, y me meto en la ducha. Me lavo e hidrato el pelo, me exfolio la piel para dejarla suave y perfumada, me seco el cabello y hago ondas en las puntas; ¡ha quedado precioso! Luego me maquillo y termino de vestirme. Me miro al espejo y me siento bien con la elección de esta noche. Ahora solo queda esperar y disfrutar del momento con las personas más especiales de mi vida.

18

Bernardo Del Valle

Después de conocer a Marianne, siento que algo ha cambiado en mí. Si antes ya tenía claro que ella era la mujer que me haría dejar de estar soltero, ahora quiero formar una familia con ella; mi instinto de protección se hace más evidente cuando se trata de ella. Fue difícil salir de su piso y volver al mío, pero necesito controlarme para no precipitar las cosas y asustarla. Ya me he dado cuenta de que quiere ir despacio, y respetaré su voluntad y su tiempo.

Salgo de la ducha con una toalla atada a la cintura y necesito elegir la ropa que voy a usar esta noche. Opto por unos vaqueros negros y una camisa del mismo color, con las mangas remangadas hasta los codos. Me pongo el reloj y voy al salón a esperar a mi hermana. Mientras tanto, reviso mis correos electrónicos y respondo algunos más urgentes.

Mi hermana entra en el salón y levanto la vista para verla. Hoy voy a tener trabajo doble.

—Madre mía, Bruna, ¡estás guapísima!

—Gracias, hermano. ¿Podemos irnos?

—Claro, vamos a buscar a mi chica.

—Te ha atrapado bien, ¿eh, Bernardo Del Valle?

—No puedo negarlo. —Nos reímos de la situación.

Bajamos al aparcamiento, cojo mi coche y aparco frente al edificio de Mari. En cuanto bajo, vuelvo a ver el coche negro de cristales oscuros al otro lado de la calle. Me parece extraño, porque no es la primera vez que ese coche está aparcado en el mismo sitio.

Mi hermana se queda esperando en el coche mientras yo subo a buscar a Mari. Llamo dos veces a la puerta y ella abre. No estoy preparado para la visión que provoca en mí.

—Joder, amor, estás deslumbrante.

No le da tiempo a decir nada. Me acerco, paso el brazo por su cintura, huelo su cuello, su pelo, y beso su boca. Ella responde. Cuando estamos casi sin aliento, me aparto y beso su frente.

—¿Cómo está la mujer más guapa de mi vida?

Ella sonríe. Es la sonrisa más bonita que he visto jamás.

—Estoy bien y lista para bailar mucho esta noche contigo.

—Por supuesto, amor, haría cualquier cosa por ti. Vamos, que Bruna nos está esperando en el coche.

Bajamos de la mano hasta el coche. Le abro la puerta, doy la vuelta y me siento en mi lado, arrancando rumbo a la discoteca.

—Hola, Bruna. Madre mía, estás espectacular. Me encanta tu estilo. Vas a atraer muchas miradas esta noche.

—Gracias, cuñada. Tú también estás preciosa. Vamos a darle mucho trabajo a mi hermano esta noche.

—Menos mal que mis amigos estarán allí para ayudarme a contener los daños. —Las dos se ríen de la mueca que pongo.

Al llegar a la discoteca, aparcamos en una de las plazas reservadas y nos dirigimos a la entrada. Entro con Mari de la mano, y Bruna va a nuestro lado. Como ya tenemos las pulseras del área VIP, nos dejan pasar sin tener que hacer la cola, que por cierto, está bastante larga. Y dentro no es diferente: está a reventar.

Subimos las escaleras y veo que el grupo ya está reunido, algunos de pie, otros en el sofá, y las bebidas en un cubo con hielo sobre la mesa. Saludamos a todos, y la única persona nueva es Bruna, así que Mari se encarga de presentarla a todos. Le doy un beso en agradecimiento por toda la atención que está dedicando a mi hermana.

—Bruna, ven conmigo, voy a presentarte a mis amigos.

—Ah, genial. Voy contigo.

—Bruna, estas son mis amigas, Júlia e Irina, que se marcha del país. Y este es Rafa, nuestro amigo y socio de la discoteca, que nos ha cedido este espacio; también es comisario de policía. Chicos, ella es Bruna, mi cuñada.

Mi hermana saluda a todos con un beso en la mejilla, y veo que Rafael se ha tomado unos minutos para fijarse bien en ella. Tendré que vigilarla. Mientras observo, escucho a Mari hablando con

él y me río. Mi chica no deja pasar ni una; es muy parecida a sus hermanos, que son bastante observadores.

—Eh, Rafa, ni te emociones, que todavía es menor. Tiene solo diecisiete años.

Él se ríe a carcajadas por su comentario y bebe un trago de su whisky.

—Joder, Mari, después de esa información, mantendré las manos bien lejos, puedes estar tranquila.

—Más te vale, Rafael.

Voy hacia Mari y la abrazo. Me doy cuenta de que Lucca nos observa, pero parece feliz con nuestra relación. El apoyo de mis amigos es importante para mí, y más aún siendo los hermanos de mi chica. Ellas se quedan charlando en el grupo de las chicas, y yo con los gemelos y Rafael.

19



En noches con ellos, la diversión está garantizada; nuestro grupo es muy animado. Aprovecho para sonsacar a mi amiga, al fin y al cabo, Lucca dijo que iría a su piso.

—Eh, Irina, ¿con ganas del viaje? —Noto que ya está un poco alegre por la bebida.

—Ay, amiga, sí. Ayer tu hermano llamó a mi puerta y no le abrí. —Veo tristeza en su mirada, aunque intenta disimular. La historia de ellos dos aún va a dar mucho que hablar.

—¿Y por qué no le abriste?

—¿Porque soy débil? Estoy segura de que habría cedido y pasado la noche con él, como siempre. Me voy el lunes, amiga. Ya lo tengo decidido; nada va a cambiar mi decisión. ¿Puede que me arrepienta en el futuro? Sí, puede ser, pero ahora no quiero pensar en eso.

—Te entiendo y apoyo cualquier decisión que tomes. Tal vez este tiempo sea necesario para vosotros.

Mientras charlo con mis amigas, siento que Bernardo se acerca y me susurra al oído muy bajito:

—Amor, te he traído un cóctel.

—Mmm… qué rico, gracias, amor.

Me mira sorprendido, porque es la primera vez que lo llamo así. Entonces me besa muy despacio, y va profundizando el beso poco a poco; aprieta mi cuerpo contra el suyo para que sienta cuánto está excitado. Si seguimos así, ya sé cómo vamos a acabar, así que interrumpo nuestro beso. Me doy cuenta de que no está bebiendo, y decido preguntar:

—¿No estás bebiendo esta noche?

—Hoy no. Estoy tranquilo; tengo que cuidar de mi chica y de mi hermana. No suelo beber cuando conduzco.

Me parece precioso ese cuidado que está teniendo conmigo. Aprovecho que está tan cerca y lo beso. Y qué beso más delicioso tiene, no me canso de decirlo.

—Eh, ¿os vais a ir a una habitación? —dice Júlia, toda emocionada, y Bernardo se ríe y vuelve con mis hermanos al sofá.

Irina llama a todo el mundo para bailar en la pista. Avisamos al grupo y bajamos las cuatro a la pista central. La discoteca está a reventar, y hay un DJ famoso pinchando esta noche; la gente está eufórica bailando.

Ya hemos bailado unas seis canciones y siento ganas de ir al baño. Miro hacia arriba y veo que ellos están charlando. Le aviso a Bruna que voy al baño y salgo de la pista. Como hay mucha gente, tardo un poco en llegar al pasillo. Siento que alguien choca conmigo y pierdo el equilibrio; por suerte estoy sobria y consigo mantenerme en pie.

Cuando levanto la vista, veo que Valentina está parada frente a mí.

—No te rindes nunca, ¿eh? ¿Qué tengo que hacer para que dejes libre a Bernardo? —Me aprieta el brazo con fuerza; estoy segura de que me va a quedar marca.

—Valentina, para empezar, suelta mi brazo. Y segundo, en la vida no siempre se gana, así que supera que perdiste a Bernardo. Está conmigo y no va a volver contigo. —Respondo con el mismo desprecio que ella me muestra.

—No pierdes nada por esperar, Marianne.

Deja esa amenaza en el aire, suelta mi brazo y se va por el pasillo de la discoteca. Qué loca... El lunes voy a hablar con mis hermanos para cancelar su contrato. Ya he esperado demasiado. No me gusta mezclar las cosas, pero para mí esta rivalidad absurda ya ha llegado al límite.

Voy al baño, hago lo que tengo que hacer, me lavo las manos y me retoco el pintalabios.

Vuelvo a la pista, y mis amigas siguen bailando animadas, así que me uno a su ritmo. En cierto momento, siento que alguien me abraza por la cintura y reconozco enseguida el olor de Bernardo.

Sigo moviendo las caderas, y él se une a mí. Bailamos un rato con nuestros cuerpos pegados.

Me giro para mirarlo de frente y, sin poder esperar más, nuestros labios se encuentran en un beso urgente y lleno de pasión. Los besos con él siempre son intensos, y muerde mis labios provocándome, mientras mis manos acarician discretamente su miembro. Siento que nunca he besado tanto en mi vida, porque este hombre parece disfrutar de besar tanto como yo.

Me susurra al oído con deseo y sigue besándome:

—¿Qué te parece si damos por terminada la noche?

—Me parece perfecto —respondo con una sonrisa traviesa.

Miro hacia un lado y veo que Lucca está bailando con Irina, Léo con Júlia y Rafa con Bruna.

—Podemos irnos, pero el grupo todavía está bastante animado bailando. ¿Y Bruna? —comento.

—Pueden quedarse, amor. Le pediré a Léo que lleve a mi hermana a casa; al fin y al cabo, vivimos en el mismo edificio. Además, Lucca seguro que va a terminar la noche con Irina.

Vuelvo a mirarlos, y se están besando. Parece que mi amiga realmente no puede resistirse a mi hermano. Mientras Bernardo habla con Léo, me despido de mis amigas.

Salimos de la discoteca y, por el camino, decido comentarle a Bernardo lo de Valentina. Se indigna y dice que ya ha hablado con ella, que no entiende en absoluto esa obsesión. Me pide disculpas por la situación y coincide conmigo en que ella ha sobrepasado todos los límites con sus persecuciones y amenazas.

Llegamos a mi urbanización y Bernardo aparca en una de las plazas disponibles. Subimos hasta mi piso. Abro la puerta y me siento para quitarme las sandalias.

Bernardo se sienta a mi lado y se inclina para desatar mis sandalias. Su mano se desliza lentamente por las tiras, y mi piel se estremece con su toque. Él nota mi reacción y repite el gesto en el otro pie, quitando la sandalia con la misma lentitud. Sus manos grandes suben por mis piernas, y siento cómo mi cuerpo se calienta, excitándome con la forma en que me toca y me mira.

Se acerca a mí, me toma del cabello con suavidad y nuestros labios se encuentran en un beso ardiente. Su toque y su boca me hacen suspirar; la intensidad del beso nos lleva a profundizarlo aún más. Mientras nos besamos, desabrocho su camisa y paso mi mano por su abdomen definido, subiendo lentamente hasta pellizcarle suavemente los pezones. A continuación, aprieto su polla, ya dura para mí, y Bernardo sigue devorando mi boca.

Vuelve a sentarse en el sofá y me atrae hacia su regazo, colocándome con las piernas a cada lado de las suyas. Me froto contra su erección mientras seguimos besándonos. Con habilidad, bajo la cremallera de su pantalón e introduzco la mano en sus calzoncillos, liberando su polla deliciosa y completamente erecta.

Mi mano se desliza lentamente por toda su longitud, y él gime de deseo. Dejo de besarlo y miro su erección palpitante, sintiendo el deseo de tenerla en mi boca. Me bajo con suavidad de su regazo y me arrodillo en el suelo del salón. Le quito el pantalón y los calzoncillos y le abro las piernas para tener el acceso y la vista que deseo.

Empiezo acariciando sus muslos musculosos y voy subiendo poco a poco, masajeándole los huevos con suavidad. Después, paso mi lengua lentamente de abajo arriba a lo largo de su polla, provocándole. A continuación, deslizo mi lengua húmeda por la base de su polla y, finalmente, me la meto en la boca, chupándola con mucha intensidad, de una forma que le vuelve loco.

—Joder. Eres una profesional en esto, Marianne. Mmm, qué delicia, amor. Si sigues así, me voy a correr, pero quiero hacerlo dentro de tu coño caliente.

Y sigo chupándole la polla, me encanta ver las reacciones que le provoco a Bernardo mientras lo hago con ganas. Está cada vez más duro, y yo cada vez más excitada, notando cómo mi coño se empapa. Estoy loca por sentarme, restregarme encima de él y sentir toda su grosura dentro de mí.

—Mmm, qué ganas de sentarme en tu polla, Bernardo.

—Entonces ven, ricura.

Él empieza a masturbarse mientras yo me levanto y me coloco sobre su regazo. Comienzo a restregar su polla en mi coño, y

es un morbo indescriptible. Cojo su polla y la coloco en la entrada, sentándome despacio, apretándola dentro de mí poco a poco, restregándome sobre ella como a mí me gusta y como tanto placer me da.

—Joder, amor, qué coño más jodidamente rico.

Empiezo a moverme, a menearme sobre él, restregándome de arriba abajo muy despacio, aumentando cada vez más la fricción y la profundidad, volviéndonos locos de placer. Somos muy compatibles en la cama, tenemos una química increíble.

—Qué rico estás... No lo soporto, quiero correrme, ¡Bernardo!

—Claro que aguantas, bombón, estás hecha para mí.

Él lo dice admirando lo bien que encajamos, y bajo esa mirada intensifico los movimientos sobre él. Gime deliciosamente en mi oído, aprovecho para besarle la boca como a mí me gusta, aumentando aún más los movimientos. Termino corriéndome, intento mantener el ritmo, pero mi cuerpo está tan relajado que me siento sin fuerzas. Él se da cuenta de que estoy completamente entregada y cambia la posición. Empieza a darme estocadas fuertes en el coño, hasta que le siento palpitar dentro de mí, y se corre como un loco. Nos quedamos abrazados hasta que se nos pasa la respiración agitada.

—Te quiero, Mari.

—Yo también te quiero, Bernardo.

Por fin logro expresar mis sentimientos sin sentirme culpable. Amo a este hombre y lo que estamos viviendo, y si me está permitido, quiero vivir esto para siempre a su lado. Nos vamos al dormitorio, nos duchamos juntos y seguimos haciéndonos el amor durante la madrugada.

Nuestro fin de semana fue maravilloso. El domingo, solo salimos para almorzar con su hermana y mis hermanos en un restaurante del barrio. El resto del día, Bernardo lo pasó conmigo. Su hermana se quedó en el piso con mis hermanos, que más tarde la acompañaron a un bar por la noche. Estuvieron muy atentos y se aseguraron de que nadie se le acercara demasiado. Son muy protectores, y no cabía duda del cuidado que tendrían con ella.

20

Bernardo Del Valle 

Hoy estoy volviendo a Flores da Cunha, llevando a mi hermana, y planeo quedarme allí durante toda la semana, ya que tengo algunos asuntos pendientes del inicio de la obra que resolver. Sin embargo, antes de seguir adelante, necesito echar un vistazo a un terreno. He concertado una cita con el agente inmobiliario para las diez de la mañana y, para eso, necesito pasar primero por la oficina a recoger unos documentos.

Me dirijo directamente a mi despacho, cojo los documentos y, antes de salir, decido pasar por la sala de los gemelos. La puerta de su sala está abierta y ellos están conversando animadamente.

—¡Buenos días! ¿Todo bien por aquí?

—¡Excepto por el hecho de que nuestro cliente ha cancelado la reunión de ahora, todo bien! —comenta Léo.

—Pensaba que ya estarías yéndote temprano a Flores da Cunha —observa Lucca.

—Sí que me voy, pero antes he quedado para ver un terreno. —Los dos se miran entre sí y parecen curiosos.

—¿Y para qué quieres un terreno? —pregunta Lucca, claramente lleno de curiosidad.

—Tengo algunos planes para este año.

—Ya que ahora no tenemos muchas actividades, podemos ir contigo. Y, ya que quisiste ser nuestro cuñado, no puedes negarte —me río con el argumento que utilizan.

—Entonces vamos, no puedo llegar tarde.

Cada uno de nosotros va en su coche hacia el barrio Jardins. Cuando llegamos al lugar acordado, vemos al agente inmobiliario al otro lado, apoyado en el coche frente al terreno.

—¡Buenos días! —le saludo dándole la mano.

—Hola, Bernardo, buenos días. Has venido acompañado, qué bien, así podéis comprar tres terrenos de una vez —dice el agente sonriendo, aprovechando la oportunidad.

—No tuve elección, son mis cuñados, Lucca y Leonardo. —Los llamo así por primera vez, y todos se ríen.

—Bernardo, este es el terreno que acordamos ver. Como puedes ver, es muy grande, justo como pediste.

—Guau, este terreno es enorme —comenta Lucca.

—En realidad, aquí hay tres terrenos. —Veo a los gemelos mirarse entre ellos, pero permanecen en silencio.

Elijo el terreno y finalizo la negociación con el agente, que prometió enviar el contrato de compraventa para su revisión. Se marcha, y nos quedamos los tres a solas.

—Quiero vivir aquí con Mari, si ella acepta —declaro mis planes de una vez.

—¿En serio? ¿Y si no acepta? —pregunta Lucca.

—No contemplo esa posibilidad. No tengo dudas de cuánto la quiero.

—Joder, nunca imaginé verte tan entregado a una mujer, y mucho menos que fuera mi hermana —comenta Léo.

—Ve acostumbrándote a la idea, cuñado. Voy a contratar a alguien para construir aquí; quiero una obra rápida. Después, necesito el contacto de Júlia; quiero contratarla para el proyecto. Ella conoce los gustos de Mari.

—Voy a comprar el terreno al lado del tuyo —afirma Lucca.

—¡Y yo el otro! —confirma Léo.

—¿Lo decís en serio?

—Sí, estaremos más seguros juntos que con un desconocido viviendo al lado de vosotros. Estaremos en familia —expresa Lucca su preocupación. De nosotros tres, él es el más atento a los temas de seguridad.

—Estoy de acuerdo contigo, Lucca. Me voy de viaje; os pido que no digáis nada a Mari. Cuando vuelva, hablaré con ella, le contaré mis planes, este lugar. Espero que le guste.

—No te preocupes.

Mientras viajo, reflexiono sobre los recientes cambios en mi vida: la expansión de la bodega, la llegada de Marianne y el profundo deseo de formar una familia a su lado. Siempre he tenido acceso a todo lo que el dinero puede ofrecer, pero puedo decir que nunca me he sentido tan feliz y completo como ahora, junto a ella. Es la persona que faltaba para completar mi vida.

Al llegar a mi piso, encuentro a Bruna sentada en el sofá del salón. Me mira con los ojos brillantes y sonríe.

—Hola, hermano.

—Hola, Bruna. He venido a buscarte para que vayamos a Flores.

—Ah, si pudiera, me quedaría aquí.

—Pronto podrás; solo tienes que elegir una universidad aquí.

—Lo estoy pensando, pero aún no me he decidido.

—Podemos alquilar un piso cerca de la universidad; así te resultará más fácil y tendrás más privacidad.

—Sí, eso está genial. Bernardo, me ha gustado mucho Mari; encaja muy bien contigo.

—Me alegra oírlo, hermana. ¿Vamos a casa?

—¡Vamos!

Dejo São Paulo con la expectativa de volver pronto, todo por ella. Antes no me importaba cuánto tiempo estuviera fuera, pero ahora sé que hay alguien esperándome. ¡Eso lo cambia todo!

21

Marianne Magalhães

Llego a la oficina el lunes, a las ocho y media de la mañana, y veo que Milena ya está en su mesa trabajando.

—Hola, Milena, ¡buenos días! ¿Qué tal tu fin de semana?

—Hola, doctora Marianne, fue estupendo. Espero que el suyo también lo haya sido.

—Sí, lo fue, gracias. ¿Cómo está mi agenda hoy?

—A las nueve tiene una cita con una clienta nueva. Por la tarde, su agenda está libre debido al viaje de su amiga.

—Perfecto. Gracias, Milena. ¿Sabes si mis hermanos ya han llegado?

—Los dos acaban de llegar, juntos.

—Por favor, consulta con su secretaria si tienen algún hueco libre esta tarde y pídele que agende una hora conmigo. —Quiero hablar sobre la desvinculación de Valentina, pienso.

—De acuerdo. Hablaré con ella.

Entro en mi despacho, enciendo mi portátil, Léo y respondo todos los correos pendientes.

Llega mi clienta, y la atiendo en mi despacho, con la presencia de Milena, para que posteriormente pueda redactar algunos documentos del caso. Es un caso difícil y que requerirá muchas horas de trabajo en la oficina; voy a necesitar apoyo en este asunto.

Hoy, Bernardo ha vuelto a Flores da Cunha con su hermana y se quedará allí toda la semana. Ya le echo muchísimo de menos. En tan poco tiempo, ya me ha dominado por completo. Espero que esta semana pase muy rápido, porque deseo con todas mis fuerzas volver a estar en sus brazos.

Mi amiga Irina viaja por la tarde; quizá aún pueda hablar con ella para confirmar la hora en la que estará en el aeropuerto. Cojo el teléfono y la llamo.

—Hola, Irina, ¿todo bien?

—Hola, Mari, todo bien, ¿y tú?

—Todo bien por mi parte. ¿Y tu vuelo? Es a las catorce, ¿verdad?

—Ya tengo las maletas hechas y una ansiedad que no me cabe en el cuerpo. Llegaré unos cuarenta minutos antes de la hora.

Las dos nos reímos, porque imagino cómo se siente, ya que me sentí igual cuando volví a Brasil.

—Iré a despedirme de ti en el aeropuerto.

—Vale. Te espero allí.

—Amiga, eres una mujer increíble. Una cardióloga brillante. Aún creo que acabarás siendo mi cuñada oficial, tengo fe en eso, aunque pasen cuatro años.

Las dos nos reímos, porque ese es exactamente el tiempo que vivirá fuera.

—Mari, tú lo sabes, él lo sabe. Vamos a dejar que el tiempo haga lo suyo. De momento, voy a seguir con mi plan y espero que en el futuro nos reencontremos de alguna forma. —La voz de mi amiga está quebrada.

—Estoy aquí para ti. Sigue con tu plan y vuelve con nosotros, doctora Irina, porque no hay en esta vida quien cuide mejor de un corazón que tú.

—Eres la mejor, Mari. Te quiero, amiga.

—Yo también. Hasta pronto.

—Hasta…

Cojo la carpeta del caso, mi bolso, las llaves y me dirijo al juzgado para la audiencia de instrucción. Me encuentro con mi clienta antes de la hora fijada y hablamos del caso, de su actitud y de otras cuestiones importantes para ganar.

Durante la audiencia, tuvimos algunas discrepancias con el abogado de la otra parte, pero al final todo salió bien.

Como ya es casi la hora del almuerzo, elijo un restaurante italiano. Hoy me apetece comer una buena pasta. En mi restaurante

preferido, pido un plato de espaguetis a la carbonara y una carne a la plancha; disfruto de mi elección y pido una tarta holandesa de manzana de postre.

A las trece y quince, me dirijo al aeropuerto para despedirme de Irina. Aparco y me encamino hacia la zona de embarque. Desde lejos, veo a mi amiga sentada en la sala de espera y camino hacia ella.

—¡Eh, Irina!

—Mari, qué bien que hayas venido —me mira sorprendida.

—No todos los días una amiga se va del país.

Nos abrazamos durante un buen rato. Miro mi reloj: faltan veinte minutos para el embarque, y me pregunto dónde está Lucca.

—¡Irina! —Oímos gritar a Lucca, y giramos juntas para mirar a mi hermano, que acaba de llegar para despedirse de su amada.

—Bueno… os dejaré estos minutos, creo que los necesitáis. No los desperdiciéis —les digo a los dos y me alejo.

Me voy a otro lugar para darles privacidad. Mientras espero, voy a comprar una botella de agua; ese dulce me ha dado mucha sed. Al otro lado, veo a Lucca sosteniendo el rostro de Irina, y ella llora mientras le habla. Me duele tanto por ellos, porque ninguno de los dos merece sufrir. El destino es realmente una perra sinvergüenza.

Ellos me miran y me llaman para que me acerque; es hora del vuelo. Me acerco a ellos y me despido de mi amiga, deseándole que encuentre lo que busca en este viaje.

Regresamos a la oficina ya a media tarde. Hablo con mi hermano; está destrozado, y espero que ese sentimiento se le pase pronto. Deseo que el destino sea generoso con ellos. Escucho que alguien llama a la puerta y doy permiso para entrar. Alzo la vista y veo que es Milena.

—Hola, Milena, ¿qué necesitas?

—Dra. Marianne, tengo una cita médica a las dieciséis horas y he venido a avisarla. Es para revisar los resultados de unas pruebas que me hice, pero en unos cuarenta minutos estaré de vuelta.

—Está bien, Milena, no te preocupes; si necesitas más tiempo, no pasa nada, me las arreglo por aquí.

—Gracias, doctora Marianne.

Estaba tan concentrada en el trabajo que me olvidé de mirar el móvil. Veo que tengo varias llamadas perdidas del comisario Borges. Qué raro. Voy a devolverle la llamada. Marco y salta directamente al buzón de voz. Intento de nuevo, y alguien entra en la sala.

—¿Qué haces aquí, Valentina?

—He pensado mucho en mi vida estos últimos días y decidí venir a hablar contigo.

Observo atentamente a Valentina y veo que tiene los ojos rojos e hinchados, como si hubiera llorado mucho. Por eso, creo que lo mejor es escucharla.

—Está bien, puedes hablar —le digo con firmeza.

—Quiero pedirte disculpas por todo lo que te dije sobre Bernardo. Sé que no debería haber dicho todas aquellas cosas, ni haberte amenazado. Me equivoqué, hablé por impulso, y lo reconozco. Por eso quiero pedirte perdón. Eso no volverá a pasar jamás, Marianne. Sé que estáis juntos y que ya no tengo ninguna oportunidad con él. Veo cómo te mira; nunca me miró así a mí. Así que quiero que él... que seáis felices.

Ella empieza a llorar delante de mí, y me quedo sin saber qué hacer.

Pienso rápidamente en todo lo que me ha dicho. Qué bueno que haya reconocido todo lo que hizo. Pero, aun así, no la mantendré en la oficina; no la quiero cerca. Y mi sexto sentido nunca falla, y lo que siento no es bueno.

—Perdóneme, doctora Marianne, no volveré a hacer nada contra ustedes. Necesito este trabajo.

Sigue llorando, y me levanto para acercarme a ella.

—¿Quieres un vaso de agua?

Voy directamente al minibar, cojo una botella y se la entrego. Ella la agarra con las manos temblorosas, abre el tapón, bebe un poco y la deja sobre la mesa. Me giro para volver a mi sitio, pero me paralizo cuando habla.

—¿Puedo darte un abrazo como forma de disculpa?

Qué extraño, pienso, pero no me cuesta nada abrazarla.

La abrazo, y siento algo que perfora mi vientre. Entonces, el dolor se vuelve intenso.

—¿Sabes, Marianne? Lo planeé todo. Os seguí durante días, a todos los sitios. Vi que dormís juntos. Conmigo, él no hacía eso. Conmigo, decía que era solo sexo. Pero contigo no. Por eso intenté alejarlo de ti. Hice de todo para encontrarme con él, le mandaba mensajes, pero no sirvió de nada. Ni siquiera me contestó.

Siento cuando retira el objeto de mi abdomen; el dolor es insoportable. Miro hacia abajo, y me ataca de nuevo, en otro lugar. Veo el cuchillo hundido en la parte baja de mi vientre. Hay mucha sangre manchando mi blusa blanca. Oh, Dios mío, protégeme. En sus ojos veo lágrimas y odio. Mientras yo solo siento dolor en el cuerpo y en el corazón, temiendo por mi vida.

No puedo gritar, no puedo correr ni pedir ayuda. Estoy demasiado débil.

—No tengo ninguna posibilidad con él, y tú tampoco la tendrás, ¿sabes por qué? Porque vas a morir hoy...

Gira el cuchillo dentro de mi abdomen; qué dolor… una debilidad extrema empieza a apoderarse de mi cuerpo. La vista se me nubla justo en el momento en que alguien irrumpe por la puerta. Solo oigo gritos… y todo se vuelve oscuro.

22

Rafael Borges

Estoy en mi despacho, emitiendo órdenes de citación y de conducción coercitiva, y hace un calor insoportable. Me levanto y voy a la cocina a por una bebida energética, porque estoy agotado. Esta semana ha sido intensa, y aún queda mucho por hacer.

Mi teléfono suena, y en la pantalla aparece el nombre de la detective privada que contraté para seguir a Valentina. Investigué sobre ella y no encontré nada en los registros de la policía. Si Mari me pidió ayuda, es porque desconfía de algo, y tratándose de una petición de mi amiga, a quien aprecio mucho, voy hasta el final.

Por ser un asunto personal, evito usar los recursos de la comisaría. Por eso contraté los servicios de una amiga de toda la vida para seguir a Valentina, y la situación no pinta bien para ella. Eva sacó varias fotos como prueba: Valentina seguía a Bernardo y a Marianne cuando volvían a casa, los fines de semana cuando salían, entraba en bares y los vigilaba. Literalmente, en los últimos días, esto se ha convertido en un acoso.

Desconfié por completo del comportamiento de Valentina al recibir esas fotos, y mandé a Eva a Diamantina, su ciudad natal en Minas Gerais, para hacer una investigación detallada sobre su vida.

—¡Hola!

—Rafael, tengo novedades.

—Cuenta, Eva.

—Siempre tan directo, mi comisario. —No pierde la costumbre de llamarme así. He salido varias veces con Eva, y a veces aún pasa algo entre nosotros, pero nada serio.

—Acabo de volver de Diamantina. Este encargo va a salir caro, me mandaste a un sitio bastante lejos esta vez.

—¿En serio, Eva? Pagaré lo que sea necesario por tus servicios. Sabes que recompensaré tu esfuerzo.

—¡Así me gusta!

—¿Qué has descubierto?

—Esa tal Valentina es problemática. Tu amiga tiene que andarse con cuidado y alejarse de ella de una vez. Fui a su antigua dirección y, adivina qué, me encontré con una señora de esas bien cotillas, ¿sabes? Le hice algunas preguntas, le inventé una historia diciendo que la estaba buscando para avisarle sobre una herencia. Pues bien, me lo contó todo sobre su vida.

—¡Eres realmente creativa, Eva! —me río de sus artimañas para conseguir información.

—Como te decía… Según Rosa, mi nueva amiga cotilla, Valentina tuvo un novio durante un año, pero como era extremadamente celosa y posesiva, él rompió con ella. Parece que no lo encajó nada bien, empezó a seguirle y descubrió que estaba conociendo a otra chica.

—Joder… la historia se repite —comento, comparándola con el acoso que está haciendo a mi amiga.

—Lo peor aún está por venir, querido. Intentó asesinar a la chica. Por suerte, fue un intento fallido, pero lo intentó. La suerte fue que la víctima sobrevivió para contármelo todo. Claro, antes tuve que decirle la verdad: que estaba siguiendo a una gran amiga mía y que me daba mucho miedo que le pasara algo.

—¡Dios mío! Es increíble.

—Hay más. ¿Sabes por qué no encontraste nada, mi comisario?

—Vamos, Eva, cuéntamelo.

—El antiguo comisario del pueblo era corrupto. Valentina era guapa y le pidió algunos favores sexuales a cambio de no dejar constancia de nada en su contra. Tiempo después, el destino le pasó factura: fue asesinado por narcotraficantes. Esa es la historia. Luego paso por tu comisaría a cobrar… y quizás a por algunos favores también —me río por su insinuación.

—Siempre tan eficaz, Eva. Gracias una vez más por tus servicios.

—¡Hasta pronto!

Eva cuelga, y yo me siento para procesar toda la información que acabo de recibir. Si algo tengo claro, es que soy incorruptible, y me enfurece descubrir corrupción dentro de las comisarías.

Necesito llamar a Mari y contarle lo que he averiguado, además de citar a Valentina para una conversación.

Cojo el teléfono y llamo a Mari. Sin embargo, la línea está fuera de cobertura o no puede recibir llamadas. Intento de nuevo, pero el mensaje se repite: "El número llamado está fuera de cobertura..."

—¡Mierda! Marianne, contesta el teléfono —gruño.

¡Qué infierno! Será mejor que vaya hasta allí. Cojo mi pistola Glock, reviso la munición y la coloco en la funda, llevando conmigo mis accesorios de trabajo. Nunca voy desarmado, porque uno nunca sabe lo que puede pasar.

En el aparcamiento, me pongo el casco y arranco mi Ducati Panigale V4 R, acelerando mientras el motor Desmosedici Stradale libera toda su potencia. Me muevo por pura adrenalina, atravesando las calles de São Paulo hasta llegar a Vila Olímpia, donde está la oficina de Mari.

Llego al edificio, dejo la moto en el aparcamiento, bajo y me quito el casco. Al ver mi pelo en el reflejo, paso la mano para arreglar el desastre que dejó el casco.

Estoy muy cerca del despacho de Mari cuando oigo una conversación sospechosa y siento que el corazón se me dispara. Aún tengo el efecto de la adrenalina del trayecto, pero, joder, no es eso lo que hace que los latidos se aceleren; es lo que acabo de escuchar. Mi amiga, a la que considero una hermana, está en peligro. Solo necesito actuar; eso es lo que mejor sé hacer.

—No tengo ninguna posibilidad con él, y tú tampoco la tendrás, ¿sabes por qué? Porque vas a morir hoy...

¡Pero qué pedazo de hija de puta esta Valentina!

Saco mi arma y abro la puerta de golpe, y todo lo que veo es un charco de sangre y a Marianne inconsciente.

—¡Aléjate! ¡Aléjate o disparo! —Ella se gira hacia mí con los ojos rojos; el odio en su mirada es evidente.

—¡Al suelo! ¡Ahora, joder…! —Obedece mis órdenes.

—Estás detenida en flagrante delito, de acuerdo con el artículo 302, apartado II, del Código Penal. Tienes derecho a guardar silencio. Todo lo que digas podrá ser utilizado en tu contra ante un tribunal. —Cumplo con lo que exige la ley, pero si fuera por mí, le daría un culatazo en toda la cara a esta maldita.

—¡Quiero matarla! ¡Déjame acabar, no puede quedarse con Bernardo…! —dice completamente fuera de sí. Estoy seguro de que la llevarán directamente a un manicomio.

Después de esposarla, llamo a la comisaría y solicito refuerzos. A continuación, hago una llamada al servicio de emergencias médicas y paso de inmediato a prestar los primeros auxilios a mi amiga. Corro al baño y cojo una toalla limpia. Ella está inconsciente, y el cuchillo sigue clavado en la parte inferior de su abdomen, lo que impide su extracción. Por lo tanto, le elevo las piernas por encima del nivel del corazón y aplico presión alrededor de la herida con la toalla para contener la hemorragia. Grito con fuerza intentando llamar la atención de alguien.

—¡Socorro! ¡Alguien que me ayude, por el amor de Dios!

Leonardo entra en la sala y se queda paralizado.

—Leonardo, ya he llamado a emergencias y he pedido refuerzos policiales. Necesito que despejes el camino para que puedan llegar y salvar la vida de tu hermana. ¡Leonardo, escúchame! Baja y tráelos aquí en cuanto lleguen. No tenemos tiempo que perder; su vida está en peligro.

Los equipos de policía y de emergencias llegan a tiempo y trasladan a Marianne a urgencias del hospital. Los agentes conducen a Valentina a la comisaría, y doy gracias por haber llegado a tiempo y haber evitado que algo fatal le ocurriera a mi amiga. Conseguí detener a esa maldita en flagrante. Espero que pague por lo que ha hecho y que pase años entre rejas.

Veo a Leonardo llamar a sus padres y a Lucca, informándoles de que va al hospital con su hermana. Después, llama a Bernardo y le cuenta lo que ha pasado. Lo acompaño hasta el hospital, y nos quedamos allí, esperando ansiosamente noticias.

Marianne está en cirugía, y llevamos más de una hora en la sala de espera. Todos están destrozados por lo sucedido, especialmente teniendo en cuenta que ya había sufrido mucho con la pérdida de su marido. Justo cuando todo empezaba a ir bien, cuando estaba empezando una nueva vida con Bernardo, ocurre esta tragedia.

Oímos pasos apresurados y nos giramos para mirar. Bernardo entra en la sala, visiblemente destrozado, con los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado mucho. Está desesperado, y es evidente cuánto se preocupa por Marianne, cuánto la ama.

—¿Cómo está mi mujer? Necesito saber algo de ella, por el amor de Dios.

—Aún no sabemos nada, Bernardo. Estamos esperando a que el médico termine la cirugía y nos dé noticias de nuestra hermana —dice Lucca, y va a abrazarle.

—¡Dios mío! Que no le pase nada grave a mi hija —dice la madre, con lágrimas en los ojos. La angustia y la desesperación se sienten en el ambiente.

Todos me agradecen por haber actuado con rapidez y precisión. Los primeros auxilios fueron esenciales para mantener con vida a Marianne.

—Estaba intentando llamar a Marianne. Descubrimos que Valentina llevaba un mes siguiendo a Mari y a Bernardo. Investigamos a petición de Mari y descubrimos que Valentina acosó e intentó asesinar a la novia de su exnovio. No lo consiguió, y la mujer logró sobrevivir. Es de un pueblo del interior de Minas Gerais. Intenté avisar a Mari, pero no contestaba, así que decidí venir en persona a contárselo. Esa fue nuestra gran suerte.

—No tenemos palabras para agradecerte todo lo que hiciste por ella. Te debemos la vida entera —dice Bernardo.

—¿Familiares de Marianne Magalhães?

—¡Somos nosotros! ¿Cómo está ella, doctor? —pregunta Marília, la madre de Mari.

—La cirugía fue complicada, pero conseguimos detener la hemorragia. Perdió mucha sangre, y en este momento la hemos puesto en coma inducido. Vamos a mantenerla así durante

veinticuatro horas para que ella y el bebé puedan recuperarse de la intervención.

—¿Bebé? —pregunta Bernardo, sorprendido por la información.

—Sí, es procedimiento habitual realizar diversas pruebas a los pacientes, incluido el test de embarazo, especialmente en mujeres.

—Hasta ahora no sabíamos que estaba embarazada —dice el padre de Mari.

—Esa hija de puta de Valentina casi mata a nuestra hermana y a nuestro sobrino. Es tu culpa, Bernardo, te dije que te alejaras de esa mujer —dice Lucca, lleno de rabia.

—Este no es el momento para eso, Lucca —intento calmarlo —. Lo más importante es que están bien. Ya habrá tiempo para hablar con calma —digo, porque, al fin y al cabo, nadie tiene la culpa de que Valentina esté loca.

—Sí, ojalá todo salga bien con el bebé y con nuestra hermana —dice Léo, angustiado.

—Gracias, doctor. Por favor, haga todo lo necesario para que se recupere. No importa el coste —Bernardo prácticamente le suplica al médico responsable de su mujer.

Incluso en un momento de tanta angustia, todos se alegran con la buena noticia del embarazo de Mari. Felicitamos a Bernardo, que está visiblemente emocionado por convertirse en padre. Está inquieto y ansioso, esperando el momento en que Mari despierte para poder contarle lo del bebé. Todos esperan con esperanza su recuperación para celebrarlo juntos.

Me despido de todos y me aseguro de dar órdenes claras: quiero a Valentina en una celda, esperándome. Hasta ahora, nadie ha hablado con ella. Yo lo haré personalmente.

Subo a mi moto y acelero de vuelta a la comisaría.

23

Bernardo Del Valle

No puedo expresar el odio que siento por Valentina por lo que le hizo a Marianne, especialmente ahora que está embarazada de nuestro hijo. Ella ya ha pasado por tanto en esta vida, y mi deseo es castigarla con mis propias manos.

Cuando recibí la llamada de Leonardo contándome lo que le había pasado a Mari, sentí que el suelo se abría bajo mis pies. La gravedad de la situación que me relató me hizo temer por su vida. Al llegar al hospital, la angustia y el miedo eran tan abrumadores que supe que solo volvería a tener paz después de verla bien. Estábamos en una sintonía perfecta; a ella le costó mucho demostrar sus sentimientos por mí, y me siento culpable por lo que ha ocurrido.

Ahora estoy en la recepción del hospital, y no pienso irme de aquí sin ella. Me quedaré esperando noticias. Los padres de Mari y sus hermanos ya se han marchado a casa, tras mucha insistencia por mi parte. Como ella sigue dormida y no hay nada que podamos hacer por ahora, les prometí enviar noticias en cuanto el médico venga con los resultados. Mientras tanto, espero impacientemente su regreso.

Si no fuera por el comisario Borges, mi mujer no habría tenido ninguna posibilidad. Perdió muchísima sangre, y nuestra suerte fue que él llegó justo a tiempo. Por eso, le debo todo.

Cuando me di cuenta de que Valentina me estaba siguiendo por los bares, por mi barrio, e incluso enviándome mensajes, no lo tomé en serio. Jamás imaginé que alguien como ella fuera capaz de hacer algo tan frío y cruel como intentar matar a una mujer.

Me equivoqué. Si hubiera sido más cuidadoso, nada de esto habría pasado. Me siento culpable. Si lo hizo para llamar mi atención, se equivocó: no quiero ni verla. Por mí, pasará muchos

años en la cárcel, y haré todo lo que esté a mi alcance para que cumpla condena durante mucho tiempo. Actuó con premeditación y con intención de matar a mi mujer, y eso no quedará impune.

Perdido en mis pensamientos, no me doy cuenta de la presencia del médico hasta que siento un leve toque en el hombro.

—Hola, doctor, ¿hay alguna novedad sobre Marianne?

—Sí, tengo buenas noticias. Hemos recibido los resultados de todas sus pruebas, y están excelentes. Creo que mañana ya podremos retirarle la sedación y seguir de cerca su recuperación.

—Vaya… no se imagina el alivio que eso me da. ¿Y mi hijo?

—Está muy bien. Tuvo mucha suerte de que no se alcanzara la parte más baja. Si eso hubiera ocurrido, no habría habido posibilidades para el bebé, especialmente tratándose de un embarazo tan reciente.

—Entiendo. ¿Puedo verla?

—Sí, voy a permitir que la vea a través del cristal. Como estamos en las primeras veinticuatro horas, existe riesgo de infección, y eso no sería beneficioso para su recuperación.

—No hay problema, solo necesito verla.

Camino junto al médico y realizo toda la higienización necesaria para entrar en la zona de recuperación de la UCI, aunque solo sea a través del vidrio. Me despido del médico, que debe seguir con la visita a otros pacientes, y acompaño a la enfermera hasta la habitación donde han colocado a Mari. Al verla a través del cristal, la noto tumbada, conectada a todos los equipos, muy frágil y pálida. En ese momento, hago una oración silenciosa a Dios, pidiéndole que la cuide y que su recuperación sea tranquila. No puedo creer que mi princesa haya pasado por todo esto.

Los gemelos se quedaron en el hospital mientras yo regreso a mi piso para darme una ducha y comer algo. Mientras estoy allí, suena mi teléfono y veo que es Lucca. Contesto de inmediato, esperando que sea una buena noticia.

—Dime, Lucca.

—Bernardo, el médico ha pasado por aquí y ha dicho que mi hermana está mejorando poco a poco. Las pruebas siguen siendo

buenas y sin alteraciones. Nos recomendó ir a casa a descansar, y se comprometió a llamarnos en cuanto retire la sedación mañana.

—De acuerdo. Haré eso, pero mañana a las siete estaré en el hospital.

—Estaremos contigo, amigo. ¡Hasta mañana!

Me despierto a las cinco y media de la mañana y me doy una ducha para despejarme por completo. Siento que he dormido mal y tengo mucho dolor de espalda, probablemente debido a la mala postura y al nerviosismo que viví ayer.

Llego al hospital a las seis de la mañana, me cojo un café, pero no consigo comer nada. Estoy ansioso por saber algo de Mari y verla. Pido hablar con el médico antes de que termine su turno, y me informan de que ya ha sido trasladada a planta y que mi visita está autorizada. Me pongo muy feliz con la noticia, porque es señal de que está mejor.

En cuanto entro en la habitación, veo lo pálida que está. Le cojo las manos y las beso; una lágrima corre por mi mejilla. No sé qué habría hecho si la hubiera perdido, si hubiera perdido a nuestro bebé. Mari no merecía pasar por esto, y todo este estrés no le hará bien en el estado en el que se encuentra. Acaricio suavemente sus manos y le hablo para que sepa que estoy a su lado.

—Hola, amor, estoy aquí contigo, no estás sola. Perdóname por no haberte protegido, por no haber estado a tu lado cuando más me necesitabas. Prometo que, a partir de ahora, seré más cuidadoso y estaré siempre contigo, en cada momento. Me alegra que te estés recuperando. No veo la hora de que despiertes. Tengo que contarte algo, estoy deseando que abras los ojos, pero primero tienes que ponerte bien.

Le beso la mano y la frente. En la habitación hay una butaca en la que me siento, mirando a mi mujer y rogando a Dios que despierte pronto, para poder ver sus preciosos ojos azules. Me quedo dormido y me despierta una enfermera que me avisa de que Lucca, Léo y sus padres están fuera y quieren hablar conmigo. Salgo de la habitación más aliviado, aunque aún con rabia por lo que le ha pasado.

24



Me despierto sintiéndome extraña, con un sabor amargo en la boca y la garganta seca. Intento incorporarme para beber agua, pero siento cables sujetos a mi brazo y un dolor en el abdomen. Estoy en una habitación de hospital, la luz es fuerte y me duelen los ojos. Miro hacia un lado y noto que estoy sola.

Empiezo a recordar el motivo por el que estoy aquí y, de inmediato, llevo las manos a mi vientre. Comienzo a llorar por todo lo que he pasado; me siento débil, con dolor. Entonces, la puerta se abre y entra la enfermera.

—Hola, Marianne. Qué bien que has despertado. Voy a llamar a la doctora Evangeline para que venga a verte. Quédate tumbada unos minutos, ahora vuelvo para ayudarte, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza mientras mil pensamientos pasan por mi mente. La enfermera vuelve con la doctora Evangeline.

—Marianne, ¿cómo estás? Me llamo Evangeline, y por lo que veo, vamos a tener una consulta. Espero que te encuentres mejor. Necesito hablar contigo, pero antes la enfermera va a llamar a Bernardo; creo que es importante que esté aquí. Además, está deseando verte.

—¿Mi familia está aquí? —pregunto.

—Sí, están aquí. Vamos a esperar a Bernardo. Necesito hablar con los dos, y después podrás ver a tu familia. Han estado aquí todo el tiempo.

Minutos después, la enfermera vuelve, recoge los medicamentos y se marcha. Él entra en la habitación y noto que está nervioso. Veo que la doctora Evangeline lo mira y le sonríe, como si estuvieran hablando en silencio.

—Mari, amor… —Se acerca a la cama, se agacha y me da un beso en la frente, acaricia mi pelo y me toma de la mano, entrelazando nuestros dedos. Está muy emocionado.

—Hola, Bernardo.

—No te imaginas lo maravilloso que es poder verte. ¡Estoy feliz de volver a oír tu voz! Tuve tanto miedo de perderte… Perdóname, amor. No pude protegerte de ella.

—Está bien, no fue tu culpa —respondo.

—Necesito contarte una noticia... Cuando ingresaste en este hospital, los médicos te hicieron muchas pruebas. Una de ellas era para saber si había posibilidad de que estuvieras embarazada, y amor…

—¡Espera! ¿Estás intentando decirme que estoy embarazada, Bernardo?

—Sí, amor. Lo estás. Vamos a tener un hijo. Estoy muy feliz con esta noticia, y toda tu familia está ilusionada. Sin querer, el médico acabó revelándolo en la sala de espera cuando nos dio el parte después de la cirugía.

Empiezo a llorar de emoción y agradezco en silencio a Dios por cuidar de mí y de mi bebé, que ni siquiera sabía que existía, pero al que ya amo profundamente.

—Marianne, sé que tenéis mucho de qué hablar, así que, ¿qué os parece si hacemos la ecografía? Como has pasado por una situación de estrés y por una cirugía, vamos a realizar una imagen para asegurarnos de que todo está bien. En cuanto terminemos, tendréis más tiempo para conversar —sugiere la doctora, y veo lo atenta que es.

—Está bien. Hagamos el examen, doctora Evangeline —Bernardo me aprieta la mano con fuerza.

Ella me hace una exploración física y, a continuación, enciende el ecógrafo.

—Con tu permiso, Marianne —dice al introducir el transductor —. Mirad la pantalla: este es el saco gestacional. Aún no podemos ver mucho, pero aquí es donde se está formando vuestro bebé. Podéis estar tranquilos, todo va bien.

—Gracias, doctora. Me siento aliviada de saber que no le ha pasado nada a nuestro bebé —digo, llorando de emoción al saber que voy a ser madre. Bernardo no se ha movido de mi lado ni ha soltado mi mano desde que entró en la habitación.

—Mari, durante los próximos dos meses deberás guardar reposo absoluto, procurar descansar y evitar situaciones que alteren tu estado emocional. Has pasado por muchas emociones intensas en los últimos meses, y ahora necesitas recuperarte de todo lo que ha sucedido. Ya he hecho todas las pruebas necesarias y he dejado las recomendaciones por escrito. Nos veremos en treinta días. Hasta entonces, cuídate mucho, chica bonita.

—Gracias, doctora Evangeline. Me cuidaré.

Ella sale, y la puerta de la habitación se abre. Apenas tengo tiempo de procesar la noticia del embarazo cuando veo entrar a mis hermanos y a mis padres. Me emociono con la noticia y, al verlos, las lágrimas corren por mi rostro y por el de Bernardo.

—Ey, princesa, no llores. ¡Estamos aquí contigo! —dice mi madre, acercándose y besándome la frente.

—Hola, hija. Qué alegría verte bien. Estábamos muy preocupados por ti —agrega mi padre, también emocionado.

Mis hermanos se acercan a la cama y me miran.

—Hola. Qué bien que hayas despertado. ¿Te sientes bien? —pregunta Léo, y veo lágrimas en sus ojos. Mi familia debió de haber pasado mucho miedo con lo que ocurrió.

—Tengo sed y me duele un poco el vientre.

—Eso es normal, después de todo lo que has pasado —comenta Lucca, serio, y me da un poco de agua.

—¿Qué pasó con Valentina? —pregunto a Bernardo.

—Esa desgraciada está detenida. No volverá a hacerte daño. El comisario Borges se encargará de eso —responde Lucca con rabia.

—Rafa es el mejor amigo que podría tener. Llegó justo cuando más lo necesitaba. Le debo la vida.

Siento somnolencia y cierro los ojos, quizás por efecto de la medicación, pues oigo sus vozes desvanecerse poco a poco.

En el tercer día, el médico responsable de mi caso me visita y me informa de que hoy mismo recibiré el alta. Estoy ansiosa, ya que no soporto estar más tiempo aquí. Mis padres me propusieron quedarme en su casa durante la recuperación, y acepté. Todavía tengo dolor, me siento débil y mi vientre está bastante hinchado debido a los cortes profundos que sufrí.



Ya ha pasado algo más de un mes desde que estoy en casa de mis padres. Mis hermanos se quedan a dormir aquí todas las noches, y Bernardo se ha tomado unas vacaciones para estar conmigo. Según él, hacía tiempo que no se tomaba un descanso y lo más urgente lo puede resolver por videollamada.

Mi amigo Rafael también vino a visitarme; siempre que tiene un día libre, aparece aquí en casa de mis padres para saber cómo estoy. Hoy tengo una cita médica con la Dra. Evangeline. Bernardo y yo estamos esperando en la sala de espera.

—¡Marianne Magalhães! La doctora te atenderá ahora.

Bernardo y yo entramos en la consulta y somos recibidos por la Dra. Evangeline.

—Hola, ¿estáis bien? —pregunta con una sonrisa en el rostro.

—Sí, estamos bien. Un poco ansiosos por saber sobre nuestro bebé —respondo, y Bernardo sonríe.

—Muy bien, pronto haremos la ecografía. Antes necesito revisar a esta chica tan guapa.

Hace las preguntas de rutina, me entrega la receta de las vitaminas y la solicitud para más pruebas.

—Marianne, ahora puedes ir al baño y ponerte la bata para que podamos hacer la ecografía.

—Genial, no veo la hora —entro al baño y me cambio rápidamente.

—Puedes tumbarte aquí —me ayuda a colocar las piernas en el soporte.

La Dra. Evangeline enciende el aparato y comienza la ecografía. Explica todo lo que va apareciendo en la pantalla; de repente, se queda pensativa y levanta una ceja. Luego sonríe.

—¿Estáis viendo esto? El tamaño de tu vientre, Marianne, está un poco más grande de lo normal para el tiempo de gestación. La ecografía muestra que estás esperando gemelos. Enhorabuena, vais a tener gemelos.

—¡Guau! ¿Lo dice en serio, doctora? ¡Somos increíbles, amor! —celebra Bernardo, eufórico, besándome en la boca.

—¡Madre mía, no me lo puedo creer! Qué noticia tan maravillosa, amor. Espero ser capaz de cuidar de dos bebés; no me lo esperaba. Mi familia va a enloquecer.

—Quiero ver la reacción de mi madre, que está loca por sus nietos. Se va a poner muy feliz por nosotros. Gracias, Marianne, por esto. Soy feliz por tenerte y por comenzar una familia a tu lado. ¡Te amo!

—Yo también te amo, Bernardo —nos besamos de nuevo.

Salimos de la consulta muy felices y eufóricos. Durante el trayecto, acordamos organizar un día para contarle a nuestra familia la noticia de los bebés. ¡Dios mío, vamos a tener dos bebés!

Estoy agradecida por mi familia y amigos. Todos están a mi lado en este momento. Pensé que no sobreviviría cuando vi el cuchillo en mi cuerpo y toda aquella sangre. Ahora solo quiero recuperarme, porque tengo dos vidas formándose dentro de mí. Bernardo me invitó a pasar un tiempo con él en la bodega, y como necesito reposo y ya me siento mucho mejor, acepté la invitación.

Estamos en el jet rumbo a Flores da Cunha. Nunca he estado en la finca Del Valle, pero mis hermanos dijeron que el lugar es perfecto y que voy a disfrutar mucho del viaje y del sitio. Espero que tengan razón y que los padres de Bernardo apoyen nuestra relación, igual que lo hicieron mis padres. No necesito necesariamente su aprobación, pero me gusta pasar tiempo con la familia, y cuando todos están en la misma sintonía, las cosas fluyen mejor.

Desde lo alto, veo la enorme plantación de uvas. Es una inmensidad de verde, y me impresiona el tamaño y la belleza del lugar.

—Es realmente hermosa la vista desde aquí arriba, amor —comenta al ver que estoy impresionada con todo.

—Vaya, Bernardo, estoy impresionada. Es muy grande.

—Te va a encantar el lugar. Aquí es donde me siento en paz, es mi sitio, y ahora es el tuyo también. La libertad que tenemos aquí no se encuentra en cualquier parte.

—Es justo lo que necesito ahora. —Acaricio mi vientre, aún plano, pero que dentro de unos meses será muy evidente.

Marcela nos avisa sobre el aterrizaje, y en cuanto bajamos, encontramos a los padres y a la hermana de Bernardo esperándonos un poco más adelante. Parecen contentos con nuestra llegada.

—Amor, a Bruna ya la conoces. Estos son mis padres, Carlos Eduardo y Bianca. Esta es Marianne.

—Hola, encantada, Carlos y Bianca. Gracias por recibirme aquí. El lugar es realmente precioso.

—Qué bien que te haya gustado. Sé bienvenida a nuestra casa y a nuestra familia. Estamos felices de que nuestro hijo te haya encontrado.

¿Cómo reaccionarán al enterarse de los bebés?

—¿Vamos a tomar un desayuno contundente, cuñadita? —Todos se ríen de la forma en que Bruna me llama.

La casa que tienen aquí en la finca es enorme, con una construcción imponente, muchos cristales y palmeras alrededor, además de una piscina enorme con zona de descanso. Bernardo está a mi lado, sosteniéndome la mano desde que bajamos del jet. Ha sido muy atento conmigo.

—Amor, después del desayuno tienes que descansar, ¿vale? Cuando te hayas recuperado, te llevaré a la bodega.

—¡Ah, qué bien! Estoy deseando conocer este lugar maravilloso. ¿Puedes creer que me siento en paz aquí?

—Te creo, Mari. Así es como me siento cuando estoy aquí, y contigo, entonces, ni ganas me dan de volver a São Paulo.



La semana ha pasado muy rápido, y estoy encantada con este lugar. Aquí es realmente precioso, lleno de árboles, la bodega es impresionante y todos los espacios están muy limpios y organizados. Después de todo lo que viví, puedo decir que estoy en el paraíso. Bernardo es una persona increíble, y tuve la suerte de que nuestros caminos se cruzaran. Tras perder a mi marido, pensé que lo había perdido todo y no sabía cómo sería mi vida después de su partida. Él fue especial, lo amé, y hasta me atrevería a decir que jamás volvería a amar a alguien así. Hasta que Bernardo apareció en mi vida. Lo amo, mucho más de lo que podría haber imaginado, y nunca he sido tan feliz en toda mi vida.

Fui reacia a demostrarle mis sentimientos, a hablar de lo que sentía, e incluso a reconocer que se iba ganando un espacio en mi corazón. Es mi nuevo amor, y me siento en paz con eso.

Hoy es sábado, y toda mi familia y amigos vendrán a pasar el fin de semana con nosotros, incluso el comisario Borges y mi amiga Júlia. Según Bernardo, nuestro fin de semana estará lleno de alegría: celebraremos mi recuperación y la llegada de nuestros bebés. Su familia aún no lo sabe, pero lo revelaremos esta noche durante la cena. Él está extremadamente ilusionado con ello, sus ojos brillan al hablar de nuestros bebés. Aún no sabemos si serán niños, niñas o un par, pero eso no importa, porque serán recibidos con muchísimo amor por nosotros, por nuestra familia y nuestros amigos.

Todos nuestros familiares llegaron a la finca después del almuerzo y se instalaron en las habitaciones. Ahora estamos disfrutando de una merienda junto a la piscina. Hace un calor intenso aquí, y estoy tomando el sol con Júlia y Bruna, mientras los demás se refrescan en el agua.

—Eh, Bruna, ¿ya decidiste qué carrera vas a elegir para el examen de acceso a la universidad este año? —pregunta Júlia.

—Estoy pensando en estudiar Agronomía o Veterinaria.

—Qué buena elección, ¿pensando en los negocios de la familia, eh?

—En realidad, quiero tener mi propia finca e invertir en la cría de ganado.

—Guau, eso suena increíble. Te va a encantar la experiencia que ofrece la universidad.

—Estoy deseando empezar a estudiar.

—¿Qué tal si vamos a la piscina? —sugiere Júlia.

—Me parece genial —digo.

Entramos en el agua, y yo disfruto del hidromasaje mientras ellas se unen a los demás en la piscina. Bernardo se acerca y rodea mi cintura, acercando su cuerpo al mío.

—Amor, ¿estás bien?

—Sí, estoy disfrutando mucho del sol.

—Ya lo veo, ya tienes las marquitas del bikini. No puedo esperar a verte sin él.

—Bernardo, si quieres, puedo enseñártelo ahora mismo.

Me besa y empieza a acariciarme el culo bajo el agua, y siento su erección presionándome… hasta que los demás empiezan a salpicarnos con agua, rompiendo el clima. Me pongo roja, porque todos nos pillaron en un momento muy íntimo.

—Solo apagando el fuego por aquí, gente —bromea Lucca, y todos se ríen con las ocurrencias de mi hermano.

—¡Aguas fiestas!

—Y tanto, ¿eh, cuñado? —celebra Léo.

—¡Id a hacer otra cosa y dejadme disfrutar de mi mujer!

—Seguimos más tarde, amor —me susurra al oído, y me estremezco de anticipación.

Después de pasar toda la tarde en la piscina, Bernardo y yo subimos a descansar y echar una siesta antes de la cena. Con el embarazo, he sentido mucho sueño y estoy aprovechando la estancia aquí para descansar lo máximo posible.

25

Bernardo Del Valle

Me levanto despacio para no despertar a Mari y salgo para comprobar con mi madre y mi hermana si está todo listo para la cena de esta noche y los preparativos que pedí. Solo esas dos personas saben de mi intención con esta cena; para todos los demás será una sorpresa.

La cena tendrá lugar en un espacio abierto en el jardín, con algunas flores distribuidas en macetas y sobre la mesa. Elegí tulipanes para mi mujer, porque simbolizan el amor perfecto y el renacimiento, que es como la veo. Ella es mi amor perfecto, y hoy lo reafirmaré ante nuestra familia. Instalaremos una iluminación especial en las palmeras para hacer el momento aún más especial para ella. Va a quedar precioso, especialmente bajo el cielo estrellado que tenemos esta noche. Desde la finca, las estrellas parecen aún más brillantes.

Hoy, miro hacia mi pasado y no me arrepiento de nada. Confieso que nunca fui muy romántico, no solía llamar al día siguiente ni mandar flores, pero con ella es diferente. Quiero hacerlo todo y me preocupo por cada mínimo detalle que pueda arrancarle una sonrisa.

Este es el día más especial de mi vida, el día en que la haré mía… si acepta mi propuesta de compromiso. Aunque ya la considero completamente mía. Ella es mi elección para la eternidad.

El equipo que contratamos lo instalará todo una hora antes, para que nadie sospeche, ya que todos se arreglarán para la cena.

Todo está en orden con la organización para esta noche. Así que subo al dormitorio, entro sin hacer ruido y veo que aún está dormida. Vuelvo a la cama y la abrazo, deseando con ansias que llegue la hora de nuestra cena.

A la hora señalada, despertamos y nos preparamos para bajar a cenar. Cuando llegamos al jardín, Mari queda encantada con la decoración y la iluminación del lugar.

—Guau... ¡qué cosa más bonita, amor!

—Me alegra que te haya gustado, preparé todo esto para ti.

—No me lo puedo creer, me ha encantado todo lo que hiciste.

Ella me abraza y besa mi boca, hasta que la gente empieza a llegar. Todos elogian la decoración, y yo me siento satisfecho por haber cumplido mi misión del día.

Todos están reunidos en la mesa para la cena, y entonces me levanto antes de que empiecen a servirse. Este es el momento ideal. Estoy nervioso, las manos me sudan, el corazón me late con fuerza. Jamás imaginé que sentiría todo esto antes de hacer un anuncio.

—Familia y amigos, quiero aprovechar este momento en que estamos reunidos para hablaros de algo muy especial. Sé que algunos ya lo saben... —miro a Mari y le pido que se levante. Le tomo la mano y me giro hacia mis padres y mi hermana, diciendo—:

—Señor Carlos Eduardo, Bianca y Bruna, la familia Del Valle va a crecer. Mari está embarazada de gemelos.

Mis padres y mi hermana se emocionan con la noticia tan esperada por ellos y aplauden, celebrando con mucha alegría junto con los demás invitados.

—¡Enhorabuena, hijo! Mari, qué noticia tan maravillosa. Estoy tan feliz por vosotros.

Recibimos abrazos de todos nuestros familiares y amigos, y todos expresan su entusiasmo por la llegada de los bebés.

—Gente, hay algo más que me gustaría compartir con vosotros. Os pido de nuevo un momento de atención, porque quiero hacer algo especial en este instante. —Me coloco frente a ella para mirarla a los ojos—.

—Marianne, mi amor... Sé que tu primera historia de amor no tuvo un final feliz. Sé que aún lo amas, que lo echas de menos, que además del amor hubo dolor por la pérdida, lágrimas, duelo, y que todo eso fue muy duro en tu vida. Tal vez tengas miedo de comenzar una nueva relación, un compromiso más serio, pero todos merecemos una segunda oportunidad. Y ahora, delante de todas las

personas que amamos, quiero pedirte algo desde el corazón —comienzo, con el corazón acelerado por lo que estoy a punto de decir—: ¿me dejas ser esa segunda oportunidad en tu vida? Porque desde que llegaste, Mari, no he dejado de pensar en ti. Deseo estar contigo en cada momento de mi día. Te has vuelto esencial, y lo que siento por ti es profundo, es genuino. Marianne Azevedo Magalhães, ¿quieres casarte conmigo?

—Oh, Dios mío. Sí, acepto casarme contigo, Bernardo —dice emocionada.

Coloco el anillo de compromiso en su dedo y beso sus dulces labios. Para este momento, elegí un anillo delicado, con una pequeña piedra de diamantes, que combinó perfectamente con ella. Ella ríe y llora al mismo tiempo mientras me abraza, y nos besamos delante de todos.

—Gracias por tanto amor. Fue precioso y muy especial. Este momento quedará grabado para siempre en mis recuerdos.

—Joder, cuñado, conseguiste emocionar a todo el mundo con esta pedida —dijo Lucca, emocionado.

Una vez más, recibimos felicitaciones y abrazos de toda nuestra familia y amigos. La celebración continuó hasta la madrugada. Este fue uno de los días más especiales de mi vida, y hoy hago una elección y tomo una de las decisiones más importantes: lograr que todos los días de nuestra vida sean siempre especiales.

Después de algunas horas, Mari se acerca a mí, y joder, ¡qué guapa está!

—Bernardo, ¿qué te parece si subimos?

—Vamos, amor. —Salimos discretamente del lugar para que nadie note nuestra ausencia.

Entramos en la habitación, y Mari va directamente al baño. Mientras tanto, me quito la camisa y me siento en el sillón que está en la habitación. Ella sale del baño, y joder, qué mujer tan hermosa. Lleva un conjunto de lencería negra con detalles plateados de encaje, que deja los pezones de sus pechos expuestos para mí y su coño depilado, lo que me pone duro al instante.

—¿Quieres matarme? —Ella se ríe.

—En realidad, quiero que me vuelvas loco de placer, quiero que me hagas correrme mucho. ¿Crees que puedes hacer eso por mí, Bernardo? Tengo un profundo deseo de ti, mi prometido.

Dice obscenidades y se acerca a mí lentamente, se sienta en mi regazo y besa mi boca.

—Qué boca tan rica —digo mientras acaricio el pezón de su pecho, que está duro bajo mi mano. Masajeo ambos mientras bajo mi boca por su cuello, mordisqueando suavemente y frotando mi barba recién arreglada. Su cuello se pone rojo, y ella se mueve sobre mi polla, buscando el roce que alivie su excitación.

Bajo mi mano por su vientre hasta llegar al encaje de las bragas. Deslizo mi dedo por el encaje y siento el calor de su coño delicioso. Aparto las bragas a un lado y vuelvo a deslizar mi dedo por su coño liso mientras gime en mi oído.

—Ah, qué rico, Bernardo, solo sigue.

—Estás muy mojada para mí… —constato al tocar su coño perfecto.

—Deja de torturarme, te necesito dentro de mí, ¡ahora! —exige.

—Joder. Estás demasiado buena.

La levanto con ella en mi regazo y la tumbo en la cama, quitándole las bragas despacio mientras la miro a los ojos, percibiendo el deseo intenso reflejado en ellos. En cuanto termino, empiezo a pasar la lengua muy despacio de abajo hacia arriba, bajando hasta su coño y succionándolo con delicadeza.

Sigo dándole placer como a ella le gusta. Estoy muy duro, mi polla presiona contra el pantalón, ansiosa por liberarse, pero sé que este momento se trata de su placer, no del mío. Subo besando su vientre y le quito la parte de arriba de la lencería, chupándole los pechos, lo que vuelve loca a mi mujer.

—Fóllame, no puedo esperar más —murmura, impaciente.

Me quito el pantalón junto con los calzoncillos, mi polla salta dura, y me acaricio mientras ella me observa y muerde sus labios carnosos.

—Abre bien las piernas para mí. —Ella obedece, y noto cuánto está excitada, su coño chorreando de deseo.

—Siente mi polla, amor. —La froto por todo su coño y, con un solo movimiento, la penetro. Mi polla se desliza y siento el apretón delicioso que me vuelve aún más loco por ella. Intento ser lo más cuidadoso posible, al fin y al cabo, no hace mucho que se sometió a una operación.

Necesito controlarme para no correrme, está demasiado buena.

—Ah, qué rico. Sí, sigue, amor.

Sigo atento a sus deseos, penetrándola con intensidad hasta que alcanzamos el clímax, corriéndonos juntos intensamente.

—Te amo, Bernardo.

—Yo te amo, Marianne. ¡Sois mi vida!

Después de entregarnos a un sexo ardiente y delicioso, dormimos en los brazos del otro.

26

Marianne Magalhães 

Los días que pasé en la finca fueron los mejores de todos los tiempos. Allí pude respirar aire fresco, algo imposible de encontrar en São Paulo debido a la contaminación. Tomé el sol, sentí la brisa del viento, escuché a los pájaros cantar y aprendí sobre el cuidado de las plantaciones de uvas y todo lo relacionado con la producción de vino. Durante ese tiempo, logré desconectarme de todo lo que había pasado. Conocí y aprendí a amar a mis suegros, y construí una relación preciosa con mi cuñada Bruna, una mujer increíble.

Ya me he recuperado de las heridas físicas, pero mi estado emocional aún necesita seguimiento. Por eso, hago terapia cada quince días. Confieso que tengo miedo de encontrarme con Valentina cuando salga de prisión. Me preocupa Bernardo y temo que pueda hacerle algo a mis bebés. Sí, vamos a tener gemelos, pero aún no sabemos si serán niños o niñas. Preferimos descubrirlo cuando nazcan.

Cuando Bernardo me pidió matrimonio, me sorprendió, porque no lo esperaba, a pesar de estar embarazada de sus hijos. Tenemos muy claro todo lo relacionado con este embarazo no planificado. Al día siguiente de la pedida, hablamos mucho y empezamos a hacer planes para el gran día. Me llevó a conocer el lugar que está construyendo para ser nuestro hogar, y me sorprendió su tamaño y belleza, aún más sabiendo que mis hermanos serán nuestros vecinos.

Bernardo no deja de sorprenderme. Incluso eligió la flor de la decoración y, adivinad: tulipanes. Se empeña en reafirmarme cada día que soy su amor perfecto. No queremos esperar mucho tiempo, porque deseamos casarnos antes de que nazcan nuestros hijos. Amo a Bernardo, amo lo que tenemos y lo que aún vamos a construir.

He reflexionado mucho sobre todos los cambios que han ocurrido en mi vida. Fueron necesarios para que pudiera crecer como mujer. El nuevo comienzo era tan necesario para que pudiera seguir adelante. Los casos en los que trabajé exigieron mucha observación y autoconocimiento. Solo así, reconociendo cada emoción, cada desencadenante, pude superar la pérdida. Pasé por todas las etapas del duelo, sobreviví a un intento de asesinato, y hoy estoy aquí, fortalecida, gestando dos vidas hermosas dentro de mí.

Hoy es el gran día, ¡el día de nuestra boda! Elegimos casarnos en la finca por varios motivos: buenos recuerdos, buenos momentos con la familia y los amigos. En este lugar no tenemos recuerdos de días malos; hay paz y tranquilidad, todo lo que deseamos para nosotros, nuestros hijos, nuestra familia y nuestros amigos. La única persona que no estará presente es Irina, pero está en mi corazón. No ha dado señales desde que se fue, pues ha estado desconectada todo este tiempo. Sé que se pondrá en contacto en cuanto le sea posible.

Nuestros padrinos de boda fueron elegidos con cuidado. Rafael hará pareja con Bruna, Léo con Júlia, y Lucca, que habría sido la pareja de Irina, es padrino. Él nos entregará las alianzas, incluso caminando solo en esta misión. No quiero hablar de los sentimientos de Lucca tras la partida de mi amiga. Solo deseo, con todo mi corazón, que lo supere y que encuentre el amor de nuevo. Al fin y al cabo, ¡además del amor, existen muchos otros sentimientos!



Finalmente, el día de nuestra boda. Solo estarán presentes las personas más íntimas, quienes comparten nuestros días: nuestra familia, nuestros amigos, colaboradores de la oficina y de la bodega. La ceremonia es íntima. No he visto a Bernardo desde hace veinticuatro horas. Mis hermanos y Rafael insistieron en

mantenernos separados, con el argumento de que viviremos juntos el resto de nuestras vidas. El día que les toque a ellos, me encargaré de recordarles esta decisión.

Las mujeres también vivieron una experiencia similar a la mía, con el día de la novia y todos los cuidados necesarios, incluidos tratamientos para la piel, masajes, manicura y peinado. Sirvieron vino blanco fino Del Valle, embutidos y pocos dulces, a petición del novio, que piensa en todos los detalles.

Ah, mi vestido... Es increíblemente bonito y blanco. Elegí un vestido minimalista y refinado, que me permitiera lucir elegante en este día inolvidable. El vestido tiene un escote barco de hombro a hombro, con el busto ceñido, marcando bien mi cintura y mi barriga de embarazada. Es liso, de seda, con un brillo sutil y sin mucho volumen en la falda larga, sencillamente perfecto. En el pelo llevé una tiara incrustada de diamantes, un regalo de mi suegra.

Mi ramo fue elegido por Bruna, mi cuñada.

Es pequeño y discreto, con tulipanes blancos pequeños, lirio de los valles, astrantia y lavanda. Según ella, eligió las flores con mucho cuidado, buscando significados como pureza, compromiso, serenidad, fuerza, valentía, protección y el retorno de la felicidad. Se esmeró en la elección y montó el ramo de una forma que quedó armoniosa y delicada. ¿Ya he dicho que ella es increíble?

Estoy lista, y ellas están deslumbrantes con sus largos vestidos color rosa té. Antes de comenzar la ceremonia, mis padres y mis suegros entran en la habitación y se emocionan al verme.

—Mari, hoy es un día especial para nosotros. Estamos casando a nuestro hijo, y claro que hemos esperado treinta y cinco años por este momento. Por fin ha llegado la hora. Para nosotros, es un honor recibirte en nuestra familia. —Me besan en la mejilla y salen de la habitación.

—Hija, esta no es la primera vez que te llevamos al altar, pero deseamos con todo nuestro corazón que esta vez sea para siempre. ¡Te queremos, princesa, y que seas verdaderamente feliz, hija mía! —Ellos también me besan en la mejilla y se marchan. Es imposible no emocionarse. Estoy rebosante de emoción. Júlia se acerca hasta donde estoy.

—Amiga, ¡qué bonito! Sabes cuánto significa esto para ellos y para nosotros. Diego, sin duda, está feliz por ti, dondequiera que esté. ¿Vamos ahora a por tu "felices para siempre"?

Tomo su mano y bajamos hasta el lugar acordado. Luego, ella se dirige al sitio destinado a los padrinos, y yo me quedo esperando a que suene mi canción para encontrarme con mi padre.

Empieza a sonar mi canción. Elegí *Always Looking For You*, pero solo entro cuando comienza la parte que seleccioné como "nuestra".

Sé que todo va sobre el viaje
pero tú eres mi destino

Mi corazón siempre estuvo abierto
incluso cuando no lo sabía
incluso cuando no sabía a quién
Siempre estuve buscándote

Desde que escuché la palabra "amor"
siempre he estado en busca de
alguien a quien abrazar
Siempre estuve buscándote
Always Looking For You - Jason Mraz

Me encuentro con mi padre, y sonríe cuando tomo su mano. Caminamos juntos hacia el altar, y no aparto mis ojos de los de Bernardo. Está perfecto con un traje azul marino de tres piezas, con una flor blanca y una corbata del mismo color lavanda que mi ramo. Qué hermosa es esa sonrisa suya.

Mi padre me entrega a mi prometido, y él besa mis manos, mi frente, y dice algo que jamás habría esperado oír en este momento:

—Y yo estuve esperándote… mi destino, mi vida. —Responde a mi canción.

—Te amo, Be.

El oficiante inicia nuestra ceremonia de boda, que es tan emocionante que resulta difícil contener las lágrimas. Este es

nuestro día, con nuestros bebés presentes, aunque aún en mi vientre.

En ese momento, el oficiante se dirige a los presentes:

—Entre tantas circunstancias, ellos se eligieron, y ahora estamos aquí para celebrar el amor de Marianne y Bernardo... —No faltan emociones en el aire; el corazón late con fuerza, las manos se buscan ansiosas y se entrelazan. — Pero este es el momento que marcará para siempre la vida de esta pareja, donde se han reunido junto con las personas más especiales de sus vidas para asumir un compromiso de lealtad y amor. —Ahora llega el momento más esperado por todos: los votos matrimoniales.

Lucca se acerca a nosotros y entrega la cajita con las alianzas al maestro de ceremonias, quien le da mi alianza a Bernardo. Él toma el micrófono y comienza a decir sus votos:

Marianne, hoy, ante Dios, nuestra familia y nuestros amigos, te hago una promesa. Juro, además del amor que siento por ti, que siempre te respetaré. Juro entregarte toda mi lealtad. Juro que te haré feliz mientras esté vivo. Juro que te protegeré con mi vida, si es necesario. Juro que estaré disponible para cuidar de ti y de nuestros hijos que vienen en camino. Marianne, por encima de todas estas promesas que te he hecho, quiero que sepas que tú siempre serás mi prioridad, mi elección y mi destino. Eres mi amor perfecto.

En cuanto termina su juramento, se pone en pie, y el maestro de ceremonias me pregunta:

—Marianne Azevedo Magalhães, ¿aceptas a Bernardo Del Valle como tu esposo, para amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

—Sí, lo acepto. —Y entonces, Bernardo coloca la alianza en mi dedo y me pasa el micrófono para que pueda decir mis votos.

Bernardo, ¡el destino me trajo hasta aquí! Cuando llegué, no tenía planes para nosotros. Hoy, no tengo planes de irme. No hay más planes, salvo amarte a ti y a estos bebés que están aquí. Eres tan perfecto, que hoy estoy eligiendo compartir todos mis sueños contigo. Quiero ser tu hogar, quiero tomarte de la mano cada día y

decirte que eres mi amor perfecto. Más allá del amor, deseo que la llama que nos une dure por toda la eternidad. Estás perfecto esta noche. Dije sí porque quiero ser para siempre tu mujer. ¡Te amo más allá de la vida, Bernardo!

Apenas termino mis votos, mis hermanos empiezan a silbar, arrancando carcajadas de todos. El maestro de ceremonias repite la pregunta:

—Bernardo Del Valle, ¿aceptas a Marianne Azevedo Magalhães como tu esposa, para amarla y respetarla todos los días de tu vida?

—Sí, lo acepto. —Confirma Bernardo, y me besa intensamente incluso antes de que el maestro de ceremonias finalice.

Nuestra ceremonia de boda concluye. Recibimos las felicitaciones de todos, nos tomamos muchas fotos como pareja y con los invitados, y seguimos para disfrutar de nuestra fiesta. Este fue otro momento marcado como uno de los mejores de nuestras vidas hasta ahora, porque sé que aún vendrán muchos más.

—Está todo perfecto, amor —comento a Bernardo, observando cómo se desarrolla nuestra fiesta.

—Sí que lo está. Gracias por aceptar compartir tu vida conmigo, Marianne. Hoy puedo decir que ha valido la pena esperar todos estos años. —Nos besamos, nuestros besos son intensos, ardientes, pero si seguimos así, tendremos que salir de nuestra propia fiesta de boda, y hoy quiero disfrutar este momento, así que interrumpo el beso.

—¿Bailamos, amor?

—Vamos, Marianne Del Valle. —Dice él con orgullo.

Se levanta, toma mi mano, y juntos caminamos hacia la pista donde los invitados están bailando. Suena la canción *All of Me*, luego *You Are the Reason*, y bailamos lentamente cada una de ellas. Apoyo mi rostro en el hueco del pecho de Bernardo, y seguimos bailando hasta que la música termina y comienza *It's My Life*, cambiando el ritmo del baile y haciendo que todos se unan a la pista. Es genial ver a mis hermanos, mis amigos y mi cuñada

bailando con entusiasmo y cantando a todo pulmón con Bon Jovi *It's My Life*. ¡Qué momento!

Cuando termina la canción, llamo a todos los solteros presentes para participar en la tradición de lanzar el ramo de la novia. Planeaba hacerlo después de cortar la tarta, pero decido adelantarlo y decir unas palabras. Todos los solteros se agrupan detrás de mí, tomo el micrófono y empiezo a expresar con palabras lo que siento en el corazón:

Amigos, teneros compartiendo este momento con nosotros es algo muy especial. Estamos inmensamente felices, comenzando una etapa crucial en nuestras vidas, y puedo aseguraros que estamos profundamente enamorados. Así que, para que este momento quede grabado en nuestras memorias, voy a lanzar este hermoso ramo que eligió Bruna. Deseo que quien lo atrape tenga la gran fortuna de encontrar un amor verdadero, incluso si eso significa esperar mil años. Y cuando ese amor llegue, que no sea uno cualquiera, sino el GRAN AMOR de su vida. No tengáis miedo de enamoraros, sed valientes, y cuando vuestros corazones se aceleren, sabed que es la persona indicada llegando para quedarse. No tengáis miedo de amar, amigos míos.

Entonces, me doy la vuelta, empiezo a contar: uno, dos, tres... y lanzo el ramo con todas mis fuerzas, deseando que quien lo atrape sea muy feliz.

Al girarme, veo a mi hermano Lucca sosteniendo el ramo y riéndose de su "mala suerte".

—Eh, Lucca, mi gemelo favorito... te quiero, hermano. Gracias por librarme de esto, menos mal que fuiste tú. —Dice Léo.

Voy en busca de Bernardo, con la intención de cortar la tarta.

—¿Cortamos la tarta? —Tiro de Bernardo y pido que pongan una canción animada.

—Por supuesto. No veo la hora de salir de aquí contigo a mi lado.

Cortamos la tarta, nos hacemos más fotos mientras la gente charla, bebe champán y baila feliz durante el resto de la noche.

Así fue nuestra boda, un evento inolvidable para nosotros, lleno de emociones y mucho amor. Cada detalle fue planeado con esmero, porque cuando nuestros hijos vean el vídeo de nuestra boda, sabrán que, desde ese momento, ya estaban presentes en nuestros corazones. Crecerán rodeados de personas maravillosas y siempre tendrán mucho amor en sus vidas.

Epílogo

Bernardo Del Valle 

Años después...

Un año después de la inauguración de mi nueva bodega, me convertí en el mayor exportador de vinos de Brasil. El éxito fue tan grande que estoy considerando expandir mis negocios y aumentar la producción de vinos finos para exportarlos a otros países.

Casarme con Marianne fue la mejor decisión de mi vida. Es una mujer increíble, y me siento muy orgulloso de tenerla a mi lado, así como de la familia que estamos construyendo.

—¡Papá, papá...! —Gritan mis hijos y corren hacia donde estoy, con una flor en la mano. Tenemos una plantación de flores aquí en la finca. Nunca fui de enviar flores, pero por ella, planté todo un jardín de tulipanes, después de que me contara la historia de un desconocido que encontró en el aeropuerto.

—Papá, recogimos esta flor para que se la des a mamá como regalo. —Felipe pone el tulipán amarillo en mi mano.

—¿Pero por qué debería hacerle un regalo a mamá si hoy es el cumpleaños de los dos?

—Porque estaba llorando en la habitación. No queremos que esté triste, y los regalos hacen felices a las personas, ¿verdad? —Pregunta Mel con expectación.

—Entonces, ¿qué os parece si hacemos lo siguiente, mis amores...? Voy a buscar a vuestra mamá, le daré la flor y trataré de entender por qué estaba llorando. ¿Os parece bien?

—Sí, papá. —Responden los dos al mismo tiempo, haciéndome recordar a mis cuñados.

Marianne y yo tuvimos un par de gemelos. El niño nació primero, y le pusimos el nombre de Luiz Felipe, que significa

"guerrero glorioso, amigo de los caballos". Fue su madre quien lo eligió, por el significado y en homenaje a su padre. Justo después nació nuestra niña, a quien yo puse el nombre de Melissa, porque parecía dulce y delicada. Así que la llamamos Mel. Tiene los ojos verdes como yo, pero uno de ellos tiene un tono de miel más marcado, debido a una heterocromía segmentaria, una condición que hace que parte del iris sea verde y parte color miel. En el colegio, sus amigas creen que se llama Mel por el color de sus ojos.

Nuestros hijos son lo más valioso que hemos creado. Estamos en la finca, y este fin de semana celebraremos su quinto cumpleaños. Es un día muy especial, y recibiremos a nuestra familia y amigos.

Ahora voy a buscar a mi mujer para entender por qué estaba llorando. Entro en la habitación y la veo sentada en la cama, con sus preciosos ojos enrojecidos. Eso significa que nuestros hijos son observadores, igual que sus tíos.

—Hola, amor, ¿qué ha pasado? Nuestros hijos me contaron que estabas llorando —pregunto, preocupado.

—Qué niños más chismosos. Ya han corrido a contártelo. —Llora y se ríe al mismo tiempo.

—Sí, incluso me pidieron que te entregara esto. —Le acerco el tulipán, y ella sonríe aún más.

—Ay, qué bonitos. Son tan adorables, ¿verdad?

—Claro que sí, se parecen a su madre.

—Así no vale, amor. Estás haciendo trampa, porque los dos tienen tu cara y el mismo color de ojos.

Abrazo a mi mujer, y entonces ella me mira fijamente a los ojos.

—Bernardo, estoy embarazada —dice, llorando de emoción, y yo la abrazo con más fuerza todavía.

—¡Eso es maravilloso, amor! ¿Crees que serán más gemelos? —Le sonrío para tranquilizarla.

—¡Estás loco! Si apenas podemos con estos dos, que son bastante traviesos. Estoy feliz, pero también muy preocupada.

—Juntos podemos con todo, Marianne. Solo puedo darte las gracias por la familia tan hermosa que tenemos.

—Te quiero, Bernardo, ¡con todo mi corazón!

—Y yo también te quiero, ¡para toda la vida!

Estoy feliz de que nuestra familia vuelva a crecer, aunque se me ponga el pelo blanco. No hay nada en este mundo que no haría por ellos.

—Bernardo, ¿puedes ir a buscar a los niños? Tenemos que arreglarlos, porque dentro de poco llegarán los invitados, y están hechos un desastre. Apuesto a que han estado corriendo por las plantaciones de uvas.

—Sí, amor. Voy a buscarlos, estaban corriendo libremente por la finca.

Me levanto y voy a por ellos, porque tiene razón: están hechos un lío.

Después de arreglar a los niños, bajamos al salón, donde están reunidos nuestros amigos y familiares.

Marianne Del Valle

Estoy en nuestra habitación, aquí en la finca. Cada quince días pasamos el fin de semana aquí, y a los niños les encanta este lugar, les hace mucho bien. Aquí tienen libertad para jugar, correr y ensuciarse con tierra. Son pequeños, pero su padre les ha enseñado a plantar árboles, tulipanes y fresas; son libres. Y no tenemos que preocuparnos por la seguridad y los peligros de la capital.

Con la maternidad, tuve que posponer mi sueño de ser investigadora de policía. Elegí dedicarme a mis hijos, a pesar de que Bernardo siempre me apoyó e incentivó a luchar por mis sueños. Le dije que aún tendría tiempo para eso, y que no quería perderme los primeros años de la vida de nuestros preciosos hijos.

Cuando cumplieron dos años, me presenté a las oposiciones y alcancé mi mayor objetivo profesional: me convertí en investigadora de policía en el estado de São Paulo. Ahora, mi reto es compaginar

la rutina de investigadora con la vida con mis hijos y mi marido. No es fácil; me desdoblo para estar presente en sus vidas y darles todo el amor que merecen.

Al principio me resistí a mostrar mis sentimientos hacia él, a hablar de lo que sentía e incluso a admitir que estaba conquistando mi corazón. Bernardo es increíble; no podría haber una persona mejor para compartir la vida conmigo.

Estamos reunidos en el salón; solo falta que lleguen Júlia e Irina para que empiece la fiesta de cumpleaños de nuestros hijos. Durante muchos años no supimos nada de Irina. En realidad, sospecho que Júlia sabía dónde encontrarla, pero guarda secretos como nadie. No tengo idea de los motivos de Irina, pero deseo que esté bien; la quiero, aunque esté lejos y sin noticias. Estoy feliz de reencontrarla hoy.

—¡Mel y Felipe! —llama Lucca, sacándome de mis pensamientos.

—Hola, tío Lucca. —Responden los dos al mismo tiempo.

—Aprovechando que estamos casi todos, tenemos un regalo conjunto para vosotros. Léo, Bruna y yo nos unimos para comprarlo. Espero que os guste, y que nadie en esta familia se enfade con nosotros. —Dice Lucca, guiñándole un ojo a Bruna, que sale fuera y vuelve con un perrito en brazos.

Los niños montan una fiesta, saltan, gritan y se agitan muchísimo; el cachorrito se asusta y empieza a ladrar. Nunca había visto a mis hijos tan emocionados con un regalo.

—¿Os ha gustado? —pregunta Bruna.

—¡Nos ha encantado, tía Bruna! —Los niños la abrazan, la besan y agradecen a sus tíos el regalo: un cachorro de Golden Retriever.

—No tenéis remedio, ¿eh? Os habéis aliado para sorprendernos.

—¿Ves, mamá? Ahora tenemos que buscarle un hermanito a nuestra perrita. —Dice Mel. Lo que no sabían es que pronto tendrían un hermanito al que amar.

A veces, un nuevo amor llega para darnos aliento en la vida; el mío me trajo más que eso: me trajo un nuevo comienzo, un amor

perfecto y tres hijos preciosos.



Agradecimientos

¡Hola! Si has llegado hasta aquí, significa que conociste la historia de Marianne y Bernardo. Necesito contarte que este fue el primer libro de mi trayectoria como escritora, y representa la realización de un sueño. Escribir esta historia fue un desafío en todos los sentidos. Fueron meses de dedicación hasta que, finalmente, llegara a ti, querido lector.

En el camino, surgió el deseo de traducirlo a tu idioma, y espero sinceramente que esta historia haya tenido sentido para ti y haya conquistado un lugar especial en tu corazón.

Existe una frase de Walt Disney en la que creo profundamente:

"*Puedes soñar, crear, diseñar y construir el lugar más maravilloso del mundo, pero se necesita gente para convertir el sueño en realidad.*"

Si vosotros no existierais, ese sueño sería solo un borrador. Si disfrutaste de la lectura, por favor, deja tu valoración en Amazon. ¡Es muy importante!

Quiero agradecer a Gustavo Henrique por aceptar traducir esta obra. Espero que sea el primero de muchos proyectos juntos. Y a mi asesora, Danielle Oliveira, que se embarcó conmigo en este proyecto para hacerlo llegar hasta vosotros. Por último, quiero agradecer a Magda por el cariño que tuvo con las artes de mi perfil de Instagram.

Hasta el próximo libro.
Con cariño,
Ana Prado

Contacto

INSTAGRAM

TIKTOK

Correo electrónico: autoraapprado@gmail.com